UN THRILLER CULINARIO DE GILDO FALCONE

TOSTADERO DEL DIABLO



RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

Tostadero del Diablo

Un Thriller Culinario de Gildo Falcone

First published by BRALTON BOOKS 2025

Copyright © 2025 by Riccardo Braccaioli

© Riccardo Braccaioli 2025

Este libro es una publicación independiente y está prohibido copiarlo, reproducirlo, transmitirlo o adaptarlo por cualquier medio, electrónico o mecánico, a menos que se obtenga la autorización expresa del autor.

Esta es una obra de ficción y cualquier nombre o circunstancia que guarde parecido con la realidad o con temas reales es pura coincidencia. Los nombres, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o se han utilizado de forma ficticia.

Depósito legal: 2507262606332

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com



A Juan José Herrera Vilchez.

“El café es un bálsamo para el corazón y el espíritu”

Giuseppe Verdi

In memoria di Gianni Frasi.

El primer thriller psicológico de Riccardo Braccaioli.
Cuatro horas de oxígeno: Un thriller psicológico que te dejará sin aliento

Rebecca Blackmoor no ha tenido tiempo de asimilarlo.
Hace apenas unos días estaba hablando con su madre. Y ahora… hay flores en la capilla, un nicho cerrado en el mausoleo familiar y un testamento leído a toda prisa. Todo ha sucedido demasiado rápido.

El nuevo esposo de su madre, un hombre encantador, parece tenerlo todo bajo control. Lo tiene todo planificado: la ceremonia, los papeles, las condolencias. Y ahora también tiene la casa y el dinero.

Rebecca, al volver de vivir un año en Londres tras un problema personal, entiende que algunas de las piezas de ese rompecabezas que dejó en su pueblo natal no encajan.

Quedarse algunos días para recomponerse del trágico evento parece una buena idea. Hasta que resulta ser la peor decisión de su vida.

“Una hija. Una sospecha. Y solo cuatro horas de oxígeno.”

Cuatro horas de oxígeno, un thriller psicológico que te dejará sin aliento.



Lo que los lectores dicen sobre Riccardo Braccaioli:

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Esta súper bien, no puedes dejar de leer, te lleva con la intriga hasta el último momento, muy recomendable.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Es de los libros que mantienen la atención y las ganas de seguir leyendo. Ahora estoy esperando para leer el siguiente libro de la saga.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No puedes dejar de leer, te atrapa desde la primera línea. Enorme. Espero continuar con toda la serie en breve.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Soy seguidora de este escritor y me gustan sus obras, pero en esta se ha superado, desde la primera página he estado enganchada con un ritmo trepidante y sobre todo inesperado.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lo empecé a leer sin mucha expectativa, pero conforme iba pasando por sus páginas te vas encaminando a una historia que termina por volarte la cabeza, no sabes en qué momento pasaron tantos acontecimientos, lo recomiendo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ No hubiese pensado nunca en cómo acaba siendo todo….
Me ha encantado, no he podido parar de leer hasta terminarlo.”

“⭐⭐⭐⭐⭐ Lenguaje sencillo, directo, fácil de comprender.
He pasado dos semanas leyendo los 6 libros de Alex Cortés y he disfrutado muchísimo de la trama y la historia de cada personaje.”

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad, con nombres de personas o enfermedades, es una pura coincidencia.

Te presento la saga del inspector chef Gildo Falcone, pero antes de

Conspiración en Roma, hay:



Descárgate GRATIS el recetario de Gildo.

Esta es la recopilación de las 50 recetas que encontrarás en las novelas de la saga del investigador chef Gildo Falcone. Cada investigación incluye varias de las recetas que encontrarás.

Un **RECETARIO EXCLUSIVO** ¡completamente gratis para todos los que se unan al Club de Lectores de Riccardo Braccaioli!

¡ÚNETE GRATIS!

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

Serie Álex Cortés

El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Gildo Falcone

Muerte en Roma

Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)

Serie El Forense

El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras
Las Marcas del Pasado

[Asesinato en la Academia]



01

Cinecittà, Roma.

Nadie necesita un libro de cocina.

Nadie busca una receta para al día siguiente ir a comprar los ingredientes.

Nadie quiere seguir los cánones, los raíles y las indicaciones.

Nadie, o casi nadie.

Quien se encarga de los fogones en casa la mayoría de los días cocina recetas improvisadas y con lo que tiene en la nevera. Un ingrediente más de lo habitual por cambiar o uno menos porque no lo tiene y no quiere ir al supermercado solo por un maldito ingrediente que nadie se va a enterar de que no está.

La gente no tiene tiempo.

La gente no tiene paciencia.

Vivimos en la época del microondas, todo rápido y al momento. Precalentado y para adentro.

El mercado y las recetas están en desuso.

Eso era lo que pensaba Teresa Falcone, reclusa de sus propias ideas y aislada del mundo exterior en su apartamento del centro de Roma.

Luego, vio la verdad.

Cuando llevaban emitidos diez programas de su popularísimo programa culinario *Cucina con la mamma*, la editorial más importante de Italia le propuso sacar un libro de recetas.

—Nadie compra un libro de recetas. Los modernos ya bastante hacen con el libro de recetas de sus abuelas. ¡Qué van a comprar un libro mío! —espetó al agente de la editorial.

El hombre le contestó que, si todo el mundo supiera cocinar o no necesitara una receta nueva, tampoco mirarían su programa. Y eso no era así, porque el grupo televisivo Tíber Media Group tuvo que añadir todos sus episodios a su lista de programas a la carta.

Desde Roma hasta Trento.

Desde Palermo hasta Torino.

Todos veían los episodios de Teresa Falcone.

La famosa presentadora y *soubrette* de la televisión de los años setenta y ochenta se había reinventado por completo.

Cada vez que podía, Gildo iba a ver las grabaciones.

En el estudio de grabación, había siempre en un rincón de la encimera una pila de su libro de recetas, que, según Teresa, no se vendía. Sin embargo, permanecía a la cabeza de los más vendidos desde hacía muchas semanas.

En los estudios de Cinecittà, habían adaptado el plató de una película rodada en una casa y reciclado la parte de la cocina. Un espacio grande, donde habían sucedido varias escenas. Sustituyeron la cocina de atrezo y montaron una cara, de élite, con la marca discretamente colocada.

Sartenes, cuchillos y electrodomésticos a más no poder… y a cocinar.

El ambiente había quedado precioso. Parecía una cocina sacada de alguna *masseria* de la Toscana. Nada ostentoso, solo lo esencial, bien decorado y con mucho gusto, tal como era Teresa. Tal y como había pedido que tenía que ser su cocina.

A Gildo le recordaba al apartamento donde vivía su madre en Roma, salvando las distancias, porque ese era mucho más pequeño.

—Bien, ahora, un buen chorro de aceite de oliva virgen extra por encima —explicó Teresa, dejando la aceitera en la encimera; cogió el rallador y un buen bloque de queso, en cuya corteza se veía perfectamente la marca—. Acabamos este plato con una abundante lluvia de *parmigiano reggiano* y ya está listo. Tenemos una perfecta pasta con queso gorgonzola y calabacines —confirmó, y dejó el queso—. Así le gusta a Gildo, ¿verdad? —dijo mientras indicaba con la cabeza a su hijo, que estaba al otro lado de la cámara—. No podéis verlo, pero está allí. Mucha modernidad y gimnasio, pero la pasta la quiere cargada de queso —susurró como si hablara a todos sus telespectadores.

Al otro lado, Gildo puso los ojos en blanco.

Cogió un trapo que le colgaba de la cintura, repasó un punto donde había quedado una manchita de tomate en una esquina y la quitó.

Una vez que lo examinó mejor, lo giró.

El plano cambió. El director del programa, que miraba desde su silla de madera y lona, observaba la imagen en tonalidades blancas y azules desde el monitor que tenía delante.

En el plano frontal se veía el plato de pasta centrado.

El aceite brillaba y los ingredientes lucían la maestría de la cocinera.

¿Quién hubiera dicho que Teresa estaría de nuevo delante de su público, pero con un delantal?

—En fin, amigos, este ha sido el plato de hoy, espero que os haya gustado. En definitiva, como digo siempre, la cocina ni es un espacio perdido de la casa ni una actividad hostil. Es un acto de amor, el más grande. Cuando hacemos de comer para nuestros seres queridos, estamos haciendo un mundo mejor. Menos *fasfus* y más *Cucina con la mamma* —acabó, y dibujó una sonrisa enorme hacia la cámara.

—*Stop*. Ya lo tenemos —dijo el director mientras aplaudía.

El ambiente se relajó.

Teresa se quitó el delantal y se acercó un momento al director para comentar detalles de la grabación.

Mientras Gildo esperaba a que su madre acabara, alguien le tocó el codo.

Se giró y se encontró con una mujer.

—¡Qué tal, Gildo! ¿Cómo estás? —preguntó ella.

Llevaba un traje blanco y una *tablet* en las manos.

—¿Qué haces en la trinchera, Claudia Bianchi?

—Ya ves, una no puede quedarse en casa —respondió la mujer.

—Vaya, desde que te vi esa noche delante del Porco Miseria, quién te ha visto y quién te ve.

Ella sonrió y su mirada cayó a sus zapatos de tacón, que iban conjuntados con el vestido y con la funda de la *tablet*.

—Nada que ver, cierto. Tú también ayudaste a dar un cambio importante a mi vida —respondió ella, y se dieron dos besos y un abrazo—. De secretaria a directora ejecutiva de contenido. Además, elegida por el consejo de administración, no por mi padre.

—Él estaría orgulloso.

—Espero. Quien no lo está es la familia.

Gildo se encogió de hombros.

—Que les den, al final, no son tu familia y siempre te han repudiado. Ellos viven con un colchón de dinero para toda su vida y tú tienes talento, que eso con una fortuna no se compra —afirmó Gildo—. ¿Qué haces por aquí?

—Ver a nuestra nueva sensación de la tele —respondió, indicando con la barbilla a Teresa Falcone.

Gildo rio por lo bajo. Claudia lo vio y le dio con el dorso de la mano en el pecho.

—¿De qué te ríes?

—Nada.

—¿No quieres decírmelo?

—Nada, que se me hace raro que mi madre sea la nueva sensación de la televisión.

Ella se giró hacia él y le dio otro golpe.

—Pues acostúmbrate, Gildo Falcone. ¿Qué pasa, es que estás celoso?

Gildo levantó las manos, rendido.

—No, qué va. Todo lo contrario. Ahora, a mis años, vivo lo que mis padres siempre me han explicado —dijo Gildo, y se giró hacia su madre, que caminaba hasta ellos.

Claudia también se giró y las dos mujeres se saludaron, dándose dos besos.

—Hay que ver la que estás liando, Teresa.

—¿Qué hace la superdirectora aquí?

—Asegurarme si todo es de tu agrado, Teresa.

—Desde luego. Gracias —dijo Teresa—. ¿Cómo vamos con el *share*?

—Cada día más alto y el índice de popularidad lo tienes por las nubes. Deberías abrirte un canal de Instagram, Teresa.

—¿Insta qué? ¿Es una levadura instantánea? —preguntó, ofendida, y le hizo un gesto con la mano—. Déjalo, yo con cosas químicas e instantáneas no trabajo. Yo soy de la vieja escuela: tiempo y amor.

Gildo tosió intentando sofocar el ataque de risa que le había venido.

—La verdad es que no me refiero a una colaboración con producto industrial… —titubeó.

—Claudia, de camino a casa en taxi, le explico qué es eso de Instagram —prometió Gildo.

—¿Taxi? —dijo Teresa, girándose y levantando la mano como si tuviera que enroscar una bombilla imaginaria encima de su cabeza—. Nada de taxi, ahora tengo a Ambrogio.

02

—¿Ambrogio? —preguntó Gildo, extrañado—. ¿Quién es Ambrogio?

Teresa, como una verdadera diva, se despidió lanzando un beso al aire ya caminando hacia la puerta de salida.

—Adiós, Teresa —respondió Claudia.

—¿Quién es Ambrogio? —preguntó de nuevo Gildo.

Claudia, sonriendo, le indicó con la barbilla a su madre.

—Síguela, ya lo descubrirás.

Gildo negó despacio y se sacó un trozo de jengibre del bolsillo. Esos misterios no les gustaban para nada. Él los resolvía y no le gustaba que se los hicieran.

Siguió a su madre. Salieron del plató y ella fue a cambiarse a su camerino, una vieja Airstream brillante como un viejo avión de la Segunda Guerra Mundial. Estaba aparcada en medio del patio, al lado de una carretera.

Esperó debajo de una sombrilla de playa hasta que su madre salió vestida otra vez de Teresa Falcone, discreta, de cada día.

—Necesito una copa de vino —dijo ella—. Ya no tengo edad para este trabajo.

Gildo la miró perplejo y luego le preguntó directo, sin rodeos y con un punto de celos en su tono de voz.

—¿Quién narices es Ambrogio?

—Ahora lo conocerás —dijo mientras le sujetaba el rostro, como se hace a un niño o a un adolescente—. Ven conmigo. Por cierto, ¿no te has puesto la camiseta de la salud debajo de esa horrenda camisa de flores? ¡Te falta estilo, hijo!

La madre comenzó a caminar hacia la salida de Cinecittà.

Gildo primero puso los ojos en blanco y luego se miró la camisa. Era una de sus preferidas: fondo blanco, palmeras verdes, plátanos, elefantes y flamencos. Un simposio de la jungla y del color.

—¿Qué le pasa a mi camisa? —preguntó, y la siguió.

La televisión y la socialización se habían convertido en la mejor medicina contra la soledad y una posible depresión. Teresa parecía otra, incluso vestía diferente, con más colores y combinaciones de accesorios propios de un artista bohemio y casi naíf. La ropa negra la había dejado en un armario. Ahora iba con fulares, gorros, gafas, abrigos y jerséis disonantes, dando la sensación de que los combinaba según el humor del día.

Teresa había cambiado y con ella su relación con el mundo.

Caminaron por las calles de Cinecittà hasta el portón. Cada persona que se cruzaban la saludaba, casi todos por su nombre. Con algunos se detenía a cambiar un par de frases y seguían.

Y, por fin, llegaron a la entrada. Durante esos metros recorridos, Gildo se había quedado con las ganas de saber quién demonios era Ambrogio.

Un moderno Fiat Tipo negro estaba aparcado al lado de la entrada. En cuanto Teresa se acercó, salió un hombre de mediana edad, con el pelo gris y maneras educadas, para abrirle la puerta de atrás.

—Gracias, Ambrogio —dijo ella mientras se sentaba.

Luego, el hombre dio la vuelta y abrió la puerta del otro lado para que entrara Gildo. Esperó a que se sentara.

Por último, se abrió su puerta, se sentó y arrancó el coche. Se quedó quieto, como un buen empleado, esperando las instrucciones para proceder.

—No me apetece comer fuera, mejor a casa, ¿verdad, Gildo? ¡Exacto! Así que a casa, por favor, Ambrogio.

Gildo se quedó con la boca abierta mirando a su madre.

Cuando ella se dio cuenta de que el hijo la miraba de ese modo, le dijo:

—No me mires con esa cara de gaviota, es cortesía de Claudia. Bueno, no, de la empresa —dijo la madre mientras se pasaba la mano por el pelo, no de forma vanidosa, simplemente, como un acto reflejo, resaltando sus dotes, su belleza, con naturalidad. Hasta su pelo parecía más enérgico y revivido—. Todos los días de rodaje, Ambrogio me recoge en casa, me trae y me espera en la puerta.

Mientras hablaba, se daba cuenta de cómo el chófer echaba alguna mirada por el retrovisor.

No tenía una idea clara de cómo era esa persona. No, no la tenía, pero que *a priori* no hubiera sentido una mala sensación hacia Ambrogio, ya era algo positivo.

—Te hubiera dicho de comer algo fuera, pero tengo en la nevera una ensalada de arroz que está para chuparse los dedos y… —dijo ella, mirando el reloj— creo que es la hora de comer. Estás muy delgado, así que te voy a dar una doble ración —confirmó, y luego se giró hacia el hijo—. Gildo, no me dices nada, ¿estás bien? Desde que te has echado novia, ya no se te ve el pelo y estás en los huesos. ¿Cuándo me la presentarás?

Gildo suspiró y se pasó la mano por el rostro. Se dio aire en la cara con la mano como si fuera un abanico.

—¿Calor, señor? ¿Le doy más potencia al aire acondicionado? —preguntó el chófer Ambrogio.

—No, gracias —mintió sonriendo—. No es mi novia, *mamma*.

—Si te acuestas con ella, es tu novia. En mis tiempos funcionaba así. Ahora con vuestras cosas, no sé cómo funcionáis. La señora del segundo piso intentó explicármelo un día, pero no lo consiguió. Para mí, o es amiga o es novia. Nada más. En fin, que nos desviamos, ¿por qué has venido, hijo?

Gildo casi había olvidado si había acudido al plató para algo en concreto o solo por ver a su madre. Efectivamente, no era para nada en especial, solo para verla.

—Tenía un día tranquilo y tenía ganas de ver a mi madre, ¿sabes?

Ella se giró para observarlo.

—Entonces, si vuelves conmigo, ¿cómo has ido hasta allí?

—En bus. Es cómodo y práctico y, aunque siempre con retraso, he llegado.

Ella asintió cuando el móvil de Gildo sonó.

Lo sacó del pantalón y miró la pantalla. El nombre que aparecía en ella le hizo el mismo efecto que si hubiera atravesado el asiento una aguja y le hubiera pinchado en el culo.

—¿Qué pasa? —preguntó la madre.

Gildo bufó y respondió la llamada.

—Falcone.

—Tenemos un problema y necesito que vengas aquí cagando leches.

Esa frase le sacudió el cuerpo como una ducha fría. Cuando el comisario llamaba, eran pésimas noticias.

—¿Qué ha pasado, jefe? —preguntó, pero el comisario ya había colgado.

03

Teresa Falcone sacudió la cabeza.

—Ya te dije que tenías que seguir como chef y no meterte en este rollo de la policía.

Gildo guardó el móvil y miró un segundo por la ventanilla. Recién habían entrado en la ciudad y estaban cerca de la Stazione Termini.

Pidió al chófer que lo dejara cerca del Tevere, dirección a casa de Teresa, pero tanto el chófer como la madre insistieron en dejarlo en la comisaría.

No tuvo manera de replicar, así que el Fiat lo dejó después de pocos minutos delante del edificio de la policía. La Vespa estaba en su lugar y el Lèttere Caffè, abierto en pleno servicio de comidas.

Solo después de prometer a la madre comer algo en condiciones y que la copa de vino quedara pospuesta, el chófer se fue.

Gildo entró en la comisaría y, con el primer pie que pisó el suelo de la instalación, se activó el radar de Lillo.

—A Gi, ¿cómo estás? ¿Qué haces por aquí a estas horas? ¡Ah, sí, es verdad que el jefe te buscaba! —dijo mientras movía la mano con una expresión terrible, ya fuera de su pecera y con un delantal infantil y unas manchas rojas en la boca.

—No quiero saber nada —dijo Gildo, y, pasando delante de la garita, vio lo que estaba haciendo. Un bol lleno de *arancini* de varios sabores y unos pequeños cuencos con salsas.

Gildo se detuvo y se quedó mirándolo. No era el túper de siempre, de cristal o plástico. No, ese era de aluminio; quería decir que los había comprado en una tienda de platos cocinados.

—A Lillo, ¿qué te ha pasado, te has peleado con tu mujer?

El agente que siempre estaba vestido de forma impoluta, esa mañana, además, tenía la camisa blanca sin planchar.

Él lo miró con estupor, casi con miedo.

—Sí, inspector. ¿Cómo lo sabes? ¿Te lo ha dicho mi mujer? —acribilló a preguntas con la velocidad de una metralleta.

—Calma, Lillo, no… —dijo Gildo, levantando las manos y explicando el detalle del túper y de la camisa—. Tu mujer nunca te dejaría comer esas… —Se detuvo, porque pensó la palabra «asquerosidad»—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, mi mujer es testaruda.

Gildo levantó las cejas.

—Porque tú no lo eres, ¿verdad? —ironizó Gildo.

El agente se quedó sin responder, también era muy nuevo eso. Pero la conversación fue interrumpida por un grito que parecía salido de las catacumbas centenarias.

—Gildo, ¡déjate de hostias! Ven a mi despacho —ladró el jefe.

Gildo, después de haberse encogido de hombros, tuvo que acatar y subir al primer piso, hacia el despacho del jefe.

Antes de abrir la puerta, el olor a tabaco lo invadió y casi lo echó para atrás. Era insoportable. Para una persona normal tenía que ser asqueroso, pero a él, que se cuidaba en el gimnasio e intentaba tener una vida saludable, le molestaba más aún.

Las ventanas abiertas solo movían el aire provocando que se oliera más.

Llevaba una americana azul y una camisa blanca, elegante dentro de su estilo. Er Bufa, en toda su magnitud y cada día más gordo, le indicó que se apresurase a entrar y se sentara.

—A Erme, siéntate —indicó—. Tengo que explicarte algo.

«Algo no, seguro que es un marrón», pensó Gildo.

El olor era insoportable. Se metió un trozo de jengibre en la boca para centrarse.

—¿Qué ha pasado, jefe?

—Ha muerto alguien relacionado con tu campo y, a pesar de que está fuera de nuestra jurisdicción, quieren que vayas tú.

Gildo pensó que no era nada nuevo que lo llamasen a él para resolver un caso fuera de su jurisdicción, pero entonces cayó en la cuenta de las palabras

del jefe.

—Mi campo… Por cierto, ¿cuál es mi campo? Me gustaría saberlo —preguntó Gildo, masticando la raíz.

—La gastronomía. El mundo culinario. El comisario jefe quiere que te encargues tú —reveló, y, por el tono de su voz, parecía que eso le molestaba, lo alteraba, tal vez, hasta tuviera una pizca de celos.

Fue la primera vez que Gildo sintió algo así. El comisario, ese enorme hombre fumador y que comía casi más de lo que fumaba, con un mejor puesto, una familia, un coche de la policía y a saber cuántas cosas más, tenía celos de él. Eso lo dejó sin palabras, más que saber que había un caso que lo esperaba.

—A ver, qué ha pasado ahora que esté relacionado con la gastronomía. ¿Otro cocinero, un repartidor de cervezas, un afilador de cuchillos?

Er Bufa negó.

—Un cafetero.

—¿Cafetero? —repitió, extrañado.

—Sí, el dueño de Torrefazione Sant'Eustachio.

Gildo se quedó perplejo, callado, recordando dónde había escuchado ese nombre y qué sabía de él.

Er Bufa le pasó la carpeta del caso. No era muy gruesa y parecía que estuviera cubierta de polvo, como si se encontrara entre el centenar de carpetas desde hacía mucho tiempo.

—¿Cuándo ha sido?

—Esta mañana. En el informe está todo.

Gildo pasó unas páginas, echó un primer vistazo a la poca información que había y cerró la carpeta.

—Te están esperando.

—¿Quién ha encontrado el cadáver?

—La secretaria. La señora… —dijo mientras indicaba la carpeta— no sé qué, lo tienes ahí. Al entrar, se ha encontrado toda la fiesta.

Gildo arrugó el ceño. Pensó que era una manera poco ortodoxa de referirse a un asesinato. No por nada era Er Bufa, con un tacto de bisonte para los asuntos delicados.

—¿Dónde está ahora? ¿Sigue en la *torrefazione*?

El comisario alzó ligeramente la cabeza y chasqueó la lengua. No de una forma normal como hace todo el mundo, sino de una forma especial, más suave, entre los dientes y el paladar, que en el sur quería decir «no».

—Se la llevaron los servicios médicos al hospital, la señora se ha llevado un buen susto y le dio un ataque de ansiedad. Ya sabes, después de tantos años trabajando con alguien y verlo muerto, te lo puedes imaginar.

No, Gildo no se lo podía imaginar, nunca le había pasado, pero el horror de encontrarse con un ser querido muerto era una idea que lo atormentaba.

—¿Cómo encontraron al muerto? —preguntó Gildo, y dio la vuelta a la raíz de jengibre.

—Mejor que vayas, seguro que te recordará a un viejo caso…

04

Abrió la carpeta en el bar mientras esperaba un café.

Comenzó a revisar las fotos y la poca información que contenía.

El comisario jefe se había empeñado en nombrarlo a él responsable. Últimamente, eran solo casos relacionados con esos temas; daba igual de qué parte o jurisdicción de la capital estuvieran, se los endiñaban a él.

Las únicas fotos del dosier eran de la entrada del lugar y del hombre aún con vida.

Eso no era nada. El comisario lo había llamado dosier, pero en la práctica eran cuatro nombres de empleados y familia y unos detalles inconexos de su vida y de su actividad.

Su atención se centró en la tacita de café que apareció delante de él.

Marzia se la ofreció como siempre, pero ese día tuvo un significado muy diferente. En esa tacita de café, que desde hacía años tomaba sin excepción, vio unas palabras que le encendieron la bombilla: en un lado de la cerámica blanca y de borde grueso, ponía Torrefazione Sant'Eustachio.

De repente, los puntos se unieron en un dibujo que se completó en su cabeza.

El café en casa de Aurelio, el que utilizaba Marzia y el lugar del asesinato eran el mismo.

Gildo levantó la mirada, enseguida ella vio en él algo extraño.

—¿Estás bien? ¿Qué te pasa, Gildo?

Él cerró la carpeta. Dudó si preguntar o esperar.

—Todo bien.

Ella asintió poco convencida y se dio la vuelta, pero entonces Gildo le dijo que se sentara allí con él.

—¿Qué te pasa? —preguntó, preocupada.

En su voz no había la preocupación normal, sino la que una mujer tiene cuando un hombre esconde algo importante. Gildo vio cómo Marzia se temía algo personal.

—¿Tienes un minuto?

—¿Qué ha pasado, Gildo? No me dejes así.

En el Lèttere Caffè había varias mesas con personas comiendo.

—Esta mañana han encontrado muerto a Ruggero Vitali.

—¿Rugg… Vitali? —preguntó, incrédula.

Gildo asintió y ella se tapó la boca con una mano.

—¿Cómo…?

—No lo sé, tengo que ir a verlo, estoy al mando del caso —dijo Gildo, y cogió la tacita. Miró la capa de café amarronada y, de un solo trago, bebió el brebaje—. Necesito que me digas lo que sepas de esta gente.

Ella estaba en *shock*, parpadeaba de forma errática.

—Marzia, ¿estás aquí? Parece que haya muerto un familiar.

—Es que Ruggero era una persona muy especial.

—Sigue.

Ella sacudió la cabeza, se veía muy afectada por la noticia. Él no la había visto nunca de esa forma, parecía como si quisiera llorar, pero se estuviera conteniendo.

—Torrefazione Sant'Eustachio era Ruggero. No sé qué va a ser de ella.

—¿Cómo era ese hombre?

—No sé, normal. Es que lo siento, no puedo hablar, me ha venido de repente, no sé.

Gildo asintió y cogió una de sus manos.

—¿Te apetece que lo hablemos esta noche cenando?

—Sí, mejor. Ahora estoy… Ya sabes —dijo, moviendo la mano a la altura de la cabeza.

—Genial —respondió, y se levantó. Dio la vuelta y la besó en una mejilla—. Nos vemos luego. Creo que los de la mesa de atrás te están llamando.

Al salir, Gildo se fue directo a la Vespa. Guardó la carpeta en el espacio debajo del sillín y se abrochó el casco.

Arrancó y se fue dirección a la *torrefazione*.

Cruzó el Tíber y entró por detrás de la zona de los Foros Romanos.

El sol a esa hora del día ya era pesado. Lo mejor que se podía hacer a esas horas era quedarse en casa y hacer una pequeña siesta para hacer la digestión y que se fuera ese calor.

El verano ya había llegado. A pesar de que el calendario aún no lo indicase, era oficial: el verano había desembarcado con todo su poderío.

Pasó por delante de la Bocca della Verità. Él la conocía muy bien, allí llevaba a todos sus ligues de joven para hacerles la pregunta, cuando tenía la mano metida dentro de la abertura, si le gustaba a la chica. Las turistas se espantaban, pero las chicas, que sabían el truco, le seguían la corriente devolviéndole la broma.

La barrera de asiáticos impedía ver la enorme rueda de piedra con forma de cara; solía estar abarrotada a esa hora. Pasó el templo de Hércules y llegó al Campidoglio.

Dejó atrás Piazza Venezia y siguió por Via del Corso.

La vieja Vespa daba saltitos sobre la carretera empedrada. Su colorida camisa y su pintoresca Vespa llamaban la atención de los turistas, que, a pesar del sol a plomo, aprovechaban todo lo que podían de la ciudad. Algunos turistas le hacían fotos, alguna vez, incluso, lo habían parado para hacerse un selfi con él. Gildo, encantado, se dejaba fotografiar, pero luego les decía en inglés o español que se pasaran por el Porco Miseria para comer el mejor bocadillo de *porchetta* de la ciudad, alargando una tarjeta de visita del *food truck* y guiñando el ojo si era una mujer y sin que lo viera el marido.

Torrefazione Sant'Eustachio estaba en una calle paralela de donde vivía su madre. Ni más ni menos. Roma era suficientemente grande como para que la flecha de la muerte hubiera caído a menos de una manzana de distancia.

Pero cuando ya llegaba, giró. Los rugidos por tener la barriga vacía demasiadas horas y con la perspectiva de no llenarla en otras tantas tomaron la delantera.

Aparcó debajo de casa de su madre y subió a por un plato de esa maravillosa ensalada de arroz que le había propuesto.

Al entrar, las notas de la música que se propagaban por el apartamento lo sorprendieron.

Nada de ópera ni música clásica. *Nostalgia Canaglia*, de Al Bano y Romina Power.

Dejó el casco y entró.

La única explicación de ese cambio de música era un conjunto de sucesos en la vida de su madre. Más floral, más viva y más alegre.

Bajó el volumen del ensordecedor tocadiscos y su madre se giró.

—Me has dado un susto de muerte.

—Si tuvieras la música más baja, no te asustaría todos los días…

Ella y la copa de vino tinto se acercaron al hijo.

—Ya he comido.

—Me lo imaginaba. ¿Te queda un poco de ese arroz que me vendiste tan bien? Tengo algo de hambre.

—Claro que sí, lávate las manos y te lo voy preparando. No me extraña, no comes y solo estás para arriba y para abajo con ese trabajo inútil.

Gildo puso los ojos en blanco y fue a lavarse las manos.

Estaba arrepintiéndose de haber ido, por todos los sermones que estaba escuchando, hasta que probó el primer bocado de arroz.

—Está buenísimo —dijo con la boca llena.

Esa ensalada era justo lo que necesitaba, fresca y deliciosa.

La ensalada de arroz llevaba pollo a la plancha en tiras, aceitunas, maíz, tomatitos *pacchino*, jamón, queso emmental, guisantes, huevo duro y alcaparras.

Solo entonces su estómago se calmó y los jugos gástricos dejaron de emitir ruidos.

El único pero era que la madre, ansiosa por que comiera, le había llenado un bol de arroz que hubiera servido para varias personas.

—Esto es para un equipo de fútbol, *mamma*.

—Calla y come —ordenó ella.

Él no quiso insistir.

Mientras ella le explicaba las últimas novedades del edificio, que si la amiga del segundo piso se quejaba de que su hijo no le había presentado aún a ninguna pareja, que si los del último piso limpiaban las alfombras en las ventanas y el polvo caía a los vecinos de abajo, que los del tercero tenían relaciones íntimas a todas horas, el bol de arroz fue bajando. Ya no le cabía más y la cantidad industrial de arroz seguía ocupando la mitad del recipiente.

—No te preocupes, te lo pongo en un túper.

Esas fueron las últimas palabras que escuchó de su madre antes de coger el recipiente, bajar a la calle, guardarlo debajo del asiento de la Vespa y dirigirse a la famosa sede de Torrefazione Sant'Eustachio, donde había sucedido el asesinato.

05

Mientras caminaba por la calle, Gildo pensó en las últimas palabras del comisario.

«Seguro que te recordará a un viejo caso…».

¿Por qué le había dicho eso?

¿Qué tenía que ver el caso al que se refería el comisario con el señor Ruggero Vitali?

Caminó por la calle de su madre, siguiendo a un grupito de turistas que venían de América.

Pasó delante de unos cafés y unas tiendas que vendían postales y suvenires. Llegado a la Piazza de la Rotonda, delante de él, se encontró el Panteón. Siempre había sido impresionante contemplar ese edificio de planta circular con una entrada de inconfundible estilo griego.

Giró a la derecha, siguió la plaza hasta el albergue Abruzzi y giró a la derecha otra vez.

Desde ese punto, ya intuyó dónde estaba la *torrefazione*; los curiosos y los periodistas rodeaban el cordón policial.

Se quedó mirando unos instantes el alboroto. La calle que tenía delante era la del establecimiento, los compañeros habían intentado acordonar la zona, pero los curiosos se habían acumulado, impidiendo el paso.

A pocos pasos de su destino, vio entre las piernas de los asistentes que en la fachada se acumulaban ramos de flores, cartas y tazas de café en señal de homenaje.

Ese lugar situado detrás de casa de su madre y al que nunca había ido o, si lo hizo, nunca se había dado cuenta de su existencia.

Se hizo paso entre la muchedumbre silenciosa, enseñó la placa que llevaba colgada en el cuello y pasó el cordón.

Dos escalones y entró en el tostadero.

Cerró la puerta de entrada y dejó los *flashes* fuera. El silencio se adueñó de las instalaciones y, como la ola de un tsunami, le llegó el olor a café. Un aroma diferente al que estaba acostumbrado. No era el del café de la cafetera que se hacía por la mañana. No era el olor que inundaba en las primeras horas de la mañana la cafetería de Marzia o por la noche, cuando ya los olores del día se iban y los primeros cafés bautizaban el aroma del espacio dejando una huella que duraba eras.

Tampoco era ese olor.

Era más intenso.

El aire estaba cargado de aromas profundos y densos, casi terrosos y envolventes.

Ese olor a café recién nacido se caracterizaba con esencia de madera quemada, nuez tostada y chocolate amargo. Pero también le recordaba al azúcar moreno tostado.

Era un simposio de factores, un baile, una mescolanza de tonalidades que explotaron en su nariz.

«¿Cómo puede oler así un tostadero?», pensó.

Después de ese viaje extrasensorial, se encontró en una pequeña recepción vacía; nadie había ido a buscarlo ni lo esperaba.

Atravesó una puerta y se sorprendió al ver el almacén, que parecía atrapado en los años setenta. A Gildo le costó enfocar la vista y creérselo; el mejor café de la ciudad, y seguramente de la nación, procedía de ese lugar vetusto y antiguo. Un museo de los viejos oficios.

El suelo estaba formado por viejas baldosas de terrazo con piedrecitas rojas, negras y grises, las típicas que se colocaban en el *boom* económico de la Italia postguerra y las mismas que había en las escuelas públicas de Roma.

Las paredes estaban pintadas en dos tonalidades: desde el suelo hasta mitad, de un verde oscuro, casi militar; y desde la mitad hasta el techo, de un color entre *beige* y kaki.

En una de las paredes, había silos industriales de café de unos 30 cm de ancho y que llegaban hasta el techo. Gildo contó unos seis, quizá con seis tipos de café diferentes. La parte inferior de cada silo tenía una especie de dispensador para rellenar paquetes o bolsas.

En el resto de la estancia, había básculas Berkel de color burdeos y molinillos industriales, además de mesas para el empaquetado y todo el *packaging*.

Mientras Gildo estudiaba el lugar, un compañero de la científica hacía fotos de todo y otro tomaba huellas en varios puntos específicos.

A la izquierda, en un lateral de la sala de empaquetado, había un espacio que formaba como una L, en donde había un mueble de madera con forma de pirámide que contenía pequeños paquetitos de café y un viejo molinillo encima, varias sillas y unos granos de café de cerámica del tamaño de una mano colgados en la pared.

Justo al lado de los granos colgados, una placa de madera rezaba: «Los hombres tienen que ser como el café: fuertes, buenos y calientes».

Gildo sonrió por la frase.

Entonces una persona lo llamó.

—¿Inspector? —preguntó un chico de la científica, y Gildo asintió—. Le estábamos esperando.

Gildo se acercó al compañero.

—Me han asignado este caso, sí.

—Lo sé, yo soy Claudio, pase. ¿Lleva o necesita guantes?

—¿Los necesito?

—Si no quiere tocar nada, no hacen falta, creo.

—Te sigo —dijo Gildo.

Cruzó la estancia del empaquetado siguiendo al chico, sorteando cajas y sacos de café.

Pasaron una puerta y entraron en otra sala con los techos el doble de altos.

A Gildo le impresionó la enorme estructura y que esta estuviera justo detrás de la casa de su madre. Roma era algo sin igual, llena de misterios y de sorpresas.

Claudio lo acompañó hasta una máquina gigantesca que estaba en un lado de la sala.

—Aquí encontraron el cadáver —explicó el chico, apoyando la mano en la compuerta abierta.

—¿Qué es esto? —preguntó Gildo, indicando la estructura oscura que tenía delante similar a una lavadora industrial.

—Es donde tuestan el café. Encontraron aquí dentro a la víctima.

—¿Cómo? ¿Aquí dentro? —dijo Gildo mientras acercaba la cabeza para ver mejor el interior.

—Aquí se mete el café crudo y se tuesta. Se realiza la tarea con un soplete interno alimentado por gas.

Gildo se pasó las manos por el pelo. La máquina aún olía a carne quemada, como si hubieran asado un pollo.

Mientras que Claudio le explicaba por dónde se introducían los granos de café crudo y el funcionamiento de esa máquina del diablo, recordó de nuevo las palabras del comisario.

«Seguro que te recordará un viejo caso…».

Entonces lo entendió. Er Bufa se refería a cuando encontró en un crucero a un tripulante quemado en el horno de las cocinas, en Barcelona, cuando aún era ayudante de chef. A eso se refería el comisario. Pero aquello fue diferente.

La primera pregunta que le vino era: ¿qué podía haber hecho o no hecho ese hombre para acabar como sus tan queridos granos de café?

Aún era muy pronto para responder esa pregunta.

—Espera, Claudio —dijo Gildo, interrumpiendo la explicación técnica que le estaba dando—. ¿Cómo sabes todo esto?

—Nos lo ha explicado uno de los trabajadores —respondió como si fuera obvio.

—¿No puede ser que haya caído dentro ese buen hombre mientras estaba trabajando ayer por la noche?

—Es lo mismo que he preguntado yo, pero no tenían que trabajar anoche. Solo trabajan por la mañana para el tueste del café.

«¿Y si no fuera así?», pensó Gildo.

Gildo asintió y echó un vistazo a su alrededor. El lugar estaba abarrotado de sacos de tela llenos de café. Había de todo tipo: de Colombia, de países de África y de muchos más.

—¿Dónde está el cadáver ahora?

—Se lo llevaron hace un buen rato al Instituto de Medicina Legal.

—Carmelo… —susurró Gildo—. ¿Tenéis idea de quién puede haber sido?

—Inspector Falcone, eso lo tendrá que averiguar usted.

—¿Cuándo tendré el informe completo? —preguntó el inspector.

—Supongo que esta tarde noche.

Gildo asintió y le dio las gracias. Se alejó del chico y sacó el teléfono para realizar una llamada.

Marcó el teléfono del despacho del forense y esperó a que le respondiera.

—Zanatta.

—A Carmè, soy Gildo.

Del otro lado del aparato se escuchó como el forense resopló.

—¿Ya me estás tocando los cojones llamando? No me dejas respirar.

—¿Cómo estás, Carmelo?

—Mal.

—¿Y por qué?

—Porque cada vez que me llega un cadáver de un caso tuyo, yo no soy feliz.

—¿Y qué es lo que te hace feliz?

El forense pensó un segundo y le respondió rápidamente.

—Los *cannoli siciliani*, pescar en barco y que tú estés muy lejos.

Gildo se rio.

—Eres un exagerado, si yo pensaba que te alegrabas cuando voy a verte…

—Ni en sueños, tú y tu comisario sois unos pesados.

Gildo encorvó la boca y miró la pantalla. Que le comparara con Er Bufa no le gustó.

—Escúchame, ¿cuándo estará la autopsia de esa pobre persona?

—Mañana o pasado.

—Venga, Carmè, enróllate un poco. Sé buen chico. ¿No puede ser antes?

—No.

—Bueno, adelántame algo, ¿tú qué crees?

—Pues que a tu fiambre se lo han cargado quemándolo. Nada más. Para más detalles, tendrás que esperar. Esta vez no hay ningún politiqueo que me obligue a apresurarme. *Ciao*.

Dicho eso, colgó.

El amor por el siciliano era totalmente mutuo. Esa vez, lo haría esperar todo lo que quisiera y en represalia por todo lo que le había hecho correr las veces anteriores.

Gildo sintió que ese caso cogería una velocidad de crucero más lenta de lo que se esperaba, pero se equivocaba.

En ese instante, entró por la puerta una mujer que lo buscaba.

—Inspector, soy Lucía Brentani, viuda de Vitali —dijo la mujer con una fuerza que parecía que la estuvieran persiguiendo—. Necesito hablar con usted.

Gildo la miró y asintió.

—Claro, estoy aquí para eso.

—Sé quién ha matado a mi marido.

06

A pesar de que Gildo siempre había sido pésimo en descifrar las edades de las mujeres, pensó que Lucía Brentani podía tener unos cuarenta y cinco o casi cincuenta en el carnet mientras la seguía por un pasillo de Torrefazione Sant'Eustachio, pero la mujer, por lo que veía, se cuidaba muy bien.

Llevaba un traje rojo con falda y una blusa negra.

Llegaron a una puerta y la mujer entró abriendo las dos hojas de golpe. Siguió caminando y se sentó en un sofá, al hacerlo, el aire acumulado en el cojín escapó de la tela de terciopelo, levantando una pequeña nube de motas de polvo que se reflejaron en la luz que se colaba por la ventana.

Luego, indicó a Gildo que se sentara en una butaca justo delante.

Gildo se sentó y echó una mirada a su alrededor. Un despacho con un escritorio de melanina de los años setenta, paredes de color verde, iguales al resto del local, y unas ventanas alargadas que daban a Via degli Orfani.

Se quedó mirando una estantería que contenía una colección de vinilos y un reproductor.

—Mi marido cantaba.

Gildo se giró rápidamente, extrañado.

—¿Cómo dice?

Lucía descruzó las piernas y se levantó para acercarse al mueble. Al hacerlo, se bajó la falda, que, al tener una medida entre minifalda y por encima de la rodilla, se le subía demasiado al moverse.

Cogió un vinilo y se lo pasó.

—Este es el grupo de mi marido, ¿quiere escucharlo?

Esa reunión se estaba convirtiendo por momentos en más y más interesante. Saber las costumbres y las los *hobbies* de las personas involucradas

era esencial y, además, cuanto más tiempo pasara con esa mujer, más podría estudiarla.

Se había presentado con la idea de conocer la identidad de la persona que había matado a su marido. Sin embargo, a pesar de saber qué era lo que tenía en mente y cuál era su objetivo, prefirió seguir la corriente de los acontecimientos.

De repente, las notas de una música que no sabía definir bien inundaron la estancia. Supo identificar un bajo, un piano, un saxo y una batería, y una voz profunda que cantaba en inglés. Esa voz era caliente, penetrante, fuerte y afinada. Como si estuviera bajo un hechizo de magia, el fundador de la *torrefazione* volvía a aparecer entre esas paredes.

Gildo no tenía mucha idea de qué tipo de música estaba sonando, pero le pareció *jazz* o algo parecido. Se lo preguntó a ella.

—Es *blues*, inspector —confirmó la mujer, que movía la cabeza al compás de la música como si estuviera en un concierto.

Gildo se quedó sin palabras por la calidad cantora del hombre.

¿Quién podría matar a una persona así?

Quizá demasiados enemigos, demasiados recelos o envidias.

—¿La oye, inspector? Yo siempre se lo he dicho, tiene la voz de un ángel. Su tono es como su café, fuerte pero caliente —dijo mientras se abrazaba, como si, al hacerlo, fuera con su marido.

—¿Le importaría parar la música?

La mujer lo hizo.

—Gracias.

—¿A que tiene buena voz?

Gildo asintió y esperó a que la señora se volviera a sentar.

Llevaba el pelo corto, rojizo, y el flequillo peinado hacia un lado, creando una sola ola en su cabeza. Labios marcados, algunas pecas y unos ojos grandes detrás de unas gafas con lentes redondos y con montura de metal fino y dorado.

—Antes me dijo que tenía una idea de quién ha matado a su marido.

Ella asintió y Gildo alargó las manos, como si la invitara a hablar.

—Ha sido su hijo.

—¿Su hijo? Explíquese mejor, por favor.

—Yo soy su segunda esposa. Del primer matrimonio, tenía un hijo, un pedante, grosero y vago chico que se cree el rey del mambo y que no sabe hacer una O con un canuto —despotricó.

—¿Cómo se llama?

—Tommaso.

—Tommaso Vitali.

Ella asintió y se arregló el flequillo con un elegante movimiento.

—¿Y por qué cree que ha matado él a su propio padre? —preguntó, y se guardó el comentario: «el Brutus de la familia».

—Tommaso quería coger las riendas de la empresa, pero su padre sabía que no podía dejarlo, era un inútil. En muchas ocasiones, le tendió la mano y lo puso a prueba, pero cada vez Ruggero se decepcionaba por la incompetencia de su hijo.

—¿En qué sentido? ¿Puede ser más explícita?

—Era un inútil. No sabía vender, no sabía empaquetar, no sabía repartir. Cuando vendía, lo hacía con precios equivocados. Cuando empaquetaba, se equivocaba de café y lo marcaba con una etiqueta que no era. Cuando lo puso a repartir, entregaba los pedidos en otras direcciones. Un desastre. A mi marido, le costaba menos pagar un sueldo y que se quedara en casa antes que fuera a trabajar. Ocasionaba menos daños.

—¿Y qué la hace pensar que lo ha matado? —preguntó Gildo, afinando la vista y pasándose la mano por su pelo negro.

—Tuvieron una discusión por la mañana, quería tener más protagonismo y no tantas largas. Lo amenazó y se enfadaron. Mucho. Nunca los había visto llegar a tanto.

—Me imagino que tuvo que ser duro para un padre llegar hasta esos extremos —añadió el inspector—, pero llegar a matar a un padre me parece excesivo.

—Quería más dinero. Sabía que la empresa tiene mucho dinero en caja y quería más responsabilidad para tener más sueldo —dijo mientras con el índice se bajaba el párpado inferior—. Quería más pasta. Es un tío con las manos agujereadas. Juega. Seguro que a los caballos o a alguna cosa así.

Gildo no contestó, analizó la escena, cómo la segunda mujer del hombre echaba mierda al hijo de su difunto marido. Esa casa parecía ser un nido de

víboras. Cuando hay dinero, siempre hay problemas de herencia y sucesión, pero cuando hay mucho dinero en juego, entonces hay muchos problemas. Esa ecuación no falla.

—¿Dónde estaba usted ayer por la noche?

—Salí con mis amigas de cena.

—¿Y no se dio cuenta de que Ruggero no volvió a casa a dormir?

Ella suspiró y se miró las manos. Sus uñas, muy largas aunque no tanto como la cantante Rosalía, estaban pintadas con un esmalte rosa chicle que no tenía nada que ver con el traje. Se notaba que eran de manicura profesional, sin un solo rasguño.

—Ruggero era muy anárquico, a veces no venía a dormir. Se quedaba aquí los días de mucho trabajo —dijo mientras con una mano daba dos golpecitos en el sofá.

—¿Y cómo se ha enterado de que ha muerto?

—Me ha llamado la secretaria y he venido corriendo.

—Y Tommaso, ¿sabe dónde estaba anoche?

—No tengo ni idea, tendrá que preguntárselo a él.

—Es justo lo que voy a hacer —dijo Gildo, y le pasó una tarjeta de visita de la comisaría de Trastevere—. Por favor, escríbame y así me quedaré con su teléfono. Otra pregunta, ¿sabe si su marido estaba solo o estaba con alguien anoche?

La mujer guardó la tarjeta y pensó por un instante mientras se arreglaba el flequillo.

—Creo que solo. A él le gustaba trabajar solo.

Gildo asintió y se levantó.

—Necesito que me informe de sus desplazamientos y que no salga de la ciudad sin decírmelo, ¿me ha entendido?

—¿Estoy bajo arresto domiciliario? —preguntó casi con un tono divertido.

—No, es solo precaución.

Ella soltó un suspiro.

—Por cierto, ¿dónde puedo encontrar a Tommaso Vitali?

07

Gildo decidió dar un paseo.

Caminar por su ciudad lo ayudaba a poner en orden las ideas y los sucesos, colarse entre los turistas le daba una paz especial.

En Roma, los romanos se diluyen entre los extranjeros, los burócratas y los políticos. Estos últimos, siempre bien vestidos, siempre con traje y corbata, normalmente, tan estrecha que a muchos les aprieta tanto que no les deja pasar el oxígeno. Este factor sería liviano, casi efímero, si no quedaran a la larga afectados por llevar tal soga voluntaria al cuello.

Roma y él mantenían una relación simbiótica, un pacto tácito que no podía ser escrito ni ser contado. Daba igual si era con su Vespa Primavera roja o caminando por las calles concurridas. Esa relación tenía un efecto que a Gildo le encantaba.

Pasó al lado del Panteón, siguió por Via Giustianiari y luego, por Via del Salvatore hasta Piazza Madama.

Dejó pasar unos autobuses de turistas de color burdeos y cruzó la calle.

Llegó a plaza Navona y, después de dar una vuelta para contemplar el inmenso espacio rodeado de edificios señoriales, observó cómo el agua de la Fontana dei Quattro Fiumi brotaba por sus entrañas.

Se aproximó a la Fontana de Neptuno y allí se sentó en un banco de granito.

No tenía ni idea de por qué había acabado allí y no en otro punto de Roma, más cerca de la casa de su madre, pero al final se rindió a esa fuerza magnética inexplicable que tenía la ciudad.

Torrefazione Sant'Eustachio era un nido de víboras.

Lucía, la segunda mujer, se había presentado diciendo quién podría ser el autor material de la muerte de su marido.

Cómo no, alguien que tenía perfectamente la capacidad y un buen motivo para matarlo.

El hijo, inútil y celoso, lo habría arrojado al tambor donde se tostaba el café. Su café. El café que tanto amaba el fundador, Ruggero Vitali.

Según las primeras investigaciones, la empresa facturaba millones de euros; con un mercado como ese, había encadenado varios años en positivo y de beneficios.

La empresa era un caramelo, pero llegar a matar al padre por dinero y por un mejor puesto no acababa de verlo. Sin embargo, por menos se llegaba a matar.

Un arrebato, un momento de debilidad y, ¡ups!, se comete algo que no se quería hacer y se sufren las consecuencias para toda la vida.

Sacó una ramita de jengibre y le dio un buen mordisco. Chupó el líquido picante y entrecerró un ojo por la explosión de sabor en la boca. Prefería un cigarrillo, pero su promesa era más fuerte que volver a caer en la jaula del tabaco.

Se sacó la rama de jengibre de la boca y, al ver las marcas de las muelas en ella, le dio la vuelta a la situación.

También podría ser culpable la mujer. Lucía quería la empresa, heredarla y tener todo el negocio a su merced. Echar al hijo y quedarse con todo.

Se preguntó quién heredaría todo ahora.

Esa era la pregunta clave. Tenía que averiguarlo.

Otra cuestión era hablar con Tommaso Vitali. Ya le había enviado un mensaje y se presentaría en comisaría el día siguiente a las nueve en punto.

También tenía que interrogar a la secretaria, que había sufrido una crisis de ansiedad. Y a los demás trabajadores.

El caso se vislumbraba más sencillo de lo que creía, pero, seguramente como siempre, se complicaría cuanto más se adentrara en él. Como le solía pasar, las cosas en Roma no eran lo que parecían.

Decidió levantarse y regresar.

Había quedado con Marzia para cenar. Sintió unas fuertes ganas de verla. Creía que, además de disfrutar de una preciosa noche juntos, ella, siendo una clienta de la *torrefazione*, le daría algún detalle más del clan de los Vitali.

Alargó el paseo, fue hacia el norte, callejeando, hasta llegar al Palazzo Montecitorio. Vio cómo la puerta estaba presidida por la policía y que algún político de cara conocida entraba y salía. Estos, haciéndose los importantes con un fajo de periódicos en una mano y en la otra sujetando el móvil para hablar, intentaban dar un aire ocupado de sobrepasada importancia sin conseguirlo.

Pasó por Piazza Colonna y regresó por Via del Corso.

La Vespa seguía allí, con el túper de arroz en el maletero.

Había quedado con Marzia en verse en la esquina con Viale Trastevere; no tenía ganas de ver al comisario y explicarle lo poco que sabía, ser ametrallado con preguntas para las que aún no tenía respuestas.

Así que él fue a buscarla en un lugar lejos de las inmediaciones de la comisaría.

A solo unas cuantas manzanas de distancia, un pequeño restaurante en pleno Trastevere los estaba esperando.

Cocina tradicional y judío-romana.

Ir a comer a ese restaurante en coche hubiera sido una odisea. Todas las calles alrededor estaban saturadas. Los coches, incluso los pequeños, se acumulaban incluso encima de las aceras. La terraza estaba abierta y una dulce y delicada brisa refrescaba el ambiente. Toda la casa de dos pisos y la terraza estaban recubiertas de yedra. Casi no se podía entrever el color original de la casa, de un color *beige* desteñido.

En la mesa, ponía reservado y el camarero les dijo que se sentaran.

—Mírame, cómo puede ser que no me hayas dejado ir a casa a ducharme —se quejó, y se olió primero la camisa, que, a pesar de estar limpia, estaba impregnada con los olores propios del local; luego, olisqueó su pelo largo—. Huelo a cafetería.

Cuando Marzia decía que olía a cafetería, se refería a sudor, a gritos, a nervios, a panceta a la plancha y pan quemado.

En cambio, cuando Gildo pensaba en ello, pensaba en *focaccia* caliente, en café, en trabajo duro y en amor a su propio trabajo.

—Estás preciosa y hueles perfecto —dijo Gildo, mirándola con ojos tiernos.

—Huelo a sudor y a desodorante.

—Estás muy bien —insistió Gildo, acompañado de un movimiento de manos para que se calmara.

—Por un día que salimos a cenar y voy así…

Gildo puso los ojos en blanco.

—Por cierto, cada día estás menos en el Porco Miseria, ¿no?

Gildo cogió un paquete alargado de *grissini* de un recipiente en la mesa y lo abrió.

—Las cosas van bien. Por suerte, el permiso del *food truck* que querían poner delante está parado y nuestro negocio va bien. No sé hasta cuándo, pero de momento nos permitimos una ayudante a tiempo parcial y yo descanso más —dijo Gildo, y dio el primer mordisco al *grissini*.

Ella sonrió. Luego, cogió también un paquetito de *grissini* y comió uno.

—Estoy hambrienta.

—Eso espero porque aquí se come muy bien.

Apareció el camarero con las cartas. Después de leerlas detenidamente, eligieron lo que iban a comer. Cuando los paquetes de *grissini* se habían acabado, apareció el dueño.

—*Ciao,* Gildo, cuánto tiempo —dijo, acercándose al investigador, que se levantó y se dieron dos besos y un abrazo—. Cuando vi la reserva con tu apellido, me alegré, y aquí estás —dicho eso, se giró a saludar a la mujer y se detuvo un segundo.

Un segundo que se convirtió en larguísimo. Las dos miradas soltaron chispas, hasta Gildo, que no era nada intuitivo con esas cosas, lo vio de forma flagrante.

—¿Os… Os conocéis? —preguntó Gildo, imaginando la respuesta.

08

Gildo se podía haber ahorrado la pregunta.

Era obvio que sí.

Marzia tuvo un escalofrío y se tensó; el vello se erizó como escarpias.

Tragó saliva y albergó un momento de incertidumbre.

En esos instantes, las ideas más disparatadas le pasaron por la mente. Su cabeza le decía que tenía que pasar página y seguir con su vida.

Su instinto le dijo que eso ni hablar, que no debía tolerarlo.

Tuvo ganas de irse, de levantarse y marcharse, sin más, sin explicaciones.

Pero pensó en Gildo, que la había llevado a ese lugar tan bonito a comer, y que ya se habían zampado todos los saquitos de *grissini*.

Pero le dio igual.

Si Gildo la quería, lo entendería.

Se levantó, empujando la silla hacia atrás y generando un estruendo en la terraza. Todos se giraron a ver qué estaba pasando. La silla rascó el suelo, emitiendo un ruido sordo y molestísimo.

Cogió su bolso y miró por última vez al dueño del restaurante.

Sus ojos marrones y de cervatillo habían sufrido una metamorfosis: eran dos bolas de fuego que, de haber sido posible, lo habrían transformado en ceniza humeante.

Sin decir ni una palabra, Marzia se dio la vuelta y se marchó.

Salió de la escena como una profesional de las obras de teatro: dejando al público boquiabierto y lo peor, con una pregunta impresa en la cara. ¿Qué ha pasado? ¿Qué me he perdido?

Antes no había habido nada, solo un intercambio de miradas comparables a la explosión de una central nuclear.

Gildo se levantó con las mismas preguntas dibujadas en su rostro.

Solo guiado por su olfato investigativo, arrugó el ceño y miró al hombre.

Paolo DiSella era el dueño de ese restaurante bien de Roma. Camisa blanca con un botón abierto que dejaba ver su viril y gris vello pectoral. En una mano, un Rolex brillante y un par de brazaletes de bolitas oscuras. En la otra muñeca, una decena de pulseras cada una diferente, de tamaño y de material. Parecía un catálogo de algún vendedor de puerta en puerta que muestra en sus propias muñecas las ofertas del mes.

De piel tostada a base de solárium o de playa y de mirada disoluta, casi mezquina. De ese detalle, Gildo no se había percatado nunca: Paolo y su sonrisita de «estoy por encima de todos vosotros» resultó ser una novedad molesta y sorprendente.

No le dijo nada, solo se dio la vuelta y se fue. Dejó los *grissini* devorados como venganza de algo que aún no sabía, pero que estaba dispuesto a descubrir.

Fue detrás de Marzia, pero ella se había alejado mucho, caminando lo más rápido y lo más lejos posible de ese restaurante sin importar la dirección.

Gildo cogió la Vespa y la siguió.

Cuando la alcanzó, intentó calmarla y que se detuviera, pero ella seguía como una autómata directa a no sabía dónde.

Lo intentó un par de veces más sin resultado, así que aceleró y aparcó la moto en medio de la acera, obstruyendo el paso. Bajó de la Vespa y cuando la tuvo delante, la cogió por los brazos.

—¿Quieres decirme qué te pasa?

—No quiero hablarlo. Déjame.

Gildo no la sujetó ni un segundo más.

—No quiero saber qué ha pasado entre vosotros dos, solo que sepas que me da igual —explicó Gildo mientras Marzia se daba la vuelta con la intención de marcharse por el otro lado—. Estoy aquí, ¿sabes? Para lo que necesites, fuera lo que fuera y pasara lo que pasara. Y si no quieres contarme nada, no me importa, pero tú y yo habíamos quedado para cenar y no quiero que se nos estropee la velada… —dijo, y señaló con un dedo la dirección del restaurante, aunque ella no pudo verlo porque seguía de espaldas.

De pronto, ella se giró de nuevo y lo besó con furia.

De sus ojos no había escapado ni una sola lágrima, pero seguían llenos de odio.

Aparcaron la Vespa y siguieron caminando en silencio cogidos de la mano. Ninguno de los dos se atrevía a hablar.

Caminaron hasta la Piazza Trilussa y buscaron una *pizza al taglio*; sustituyeron el restaurante pijo por comer unos trozos de *pizza* al corte sentados en las escaleras de la Fontana de Ponte Sisto.

Mozzarella y champiñones, *burrata* y rúcula, gorgonzola con patatas y Nutella.

Una caja con dos de cada. Dos cervezas. Nada de dieta ni de restricciones, solo sabor. Las reseñas en internet eran buenas y Gildo regresó con su botín mientras ella lo esperaba en las escaleras.

Obviamente, se quejó por la cantidad astronómica de comida, pero, al final, quedaron solo pocos pedacitos que se comieron los pájaros del parque que estaba detrás.

—Háblame de Ruggero Vitali, por favor, ¿cómo era?

En su rostro, apareció una sonrisa nerviosa y amarga.

No contestó enseguida. Se limpió la boca y comprobó que no tuviera ninguna mota de tomate en la mano, entonces se la pasó por su precioso y largo pelo.

—Era un genio y extravagante hombre de negocios.

Gildo levantó las cejas, sorprendido.

—¿Extravagante?

—Y excéntrico.

—Vaya, ¿qué más, Marzia?

Los dos miraban hacia el puente que cruzaba el Tevere. A su alrededor, muchas más parejas y grupitos de amigos que habían pensado el mismo plan: *pizza*, escalinata y risas. A causa de las risas y los parloteos de la gente, ellos se iban acercando cada vez más para escucharse mejor. Luego, ella le cogió la mano a Gildo.

—O te encantaba Ruggero o lo detestabas, no tenía un término medio. Era una bipolaridad lo que despertaba en la gente.

—¿Por qué excéntrico?

—Porque vestía siempre una ropa inconformista. Entre *hippy* y *rock star*.

—Por cierto, he sabido que cantaba.

Ella sonrió.

—Cuando monté la cafetería, me invitó a un concierto que daba en Roma. Fue absolutamente increíble. Me encantó. Luego vinieron más clientes y, bueno, cosas de la vida, no supe nada más hasta esta mañana —dijo Marzia, bajando la mirada y con un tono de voz entristecido.

—¿Le cogiste cariño? —preguntó Gildo con duda.

—No como te imaginas. Ruggero era como un abuelo a pesar de que era joven. Un hombre filosófico y un humanista.

—¿Por qué has dicho que era un genio?

—Bueno, porque solo si lo eres consigues levantar un imperio cafetero y lo conviertes en el mejor de Italia. La selección, la importación, la torrefacción y la venta. ¿Tú sabes cuántas empresas hay que venden café? A mí me ofrecen una distinta cada semana. Multinacionales y pequeñas empresas que arrancan. Pero yo soy fiel a Vitali y a su café.

—Ya entiendo.

—Tú vienes cada día a desayunar. ¿Te has dado cuenta de lo bueno que es el café?

Gildo se tomó un segundo para pensar. Marzia tenía razón, el café era muy bueno, excepcional, pero había algo más; nunca se había parado a pensar detenidamente en lo bueno que era, lo daba por hecho. Y de forma involuntaria, seguía yendo. Sí, y no solo porque le gustara Marzia y la cafetería estuviera delante de la comisaría, aunque esto último fuera un factor importante. Así que sí, tenía razón, volvía por algo que no se había dado cuenta, el café. Un buen café.

—¿Sabías que hay ochenta variables para que un buen café servido en su tacita sea perfecto?

Gildo cerró los ojos y sacudió la cabeza. Se giró hacia ella y Marzia no se movió.

La silueta de su nariz le encantaba, fina y bien recta. Incluso la punta, que irreverente se levantaba para dar una peculiaridad preciosa a su nariz.

—La humedad del día hace que del molinillo salga más fino o más grueso. La máquina, la taza, el agua de la caldera, todo es una variable para que se tome perfecto. Un cliente entra y pide un café —dijo, casi teatralizando el momento

—. Un café, sí, pero conlleva un montón de preparación y afinamiento cada día del año.

Gildo se quedó en silencio por un instante esperando a que ella siguiera, pero, al ver que había acabado, lanzó la siguiente pregunta.

—¿Cómo lo conociste, fue a tu cafetería proponiendo el café?

Ella se rio.

—No, qué va, Ruggero Vitali no hace de comercial, solo con el boca oreja ya negocia. No hace publicidad. Yo arranqué la cafetería con su café, por supuesto. Quería el mejor y eso fui a buscar.

—¿Y cómo fue? —preguntó con curiosidad Gildo—. Porque he buscado y no tiene página web.

—En su línea, excéntrico y filosófico. Lo busqué en las páginas amarillas y lo llamé. Me contestó la secretaria.

—¿Cómo se llama?

—Si es la misma, creo que Caterina. Ruggero me llamó al día siguiente, porque él no tenía móvil y tampoco lo quería. Ya solo esto te dice qué tipo era.

«No tenía móvil», pensó y se grabó a fuego Gildo.

—Me llamó y me preguntó quién era y qué quería —dijo, y se echó a reír, recordando esa anécdota—. El tío me hizo un interrogatorio. Luego, me dijo que, si quería su café, tenía que ir a su tostadero. Nada de enviar muestras ni nada. Y que ese era el procedimiento.

—¿Y si hubieras llamado desde Australia?

Ella negó.

—Le daba igual, si querías su café, tenías que ir hasta allí o no lo tendrías. Entonces, fui y me analizó. Me estudió. Y, al final, me dijo que era merecedora de su café, así que empezamos a trabajar.

—Yo le hubiera enviado a freír espárragos.

Ella se giró y le pasó una mano por el pelo. Sus ojos se quedaron magnetizados. El enfado y las bolas de fuego se habían transformado de nuevo en sus iris color café de siempre.

—Es el maldito gurú del café, Gildo. Te aseguro que tú habrías hecho lo mismo.

Se quedaron en silencio y él aprovechó para besarla.

El beso se alargó, dejando paso al romanticismo y a la pasión que los dos llevaban dentro.

Cuando se separaron, él preguntó lo que le estaba carcomiendo por dentro, no por celos, ni por chismorreo, sino como inspector.

—¿Te apetece contarme qué te hizo ese hombre?

Ella sonrió con amargura, ya había decidido que se lo explicaría. En parte, porque le debía una explicación después de cómo lo había dejado plantado y sin haber tenido nada que ver con Paolo DiSella. Y en parte, porque Gildo a Marzia le importaba.

09

—Lo conocí recién aterrizada en Roma —dijo Marzia—. Yo no conocía a mucha gente y él tenía otro restaurante, no este. —Indicó con un movimiento de cabeza en la dirección por donde habían venido—. Me sedujo, trabajé para él y… ya sabes.

Gildo asintió y le sonrió. Ya lo suponía, no era necesario ser médium para entender lo que había pasado.

Lo que sí llamó la atención a Gildo fue que cada palabra que salía de la boca de Marzia era meditada y tenía un peso específico mucho más grande de lo normal.

Eso le costaba sacarlo.

Gildo se giró y no quiso preguntar nada más. Si ella quería hablar, que hablara, en caso contrario, la conversación para él estaba concluida.

La morena se detuvo unos instantes, mirando al puente.

Los coches pasaban por el *lungotevere* Raffaello Sanzio. La ligera brisa que soplaba esa noche calurosa se agradecía; le movía el flequillo y alguna punta rebelde que sobresalía por su pelo fino y lacio.

—Lo dejé porque era violento. Lo dejé atrás una noche que llegamos al límite. Me despedí y quise alejarme de ese… —dijo sin acabar la frase.

Gildo pensó en monstruo, en tirano, en hijo de perra y muchas más que brotaron desde su interior. La palabra que más se repetía era violento. Eso fue lo peor que escuchó. La violencia hacia las mujeres era para Gildo como un gusano que se metía por sus venas y le reventaba el corazón.

Apretó los dientes.

—Prométeme dos cosas —pidió ella.

—No te prometeré nada —respondió, ya sabiendo por dónde iba ella.

—Prométemelo o será la última cosa que te explicaré de mi pasado.

—No sé si quiero saber nada más; por esta noche, tengo bastante.

Ella enarcó las cejas, enfadada.

—No es que no quiera saber nada de ti, es que me sienta mal saber el pasado. Llámalo como quieras.

—Prométemelo —insistió Marzia.

Él resopló.

—Está bien.

—Uno, que nunca más volveremos a hablar de ese malnacido.

—OK, qué más.

—¡Promételo!

Gildo no le quedó otra que hacerlo.

—Dos, que, a pesar de que eres policía, no le harás nada.

Gildo se extrañó, pero supuso que ese segundo punto nacía porque los hombres que conocía se vengaban.

—¿Yo? Esta noche es la última vez que ese energúmeno habrá visto mi cara, te lo puedo asegurar.

Así acabó el tema de Paolo por esa noche.

Decidieron levantarse y, antes de irse a casa, se dejaron seducir por los cantos de sirena de una heladería de la plaza. Comieron un cucurucho cada uno.

Almendra y vainilla, él; pistacho de Sicilia y avellanas, ella.

Luego, cogieron la Vespa y se marcharon.

Llegaron a casa de Gildo poco después. No llegó a cerrar la puerta con la llave, a ella le entraron unas ganas locas de desnudarlo.

Le abrió botón a botón la camisa de flores y le sacó el pantalón en el mismo recibidor. Luego, lo cogió de la mano y se lo llevó hasta el dormitorio.

Allí, Marzia, como una mujer fatal y sedienta de placer, se desvistió sola y le hizo el amor.

Una vez que los dos acabaron, ella se quedó dormida. Entonces él le acarició el rostro y le apartó el pelo. Se levantó y abrió la ventana para que entrara aire fresco y renovado. Gildo se sentó de nuevo en la cama y abrió el primer cajón de la mesita de noche.

En él había una cajetilla de cigarrillos. Estaba abierta, allí, lista para coger uno y aplacar las ganas de nicotina que tanto tiempo había conseguido domar.

En el paquete, en lugar de una marca famosa, había otra palabra: promesa.

Saboreó el cigarrillo como si se lo hubiera encendido.

Suspiró y cogió una ramita de jengibre.

Le dio un par de mordiscos, cerró el cajón y se quedó tranquilo, saboreando ese líquido picante que odiaba, pero que sustituía a la nicotina.

Violento, pensó.

Recordó los ojos del hombre que estaba encasquillado en el pasado de Marzia.

Prefirió no pensar más en eso, sino en lo que le había contado del productor de café. Ruggero Vitali era un auténtico personaje. Quién hubiera dicho que una persona así acabaría quemada en su propia máquina de café.

La gente no sabía ya cómo matar. Día a día, un inspector de policía veía el pulso de la ciudadanía; tal y como estaba yendo, la sociedad tenía cada vez menos posibilidad de redención.

Un hombre extravagante y un genio, dijo Marzia.

Eso no pintaba muy bien, pero ya se imaginaba cómo sería el interrogatorio con el hijo al día siguiente.

Necesitaba dormir. Miró un mensaje de Ornella en el móvil. Decía cuánto habían hecho de caja y que lo echaba de menos, nada más.

Sonrió y dejó el jengibre en la mesilla de noche. Durmió tan profundamente que, cuando se despertó, estaba solo.

El primer tímido rayo de sol de la mañana entraba por las ranuras de las contraventanas.

Comenzaba un nuevo día.

Se preparó la cafetera y se duchó.

Se plantó delante del armario de sus camisas hawaianas con el mismo dilema de cada mañana: «qué camisa me pongo».

Eligió una de color rosa con plátanos amarillos y tucanes azules. Quería dar una buena impresión al hijo de Vitali, bromeó en sus adentros.

Se bebió el café y se fue directo a la comisaría.

Aparcó la Vespa entre las dos plantas sobre las nueve menos diez. Entró en la comisaría y dejó a Lillo la orden de que, cuando llegara Tommaso Vitali, lo acompañase a una sala de interrogatorios.

Se fue a desayunar.

Como siempre, eligió su mesa en la parte más alejada, de espaldas a la iglesia San Francesco di Ripa.

El orden del desayuno había cambiado. Primero, un beso largo con Marzia; luego, un *cappuccino* con un *croissant* con mermelada de fresa. Cuando había acabado, un café expreso y otro, a los cinco minutos.

Ese día, cuando tuvo delante su primer expreso, lo miró con diferentes ojos.

Recordó las ochenta variables para un café excelente que le contó Marzia la noche anterior entre mordisco y mordisco de *pizza*.

Con ojos diferentes, lo miró y con un paladar más afinado, lo probó.

El olor y el sabor, a pesar de ser los de siempre, cambiaron inevitablemente. No supo por qué, pero le gustó mucho más.

Tommaso llegó justo al acabar el primer expreso.

Aparcó un taxi delante de la comisaría y bajó. Lo apodó el Principito. Pelo engominado de un lado, traje azul de doble solapa y una camisa blanca.

Miró a su alrededor al bajar del coche y antes de entrar en comisaría. Él no lo vio, no se percató de que el inspector lo esperaba en una terraza, desayunando.

Eran las nueve y dos minutos.

Detrás de él, un hombre con el pelo gris, también con traje y corbata. No hacía falta que llevara ese ridículo maletín de piel de cocodrilo para saber que era su abogado.

Esperó el segundo café y siguió leyendo el periódico.

—¡Inspector, inspector! —dijo Lillo al lado de la mesa.

Gildo arrugó el ceño y se extrañó de que el agente saliera de su garita.

—Lillo, ¿qué pasa?

—Tu visita, el que me has dicho que tenía que acompañarlo a la sala de interrogatorios.

—Sí, ¿y qué?

—Que te está esperando.

—Lo sé, déjalo que espere. Que sufra.

A Lillo no le sirvió la respuesta, se puso aún más nervioso.

—No lo entiendes, inspector, es que se está enfadando y gritando porque tiene muchas cosas que hacer y no…

—Tranquilo, Lillo. Ese chico hoy no tiene cosa mejor que hacer que estar allí sentado esperándome. Te lo aseguro. Ahora voy.

—Pero, *inspectò*.

—Lillo.

El agente bajó las orejas y se fue poco convencido.

Gildo acabó de leer el periódico y tomó el último café.

Se despidió de Marzia y entró con absoluta tranquilidad en la comisaría.

—A Lillo, ¿dónde está nuestro amiguito?

—Sala dos —contestó, seco, con la preocupación en su rostro.

Mientras Gildo se acercaba, se dio cuenta de que Lillo no había exagerado. Desde la entrada, se oían los gritos del joven vástago del café que se estaba quejando.

Entró en la sala de una manera poco ortodoxa. Primero, giró el pomo y abrió, sin que se dieran cuenta, y luego, cerró la puerta con un golpe brusco, creando un momento de pánico.

De esa forma los dos se callaron.

—*Buongiorno* —dijo Gildo, entrando—. Siéntense, por favor, soy el inspector Gildo Falcone.

—¿Sabe cuánto llevamos esperando? —ladró Tommaso.

Gildo miró su reloj.

—Exactamente, veinte minutos.

—¿Qué? —gritó Tommaso, mirando al abogado—. ¡Más de una hora!

Gildo levantó el brazo indicando la silla al lado del letrado.

—Siéntese y no me haga perder el tiempo.

Tommaso se sentó a regañadientes entre improperios y blasfemias.

Cuando se calmó, porque el abogado le dijo algo al oído, Gildo comenzó a hablar.

—¿Sabe por qué está aquí?

—Sí. Porque la mujer de mi padre lo ha matado.

10

En ese momento, Gildo pensó que Tommaso, el hijo inútil, y Lucía estaban compinchados.

La mejor táctica de persuasión de defensa es el ataque, sí. Pero eso era diferente. Los dos se atacaban mutuamente, ¿cómo era posible?

¿Premeditado o pura dosis de rabia?

¿Se odiaban o se habían aliado?

Pero ese pensamiento le duró poco.

—Cállate, Tommaso. Te pedí que no lo mencionaras —dijo a regañadientes el abogado.

—No, abogado, que hable libremente… —animó Gildo.

Esa frase se mereció una sonrisa malévola del abogado.

—Estoy convencidísimo de que la mujer de mi padre lo tiró al fuego para quedarse con toda la pasta.

Gildo suspiró.

—¿Dónde se encontraba antes de ayer por la noche? —preguntó Gildo.

—Estaba con mis amigos. La noche de los solterones, ya sabe…

—No, no lo sé. ¿Qué se hace y dónde se va las noches de los solterones?

Tommaso bajó la mirada y encorvó la espalda. Tenía los ojos pequeños y cerca de la nariz. No era un chico guapo, según Gildo, pero con el traje y el apellido podría resultar atractivo para ciertas mujeres.

El abogado le dio con el codo y, como una marioneta, volvió a poner recta la espalda y habló.

—Billar, futbolín, puros, cervezas y partidas de cartas. Ya sabe.

—¿Dónde?

—En mi casa o en casa de otro amigo.

—Me refiero a hace dos noches…

—En mi casa.

—¿Quién puede confirmarlo?

—Mis amigos, ¿no? —respondió con tono que parecía decir «obvio, tonto».

Gildo cogió un folio del mueble de atrás y le pasó un Bic con capuchón negro.

—¿Qué tengo que hacer con esto?

—Quiero que apunte nombre, número de teléfono, hora de llegada y salida de todos los componentes de la noche de solterones. —Señaló el papel—. ¡Ahora!

Tommaso estiró las piernas debajo de la mesa y resopló. Bajó la cara a un palmo de la mesa, como hacen los niños pequeños.

El abogado le dio otra vez con el codo y se incorporó de nuevo.

Comenzó a escribir, uno por uno, consultando más o menos las horas de llegada con los mensajes de un grupo de WhatsApp, y los números de teléfono.

Su caligrafía era grande y en mayúsculas. Cada nombre estaba escrito más torcido y con espacios dispares, como si cada línea estuviera hecha por una persona diferente. La última incluso estaba torcida como un arco.

Si no hubiera estado presente, Gildo habría pensado que lo había escrito un niño de tres años a lo sumo.

Gildo le dio la vuelta al papel y cruzó las manos encima del folio. Afinó la mirada y se mojó los labios. Ese chico no le transmitía buenas vibraciones.

Había un viejo dicho sobre que las primeras generaciones construyen las empresas, las segundas las mantienen y las terceras las dilapidan. Tommaso, técnicamente, representaba la segunda generación, así que debía de mantenerla, pero por lo que le había dicho Lucía y sus propias conclusiones, parecía que el tiempo se había comido una generación y el hijo de Ruggero representaba más a la tercera.

Lucía.

Lucía entró con el mismo ímpetu y le dijo lo mismo.

«Sé quién ha matado a mi marido», en ese caso, el hijo, es decir, la persona que estaba delante de Gildo.

—Háble me de Lucía.

Tommaso bufó y Gildo se sacó una ramita de jengibre y la mordisqueó.

No le dio tiempo de empezar el interrogarlo, el abogado se acercó a su oreja y le susurró algo. El niño mimado lo apartó, demostrando que lo que le había dicho le había molestado.

—Una arpía, inspector. Ni más ni menos. No sabe bien lo que es vivir con una mujer así.

—¿Qué quiere decir?

Tommaso bufó otra vez y, sonriendo, se pasó la mano por el pelo, que era una masa dura y brillante debido a la cantidad de gomina que llevaba.

—He estado con mujeres como esa y son solo problemas —alardeó mientras sonreía de forma amarga.

—¿De qué forma es Lucía?

—De esas que tiene que estar hecho todo a su manera y no te deja respirar —dijo, cambió tono y comenzó a imitar a la mujer—. Que si esto, que si lo otro. Que a tal hora en casa. Que si con este cliente sí, pero esta trabajadora no. ¡Insoportable! Le tuvo que haber lavado muy bien el cerebro a mi padre u… —dijo, y tosió un par de veces— otra cosa.

Gildo subió una ceja, imaginado por dónde querían ir los tiros de ese chico algo impertinente.

—Pero que llegue a matarlo, ¿por qué? —preguntó Gildo.

—Yo creo que…

—Son conjeturas personales y preferimos no manifestarlas —dictaminó el abogado.

Gildo arrugó el ceño.

—Tommaso Vitali, ¿por qué ha venido con un abogado? ¿Tiene algo que esconder? ¿Teme algo?

El hijo del difunto miró al abogado y este se encogió de hombros.

—No, solo por si acaso.

La respuesta a Gildo no le gustó, pero no quiso seguir preguntando en esa dirección.

—Está bien, ¿puede indicarme cómo era la relación con su padre, por favor?

Tommaso se pasó otra vez las manos por el pelo engominado.

—Era buena —dijo, convencido, y después de sufrir un par de golpes de tos, miró al abogado—. Sí, yo creo que era una buena relación. Envidiable.

Gildo arrugó la frente y suspiró.

—Muy bien, y entonces cómo es que no lo veo muy afectado por su muerte.

—¿Quiere que me ponga a llorar aquí, delante de usted?

—No, quiero saber cómo está tan…

—¿Tan? —preguntó el abogado.

—Despreocupado, diría.

—Es una injuria. Mi cliente está de luto y por dentro está muy dolido por la gran pérdida familiar que ha sufrido. No le permito que diga esto. ¡No, no se lo permito!

Gildo levantó por un segundo las manos, rindiéndose. No seguiría preguntando por allí. A pesar de la intervención del abogado, más propia de un dóberman defendiendo a su patrón, Gildo seguía pensando lo mismo, ese chico no sabía qué era el luto.

Así que cambió de tercio.

—¿A qué se dedica usted en la empresa?

Tommaso subió la barbilla y se arregló la americana, estirándola hacia abajo.

—Mi padre me encomienda los trabajos más importantes: vender, relaciones con los clientes existentes y, en ciertas ocasiones, cuando tenemos picos de trabajo, hasta me llama para que lo ayude en la preparación de pedidos.

Eso no era lo que había dicho Lucía.

—OK, pero de forma habitual, ¿qué hace? Por ejemplo, el día antes del asesinato, ¿a qué se dedicó?

Tommaso miró sus manos, intentando ganar tiempo, o bien para recordar o bien para inventar.

—Estuve en casa, no me encontraba bien.

—No se encontraba bien, pero se fue de fiesta con sus amigos.

—Sé a dónde quiere llegar y una cosa no tiene que ver con la otra.

Gildo asintió.

—Claro. Por supuesto. Bueno, creo que el interrogatorio ha concluido, no salga de Italia y, por supuesto, si sale de Roma, necesito ser avisado —dijo Gildo mientras alargaba una tarjeta de visita tanto a Tommaso como al letrado.

—¿Es sospechoso?

—No, pero es mejor para él que haga lo que le digo. Gracias.

Los dos se levantaron y Gildo rectificó levantando una mano.

—Espere, una última pregunta.

—¿No era la anterior? —preguntó Tommaso.

—Sí, pero necesito que me responda a esto. ¿Por qué su padre se separó de su madre?

Tommaso Vitali miró a su letrado. Este se encogió de hombros.

—Porque esa puta de Lucía Brentani se lo follaba y lo hizo perder el norte. ¿Algo más?

—No, gracias.

Gildo esperó a que los dos hombres se fueran.

Cuando escuchó la puerta cerrarse, alargó las piernas debajo de la mesa y se estiró.

Lucía y Tommaso. Pensaba que el hijo le arrojaría más luz sobre el caso, pero, en lugar de eso, le dio un giro de complejidad.

Dio la vuelta al folio con los nombres y lo miró.

Tenía que hablar con alguno de ellos o con todos. Pero eran amigos de Tommaso y, si eran leales, contarían la misma coartada.

El móvil en sus pantalones sonó y lo sacó. Era el forense Carmelo Zanatta, informaba que la autopsia estaba lista y que fuera cuando quisiera.

11

Era oficial, en Roma, el verano había llegado con antelación.

El sol y el calor eran un factor importante que encantaba a los hombres romanos. Daban por inaugurada la temporada de los vestidos.

Esta prenda femenina costaba varios accidentes a los conductores de las carreteras romanas y no pocos sustos.

Las calles, como por arte de magia, se llenaban de mujeres con vestidos. Igual que después de un día lluvioso de octubre, con los primeros rayos de sol, aparecían las setas.

En un lado de las aceras, había vestidos florales, por el otro, estampados de limones o blancos que recordaban a las islas griegas. Una pasarela de vestidos.

Cada año con una moda nueva de colores y estampados.

Esa mañana, en el Instituto de Medicina Legal, los vestidos abundaban.

Atravesar los pasillos de camino a la morgue era una tortura. No había ocasión en que alguna estudiante de Medicina no le hiciera algún guiño o lo saludara.

Bajó a la morgue y entró directo sin ni siquiera pasar a por un café en la cafetería.

Cuando llegó al despacho de Carmelo, este, como de costumbre, estaba comiendo.

Gildo se quedó mirándolo un instante. La silla transmitía el sufrimiento de soportar el peso del médico, mostrando una ligera curvatura del armazón metálico. Cada día más voluminoso, Carmelo Zanatta silbaba unas notas que, *a priori*, no se entendían.

El médico cogió un sándwich y le dio un mordisco, dejándose los bigotes ennegrecidos de un chocolate casi líquido.

Finalmente, entró.

—A Carmè, ¿estás otra vez comiendo?

Este lo miró de reojo.

—Prefería cuando te mandaba el informe de la autopsia por mensajero. Estaba encantado de pagar veinte euros a cambio de no verte.

—No digas esas cosas, a lo mejor te alegras de verme y todo —dijo Gildo, dando un paso hacia él.

—Lo dudo, Gildo Falcone —replicó, y, azotado por la curiosidad, continuó —. ¿Qué tienes ahí?

Gildo le mostró lo que estaba escondiendo detrás de la espalda.

—Para ti. He dado vueltas por Roma como un idiota. Estos llegan por avión desde Sicilia cada mañana —dijo el inspector.

Carmelo abrió los ojos de par en par.

Dejó el boli y el sándwich de chocolate hecho en casa y se levantó de la silla. Cogió el paquete como si fuera oro y se volvió a sentar.

Buscó unas tijeras para cortar el envoltorio, en medio del escritorio desordenado y lleno de papeles de chucherías, carpetas y aluminios de chocolatinas.

Primero, retiró el cordón atado en cruz. Luego, quitó el papel de la pastelería y lo abrió. Su expresión fue la misma de un niño cuando recibe los regalos de Navidad.

La bandeja de cartón contenía dos maravillosos, colorados y sabrosos *cannoli siciliani*. En cada punta, una cereza tan roja que parecía artificial.

El hombre no esperó, se acercó uno a la boca y fue a dar un mordisco, pero se detuvo.

—¿Están envenenados como los de *El Padrino*?

Gildo apretó los labios y tensó los músculos del cuello.

—¿Estás pirado o qué te pasa? He dado la vuelta a Roma para encontrarte esta delicia que viene de tu tierra, ¿para matarte? Los hubiera comprado congelados en el supermercado. ¿Estás paranoico o es que ves demasiada televisión? —espetó Gildo.

—Está bien, está bien.

Dicho eso, con tres bocados se ventiló el primer *cannoli*.

—Extraordinario —murmuró mientras se chupaba los dedos.

Cuando fue a coger el segundo, se detuvo y, con cara de desaprobación, como si un angelito en su hombro derecho le hubiera obligado a hacer lo que iba a hacer, gruñó:

—¿Quieres tú el otro?

—No, gracias, son para ti.

Automáticamente, se alegró y, con otros tres bocados, se comió el segundo.

Se estiró en la silla y esta, como si fuera una queja, soltó un grito metálico por el esfuerzo.

—No tengo mucho tiempo, Carmè. ¿Qué le ha pasado a Ruggero Vitali?

—He comido demasiado —dijo, amargamente, Carmelo.

Gildo puso los ojos en blanco. No supo por qué, pero se lo esperaba. Seguro que ese trozo de aluminio abierto con un triángulo de sándwich de chocolate para la merienda de media mañana no era el único.

Carmelo era un exagerado y su forma física lo demostraba.

—Ruggero Vitali —insistió Gildo.

El forense cogió una carpeta y se la acercó.

—Muerto a causa de las quemaduras. No hay dudas —afirmó Carmelo.

Gildo cogió el informe y añadió:

—Lo miro luego con calma. ¿Qué más me puedes decir?

Carmelo sacudió la cabeza.

—Poco más. Solo que tenía un golpe en la cabeza. Aquí —dijo, indicando un par de centímetros más hacia arriba de la base del cráneo—. Lo han golpeado y metido en la tostadora, y lo han tostado bien tostado. El resto lo encontrarás ahí.

—¿Análisis toxicológico?

—Nada, limpio como un bebé. Nada de exceso de alcohol, nada de drogas. Ni le han sedado o envenenado. Nada.

Gildo asintió.

—Eso sí, ese hombre tenía más café en su organismo que en una tienda especializada.

—Supongo que estaba acostumbrado, era su trabajo —dijo Gildo.

El inspector se quedó pensando un segundo y rebobinando lo que acababa de escuchar mientras recordaba las imágenes de la tostadora.

—¿Podría ver el cadáver?

—¿En serio, Gildo? ¿No tienes nada mejor que hacer?

—¡Es importante, Carmè!

El hombre resopló y se levantó de la silla. Al hacerlo, esta soltó otro gruñido metálico, esa vez, por alivio.

Se acercó a una compuerta y la abrió. Sacó la mesa metálica que contenía el cuerpo.

El policía lo miró en silencio. El hombre, desnudo y casi calcinado, mediría un metro noventa o un metro noventa y cinco. No tenía sobrepeso, pero desde luego pesaría bastante.

—¿Cuánto pesa este hombre, lo sabes?

—¿Lo dudas, Gildo? Está en el informe.

—¡A Carmé!

Este resopló.

—Unos noventa kilos —dijo el médico—. ¿Por qué?

—Porque la máquina tostadora de café tiene una boca pequeña. Es imposible que caiga dentro una persona, tienen que meterla expresamente. Y este señor pesa noventa y pico kilos, le han dado un golpe y lo han metido ahí. Una mujer, *a priori*, no sería capaz.

—Debería ser una mujer muy entrenada y con una fuerza… considerable, pero podría.

—Sí, claro, pero para una persona normal, mujer u hombre, levantar un peso de noventa kilogramos requiere un esfuerzo significativo. Yo, a pesar de ir al gimnasio, creo que no podría —afirmó Gildo.

El forense chasqueó la lengua.

—Si comes como un hámster, cómo vas a levantar tú a este hombre.

—En fin, entendido, Carmè —dijo, observando el cadáver.

Era un hombre guapo, Ruggero. Se conservaba bien para su edad y era atractivo a pesar de las secuelas de las quemaduras.

—Gracias por el informe —dijo, levantando la carpeta.

Se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

—Cuidado con los postres, Carmè, te van a pasar factura.

Gildo salió y la respuesta le llegó a gritos desde el pasillo, indicando de forma poco convencional y con términos de su tierra que se metiera en sus asuntos.

Salió del Instituto de Medicina Legal y, al subirse en la Vespa, decidió ir a casa de su madre para comer y luego ir a hablar con la otra pieza que le faltaba: la secretaria del establecimiento, la misma persona que había encontrado a la víctima quemada, es decir, su jefe.

Gildo esperaba que ella le diera una visión más neutral y veraz de esa casa de locos que era Torrefazione Sant'Eustachio.

12

Algo le llamó la atención.

En todos los años que había ido a comer a casa de su madre, Teresa siempre tenía la música puesta, y no solo eso, sino que a todo volumen.

Era un punto de discusión permanente con ella.

«Si tienes la música tan alta, no escuchas si entra alguien».

«Te pueden entrar y ni te das cuenta».

«Si alguien pide ayuda, no lo escucharás. O si la pides tú, no te oirán».

Y ella, impertérrita, no cambiaba sus costumbres. Que fuera el viejo gramófono o la televisión con el telediario, ella necesitaba compañía y a todo volumen.

Al final, pensó Gildo, aquello era como la sal. Sí, porque eran exactamente lo mismo. Cuando cocinas, con los años, vas añadiendo sal y más sal hasta que la comida está salada. ¿Por qué? Con el tiempo, el paladar se acostumbra y lo que es solo salado ya no te sirve, tiene que ser muy salado.

El volumen de la televisión es lo mismo.

Vas subiendo subiendo hasta que un volumen normal ya no te sirve.

En definitiva, Teresa Falcone comía muy salado y escuchaba la televisión muy alta.

Pero ese mediodía no había música y nada de noticias.

Eso le extrañó.

Podía ser que no hubiera llegado todavía, pero su bolso estaba en el recibidor y las llaves, en el cenicero junto a otras.

Cierto era que ese día Teresa no tenía que ir a ninguna parte, no grababan ningún episodio de la serie *Cucina con la mamma*, así que debería estar en casa.

Pero, a pesar de todo, ella no estaba. O eso parecía.

Se adentró en la casa, escuchando con atención los posibles ruidos.

Las ventanas estaban abiertas y, desde la calle, entraban risas de turistas y los traqueteos ásperos y desiguales de maletas que se arrastraban por las calles empedradas.

Avanzó hasta el comedor. La mesa no estaba puesta y en el fuego había una olla tapada de la que emanaba un olor a tomate.

Teresa había preparado la comida y ya.

¿Qué habría pasado para que su madre lo dejara todo así?

Decidió llamarla con el miedo en el cuerpo de que le hubiera pasado algo.

—*Mamma!* —gritó con un tono que estaba entre miedoso y sorprendido.

No obtuvo respuesta. Fue al pasillo, hacia los dormitorios.

Cuando se acercó a la puerta que separaba la sala de estar, esta se abrió antes de que pudiera alcanzarla. Y tuvo el reflejo de buscar su arma. Pero Gildo no era un inspector que fuera por la vida con armas, su revólver estaba en la comisaría, a buen recaudo.

La puerta se abrió. Detrás de ella, apareció un hombre.

Alto, sobre los cincuenta, pelo gris algo removido.

Traje negro y camisa abierta.

Se miraron estudiándose.

¿Quién demonios era?, pensó en primera instancia, aunque enseguida reconoció su cara, a ese hombre ya lo había visto.

—¡Uy! —exclamó con un tono sorprendido, casi infantil, y luego sonrió—. Hola, Gildo. Lo siento, me tengo que ir —dijo el hombre mientras, de forma poco elegante y sin disimular, se subía la bragueta de los pantalones.

Sin que Gildo pudiera articular ni una palabra, el hombre, al que había reconocido, se escabulló y desapareció como una anguila por la puerta principal. El chófer que la empresa Tíber Media Group había puesto a disposición de Teresa para acompañarla a Cinecittà se marchaba.

Gildo se quedó con la boca abierta.

Cuando se giró, su madre salía por la misma puerta.

—*Mamma?* —preguntó sin saber bien qué decir.

—No me mires así —espetó, arreglándose el pelo—. Cuando tengas mi edad, entenderás que toda oportunidad hay que aprovecharla.

Gildo se puso rojo como un pimiento. Pillar a la madre en esa situación íntima lo había dejado mudo.

Mientras, Teresa hacía como si no hubiese sucedido nada. Puso a hervir el agua y encendió el fuego bajo la olla que desprendía el olor a tomate.

Gildo se fue a la cocina. Se sentó en una de las sillas.

—¿Pones tú la mesa? —preguntó la madre como si hubiese acabado de volver del supermercado.

Gildo contestó que sí, que se ocuparía él, pero se quedó sentado por unos instantes más. Inevitablemente, el cerebro se puso en marcha despertando recuerdos.

La rueda de la vida.

Gildo recordó a una compañera de instituto, Chiara. Ojos grandes y claros, pelo moreno y cortito. Al día siguiente de los exámenes finales del instituto, se fueron los dos a casa de Gildo confiando en que no habría nadie. Y así era, pero no todo el tiempo que él imaginó.

Cuando terminaron en su habitación, acompañó a la chica hasta la calle, pero, al salir de casa, Teresa, con una expresión de pocos amigos, los esperaba en el rellano; llevaba dos bolsas de la compra y estaba sentada en la escalera.

Gildo hizo como si no la viera y acompañó a la muchacha hasta la calle.

Cuando este volvió a subir, Teresa se levantó.

—¿Ya habéis acabado? —reprochó la mujer.

El rostro de Gildo, igual que un camaleón, adquirió todas las tonalidades posibles fruto de la vergüenza.

Gildo sonrió al recordar esos sucesos que había olvidado, se levantó y fue a poner la mesa.

La visita de Ambrogio, es decir, del chófer, se esfumó. Empezaron a hablar de lo que iban a comer y de otras futilidades. De cuándo llevaría a esa chica a casa para que la conociera y cuándo se cortaría el pelo.

Pasados pocos minutos, se sentaron en la mesa con la comida. El olor era extraordinario: *spaghetti con cozze allá marinara*.

Lo acompañaron con un vino blanco y unas *panna cottas* al sabor de té matcha.

Una vez acabó la comida, se fue a ver a la secretaria de Torrefazione Sant'Eustachio. Necesitaba hablar con ella y adentrarse mejor en la verdad que ese lugar escondía celosamente.

13

En el número 138 de la Via Latina, vivía la secretaria.

El timbre del segundo piso, puerta B, marcaba el nombre con una tira de Dymo: Caterina Ginepro.

Gildo apretó el timbre y esperó.

En la calle, a esa hora del día, justo después de comer, había poco tráfico. El sol apretaba como si fuera pleno julio.

—¿Quién es? —preguntó del interior una voz masculina.

—Soy Gildo Falcone, inspector de policía. Necesito hablar con Caterina Ginepro —respondió.

—Mi tía no está en disposición de hablar. ¿Puede venir otro día? —dijo la voz masculina del interfono.

—Lo siento, pero es importante. Necesito hablar con ella, no puedo venir otro día —replicó.

Mientras esperaba que del interior respondieran, Gildo miró a través de los cristales de la puerta de entrada.

El edificio del 138 estaba en un barrio popular del sur de Roma.

La puerta se abrió. Gildo pasó y encontró un cierto frescor en el portal. El olor a lejía y un aroma artificial a pino le dieron la bienvenida.

Subió dos pisos por las escaleras y encontró la puerta abierta.

Tocó la madera dando dos golpecitos con los nudillos.

No le dio tiempo de pasar, un hombre se acercó. Estaba alterado y lo apuntó con el dedo índice.

—Está muy cansada. Vino ayer del hospital por un ataque de ansiedad, casi le dio un ataque al corazón. No necesita preguntas, necesita reposar.

Gildo encogió el cuello, sorprendido.

—Cálmese. Serán solo unas cuantas preguntas.

El sobrino de la secretaria gruñó.

—Sería mejor en otro momento.

—Escúcheme, antes o después, tendrá que hablar conmigo. Mejor aquí en su casa y de forma distendida que con una orden judicial y con mis compañeros uniformados llevándola a comisaría, ¿verdad? —mintió Gildo.

No era verdad. Nunca lo había hecho, pero no quería que ese hombre se excediera con esa actitud agresiva hacia él.

El sobrino se dio la vuelta y le hizo una señal con la mano.

Lo siguió por un pasillo. A la derecha, había una cocina que solo intuyó por la rendija de la puerta. A la izquierda, otro pasillo que daba al lavabo y a una habitación. De frente, la sala de estar.

El sobrino abrió la puerta y señaló a la mujer que estaba en el sofá, estirada, mirando en la televisión una telenovela sudamericana, una de esas con nombre cursi.

—Tía, este señor es de la policía —susurró—. Ha venido a…

La mujer lo interrumpió.

—¿Quieres parar? ¡Déjalo entrar de una vez! —gritó.

El sobrino bajó la cabeza y lo dejó pasar.

—Espera fuera.

—Pero, tía, sería mejor que…

—Vete a mirar la tele en la cocina hasta que yo haya acabado —ordenó la mujer.

Gildo levantó una ceja y miró cómo el sobrino salía de la estancia.

—Siéntese, *maresciallo* —dijo con un tono amable, y acabó gritando de nuevo—. ¡Y cierra la puerta, chafardero!

El sobrino cerró la puerta y Gildo se sentó en una silla al lado de la mujer.

Caterina Ginepro lo observó levantando la barbilla para que el inspector entrara en el radio de las pequeñas gafas. A pesar de ser mediodía, seguía en batín, que era de un color burdeos con figuras florales y que le daba autoridad y un cierto aire de otros tiempos. Al lado del sofá, había una mesa cuadrada de madera de contrachapado, igual que el resto de muebles. Encima, una pequeña montaña de colillas y ceniza en un cenicero que se camuflaba por debajo.

—No soy *maresciallo*, soy investigador —rectificó él.

Ella se quitó el cigarrillo de la boca y con la otra mano le hizo un gesto.

—Tanto me da. Investigador, comisario, *maresciallo.* Da igual. Todos sois policías —dijo, y sufrió un par de golpes de tos—. *Maresciallo*, ese es mi sobrino. Solo desea que me dé un infarto y que me vaya al otro barrio para quedarse con todas mis cosas —afirmó, y con la mano libre sacó el dedo corazón hacia la puerta—. ¡Toma! No pienso morirme aún.

—Los parientes son un problema a veces.

—Ese es un chupóptero de campeonato. Si Italia tuviera un equipo para las olimpiadas, él sería el abanderado de la selección nacional de los chupópteros y de los que no dan palo al agua —dictaminó.

Gildo no pudo más que sonreír. Esa señora era, desde luego, de lo más extravagante y diferente.

—En fin, señora…

—Señorita. No se deje equivocar por mi aspecto, que yo soy una señorita aún y muy orgullosa.

Gildo, siempre sonriendo, levantó las manos por un segundo.

—Señorita Ginepro, me tendrá que perdonar, pero tengo que hacerle una serie de preguntas.

—Déjese de tonterías, agente, vaya al grano.

—Está bien… —dijo sin contradecirla de nuevo—. ¿Dónde estaba la noche que mataron al señor Ruggero Vitali?

Ella se quitó el cigarrillo, lo miró, valoró que podía darle otra calada y lo hizo. Después, lo apagó.

—Estaba en el bingo con mis amigas, hasta las diez y media o las once de la noche, no recuerdo exactamente. Luego vine a casa en moto y me metí en la cama. Y no, ya sé lo que va a preguntarme. ¡No! No, nadie me esperaba en casa. Y ¡no! No tengo una coartada. Lo sé, porque me encanta la serie de *Colombo*. La ponen siempre los domingos por la tarde en la cuatro. No me pierdo un capítulo, aunque los he visto centenares de veces.

Gildo tosió. En ese espacio, había tanto humo que parecía la niebla de Milano en pleno febrero.

—No se preocupe, entiendo que no tenga a nadie que la haya visto llegar a casa —dijo Gildo.

Meter en esa máquina tostadora a un hombre de casi cien kilos no era una tarea para una persona como la señora que tenía delante. Podría haberla

ayudado el sobrino, pero, *a priori*, era muy rebuscado.

—Explíqueme, ¿qué pasó la mañana siguiente?

Caterina Ginepro se encendió otro cigarrillo. Eran de los duros, de la vieja escuela, unos tradicionales MS, es decir, Marca Speciale.

—Llegué como cada mañana. Me fumé un cigarrillo mientras me tomaba un café en la puerta. Bueno, la verdad es que lo que hago primero es encender las luces y, antes de sentarme, me preparo con la máquina de Ruggero, una fantástica Faema E61, un café doble. Salgo y me lo tomo con un cigarrillo.

—Bien, ¿ y luego?

—Normalmente, entro en mi oficina, despacho temas, controlo llamadas en el buzón, compruebo correos electrónicos y miro si ha llegado algún fax.

—¿Fax?

La señora dio una calada y puso los ojos en blanco.

—Sí, fax. Ruggero era de la vieja escuela. Le gustaban los faxes y valoraba mucho los viejos clientes que mandaban pedidos por ese medio.

—¿Ruggero no tenía móvil? La policía científica no lo ha encontrado.

—Uf, el mismísimo diablo. No quería saber nada de móviles ni de cosas modernas —dijo asintiendo la señorita mientras afinaba los ojos.

Gildo se dio cuenta de que la «señorita» tendría unos cincuenta y cinco años, no más. Lo que hacía que pareciera una persona mucho más anciana era su piel arrugada como una pasa y fina que el tabaco envejecía diez años al menos.

—Siga, entonces, ¿cómo encontró el cadáver?

—Sí, que me desvío. En la fábrica había un olor diferente.

—¿Diferente?

Ella asintió, bajando por primera vez la mirada.

—A pollo quemado o algo así. Fui al tostadero y el olor era aún más intenso. Así que, bueno, ya sabe.

Gildo asintió.

—Entiendo —dijo, y esperó un segundo para acabar de formular de forma correcta la pregunta que le quería hacer, pero, considerando que la mujer que tenía delante se iba por las ramas, optó por la pregunta más directa—. ¿Quién cree que ha matado a Ruggero Vitali?

Caterina Ginepro se encendió otro cigarrillo. Era el tercero en menos de cinco minutos. A ese ritmo, Gildo entendió por qué el cenicero estaba a rebosar.

—La verdad es que llevo haciéndome esa pregunta desde ayer… —dijo, y no acabó la frase.

—Pero Ruggero Vitali era una persona poco convencional, seguro que tenía personas que le querían, pero también debía tener enemigos. ¿Quién puede tener una motivación tan… —dijo, y se detuvo por un segundo para dar más énfasis al final de la frase— feroz para matarlo y quemarlo en su propia tostadora?

Ella asintió.

—Lo sé, solo una persona podía tener tanto resentimiento hacia Ruggero.

Gildo levantó las cejas.

—¿Sí?, ¿quién?

Ella dio una calada y contestó.

14

A Gildo le hubiera gustado cerrar los ojos y pasarse una mano por la cara. Esperar un momento antes de que la señorita siguiera y poder reflexionar sobre esa respuesta.

A tres personas había interrogado y cada una sabía quién podía ser el asesino. Ni siquiera en las novelas de Simenon había unos desenlaces como ese.

Tommaso, hijo de Ruggero, decía que quien podía haber matado a su padre era su segunda mujer, Lucía.

Lucía decía que era el hijo, por inútil y por heredar.

Ahora, la persona que había encontrado el cadáver y en la que Gildo depositaba muchas esperanzas decía con claridad que ella también tenía una persona que podía ser la asesina del cafetero.

Aquello era una quiniela macabra sobre el asesino del tostadero.

—¿Y bien? —animó Gildo, ya algo expectante.

—Verá, llevo casi veinte años trabajando con Ruggero —dijo, y se detuvo, mirando hacia el techo, realizando cálculos mentales—. No, son casi treinta años que trabajo con Ruggero. He visto el auge de la empresa, pero antes no era nada. Es más, tenía más problemas que muchos otros, pero los fue superando. Uno de ellos fue Simone Trento.

Gildo se quedó de piedra.

¿Quién era Simone Trento? No estaba en el informe. ¿Era un trabajador? ¿Competencia? ¿Un pariente?

Ella dio un par de caladas.

—Ruggero y Simone fundaron Torrefazione Sant'Eustachio. Los dos se fueron a Colombia a seleccionar el café, vendieron sus pertenencias para hacer el viaje. Ruggero, su coche y Simone, su moto. Juntos la fundaron.

—Entiendo. Bastante típico como historia, ¿y qué pasó?

—A los pocos años, Ruggero se cansó. Cuando tocaban dinero, Simone se iba apostar a los caballos y a emborracharse. Y llegó un punto en que Ruggero decidió venderlo todo para librarse de Simone.

A esa frase, Gildo entendió que le faltaba acabarla.

—Pero…

—Pero cuando ya lo había liquidado, empezó el calvario. Simone fue a un abogado y lo demandó por plagio de la receta de la mezcla que los había catapultado y reclamaba unos *royalties*.

Gildo sacudió la cabeza.

—No lo entiendo.

La señorita apagó el cigarrillo y se encendió otro. No parecía que le molestara volver a contarlo. Dio una calada y se preparó para explicar mejor la historia. Mientras, de fondo, con un volumen más bien bajo, la serie de romance seguía escuchándose con un acento fuertemente sudamericano, de Colombia o de México.

—Torrefazione Sant'Eustachio no vende mezclas de café solo de origen. Blue Mountain, Colombia, Etiopía, etc. Solo tienen una mezcla, solo una. La que estudiaron entre ellos dos, Simone y Ruggero.

—¿Y cómo se llama la mezcla?

—Ruggero insistió en llamarla como su tío, Giorgio Vitali, quien le transmitió a Ruggero la gran pasión por el café —respondió ella.

—¿Y cómo acabó?

—Llegaron a un acuerdo y Ruggero le pasaba una cantidad mensual. ¡Además de la pasta que se llevó, encima eso! ¡Yo flipaba en colores! Pero no era mi casa, yo solo preparaba pedidos y contestaba al teléfono.

Entonces, del otro lado de la puerta que cerraba la sala de estar, se escuchó un ruido.

—¡Deja de fisgonear, pareces una vieja cotorra! —gritó ella hacia la puerta —. Lo lamento, pero mi sobrino es de lo que no está escrito. Ojalá se fuera y me dejara tranquila —finalizó, y entonces tosió.

—¿Por qué me cuenta esto? Si ya habían llegado a un acuerdo, ¿por qué cree que puede haber sido Simone?

Ella se pasó la lengua por los labios. Escupió un trocito de tabaco que tenía en la boca y miró al policía.

—Por lo que yo sé, Simone ha vivido en el norte, entre casinos y vida nocturna. Pero, ojo, esta es mi teoría: debe de haber acumulado muchas deudas de juego y ha vuelto. Hace un par de semanas que regresó a Roma. Vino una tarde a pedir más dinero.

—¿Y?

—Ruggero le dijo que se fuera al diablo. No llegaron a pelearse por poco.

—Por poco…

—Sí, si no hubiera sido por Leonardo, se habrían peleado.

Gildo asintió.

—¿Quién es Leonardo?

—El chico que se encarga del tostadero cuando Ruggero no está.

—¿Este chico los separó?

Ella asintió.

Gildo suspiró y miró el reloj. Habría seguido preguntando más a esa señora, pero llevaba más de media hora en esa niebla de humo y empezaba a sentir cómo esa atmósfera se estaba calando en su ropa y en sus pulmones.

—¿Cómo puedo encontrar a Simone?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —dictaminó Caterina.

—Tengo dos preguntas más, señorita Ginepro, ¿qué opina de Lucía Brentani?

La señorita chasqueó la lengua.

—Entró en la empresa como ayudante de contabilidad. Media jornada. Sueldo reducido porque estaba de prácticas de una escuela. Enredó a Ruggero, hizo que se divorciara y se lo llevó al altar. ¿Qué puedo decir? Una tía lista, porque arregló su vida a la primera.

Gildo hubiera sonreído, pero consiguió aguantarse.

—¿Cree que lo quería? —preguntó Gildo, sabiendo que era una pregunta trampa.

—Esa chica solo tiene un par de dones que Dios le ha dado. Es mona y sabe muy bien a quién follarse. Del resto, es una inútil, ni contabilidad ni cocinar ni nada más. Una auténtica inútil.

Gildo levantó las cejas, ya que coincidía bastante con la impresión personal que había tenido al interrogarla. Y había un detalle más, cuando la interrogó, el día que encontraron el cadáver, no la vio para nada triste, casi una viuda alegre.

—Muchas gracias, señorita Ginepro. Solo una pregunta más. A Tommaso Vitali, ¿cómo lo definiría? —preguntó Gildo, ya con ganas de irse de esa sala ahumadora.

—*Maresciallo*, ¿se acuerda de lo que le dije al principio de mi sobrino? —preguntó ella, y esperó a que el policía asintiera—. Pues mi sobrino sería el abanderado y Tommaso, el capitán de la selección nacional de chupópteros, ¿me ha entendido? —preguntó, y, Gildo, con una expresión divertida, asintió —. Así son, inútiles y parásitos. Y con esto le he dicho todo —concluyó la mujer.

—¿Usted no cree que Lucía y Tommaso sean asesinos?

Ella sufrió un golpe de tos y luego otro y otro. Un ataque de tos por el tabaco la mantuvo sin poder hablar casi un minuto.

La puerta de la estancia se abrió y el sobrino le trajo un vaso de agua.

—Vete con eso. No necesito nada. Fuera te he dicho —gritó al chico, y este desapareció—. Los dos son inútiles, no sabrían ni cómo ni por dónde empezar con un asesinato —dijo, y le hizo al policía un gesto con la mano que lo descartaba.

—A veces, las personas se dejan llevar por un enfado y cometen actos de los que se arrepienten y luego intentan ocultar el cadáver. ¿Me entiende?

—Sí, le entiendo. Por la noche miro todos los programas esos sobre el *true crime* o como se llame. Esos dos no harían nada a Ruggero. En el fondo, no son malas personas. Creo.

Gildo asintió mientras se levantaba y le dio las gracias por su tiempo. Le dejó una tarjeta de visita y se marchó hacia la puerta.

Estaba por girar el pomo cuando sintió como la señorita daba una palmada en el aire.

—¡Lo tengo! ¡Verónica! —exclamó Caterina.

Gildo se dio la vuelta.

—¿Cómo dice?

—Sí, Verónica Trento. Es el nombre de la hermana de Simone. Me acuerdo porque por un periodo vivió en su casa.

—Gracias. ¿Sabe también dónde podría encontrarla?

Ella se lo pensó un momento.

—La última vez que tuve noticias trabajaba en un supermercado en Via Tovalacci, pero le hablo de hace no sé cuántos años. Quizá ya no trabaje allí.

—Muchísimas gracias.

—*Maresciallo*, ¿cuándo serán los funerales?

Gildo suspiró.

—No lo sé, espero que pronto, la autopsia ya finalizó, así que, en breve.

Dicho eso, Gildo cerró la puerta y salió de esa sala de ahumar.

Al entrar en el rellano, respiró a pleno pulmón. El aire limpio entró por sus pulmones. A pesar de haber estado menos de media hora, su preciosa y colorida camisa olía a MS.

Simone Trento y Verónica Trento.

Salía de allí con una pista nueva y una foto más clara de toda la situación.

Tenía que buscarlos, la investigación ahora pasaba por la familia Trento.

15

Gildo regresó al centro con su Vespa.

El lujo del lento tráfico era, precisamente eso, tener tiempo de escuchar sus pensamientos y rebobinar el caso.

Nada de radio, ni de llamadas telefónicas. Solo él, el motor monocilíndrico de su Vespa y sus reflexiones.

Empezaba la investigación con una viuda que acusaba al hijo del difunto.

El hijo acusaba a su vez, sin saber esto, a la viuda.

La secretaria, que, si no se demostraba lo contrario, llevaba treinta años trabajando con Ruggero. Considerando lo que le había dicho Marzia, ese hombre excéntrico, que no usaba móvil y tenía tendencia a lo viejo, no habría cambiado a la persona de más confianza en el despacho, lo que ponía de manifiesto la confianza que Ruggero había depositado en esa mujer. Además, Gildo tenía la corazonada de que Caterina Ginepro era una persona coherente, aunque no sabía si era del todo de fiar.

Y entraba en escena una persona nueva, un tal Simone Trento, que era un exsocio y que, mira por dónde, había aparecido recientemente después de muchos años.

Ahora tenía que encontrar a la hermana y, en consecuencia, a Simone.

Gildo había llegado a una conclusión: quien lo había metido en la tostadora debía tener mucha fuerza o bien habían sido dos personas.

En una Roma donde nadie es lo que parece, ese caso podía tirar hacia cualquier dirección. No había una pista clara, sino un laberinto de posibilidades. Pero, al final, eso era lo que le gustaba a Gildo.

Via Tovalacci le venía de paso para llegar a la comisaría.

El pequeño supermercado estaba situado en un edificio señorial de color ocre y granito blanco que ornamentaba puertas y ventanas, en un triángulo

donde confluían dos calles, Via Tovalacci y Vicolo di San Francesco di Ripa. Justo el punto donde se encontraba el edificio, como una torta, venía cortado eliminando la punta y haciendo una sección con cuatro ventanas y una puerta, esta era la entrada del supermercado.

Gildo aparcó entre los coches que estacionaban en los márgenes de la Via Tovalacci.

Se quitó el casco y se metió una rama de jengibre en la boca. Era la tercera y última que tenía en su bolsillo. Haber estado tanto tiempo con la «señorita» en su casa llena de humo le había despertado el ansia de fumar. Sí, le había molestado, pero después el fantasma de la nicotina se había despertado en sus venas, en su mente, en su recuerdo.

Mordisqueó la rama y entró en el supermercado.

Era de una marca francesa, uno de esos establecimientos de barrio para las compras pequeñas de última hora.

Se fue a la sección de refrigerados y de verduras, cogió un paquete de jengibre y fue hacia la caja. De las pocas chicas que se cruzó, ninguna tenía el nombre de Verónica.

Decidió pagar y quedarse con el tubérculo.

Una vez pagado, preguntó al cajero quién era el responsable del supermercado. Este le señaló a una mujer que estaba reponiendo el frigorífico de yogures.

Gildo se presentó sacando la placa que llevaba colgada del cuello. La mujer dejó de colocar los productos lácteos.

—No sabía que los responsables de supermercado también hicieran estas tareas.

La mujer se arregló el pelo.

—Hacemos muchas más cosas de las que cree, agente.

—Soy inspector, necesito saber sobre una mujer que trabajó aquí, una tal Verónica Trento.

La mujer arrugó el ceño, intentando recordar.

—Claro, Vero. Se fue, ya no trabaja aquí. Desde que fuimos absorbidos por esta empresa —dijo mientras indicaba el nombre en su camisa—. Hicieron reducción de personal y se fue.

—¿Sabe dónde?

—Ni idea.

—¿Cómo puedo encontrarla?

—¿Se ha metido en líos?

—No, bueno, creo que no. La busco para hacerle un par de preguntas.

La mujer resopló y se colocó un mechón de cabello por detrás de la oreja. Mientras pensaba, estiró la espalda.

—Ahora no tengo tiempo, pero después podría buscar una vieja nómina en el ordenador y mandársela, allí supongo que saldrá la dirección de su domicilio.

Gildo sonrió y sacó una tarjeta de visita.

—Muchísimas gracias, me ayudaría mucho.

Ella la cogió y vio el nombre del inspector.

—Caray, Falcone, como el magistrado y como… la mujer esa que hace por la noche las recetas. ¿Cómo se llama…? —preguntó ella.

Gildo se rascó la nuca.

—Bueno, gracias. Espero que me mande eso cuanto antes. Gracias —dijo, y se acercó a la puerta.

—Teresa. Teresa Falcone. *Cucina con la mamma*. ¿Es usted pariente?

A Gildo se le escapó una sonrisa circunstancial. No pudo maquillarlo. No le gustaba ir por la vida dándose aires de ser el hijo de Teresa. Nunca lo había hecho. Pero tampoco le gustaba mentir. El apellido Falcone en Roma no era tan famoso ni tan extendido.

—¡Es pariente! ¿Es su madre? No, ¿es su abuela? —insinuó la mujer con revivida euforia.

Gildo vio en sus ojos la alegría que había brotado en la señora. Esos son los pequeños placeres de la vida que hacen que un día sea extraordinario. Un día que no pase de puntillas dentro de un océano de fechas alineadas en un calendario, sino uno que se recuerde.

De la misma manera que uno recuerda cuando se ha cruzado en el tren con un actor o cuando conoces en la firma de un libro a uno de tus escritores preferidos. O cuando la vida te sorprende con algo especial. Para esa mujer, de algún modo, Gildo vio en sus ojos que ese día sería especial.

—Sí, es mi madre.

Al escuchar esas palabras, la mujer juntó las manos mientras le brillaban los ojos.

—¿Se puede ir al plató cuando se graba el programa?

Gildo zarandeó la cabeza.

—Lo siento, no hay público, pero intentaré que un día se pase por aquí para saludarla, ¿qué le parece?

—Me encantaría, ¡me encantaría! —respondió la mujer, sorprendiendo así con su reacción a Gildo.

Él señaló su tarjeta de visita y le dijo:

—Nos mantenemos en contacto. Espero la nómina de Verónica Trento, por favor.

—Descuide, ahora mismo voy a buscarla.

Gildo se despidió y se alegró mucho al ver cómo esa mujer, una mujer normal, estaba entusiasmada con el programa de su madre. ¿Quién hubiera dicho que su madre tendría tanto éxito con un programa de cocina?

Todo porque había muerto Alessandro De Santis y su consejero, para despistar la investigación hacia el socio, le hizo descubrir un programa piloto de hacía muchísimos años.

Luego, Claudia retomó ese proyecto, lo volvió a presentar y la junta directiva lo aprobó.

Desde entonces, Teresa Falcone había vuelto a florecer y a vivir otra vez.

Gildo puso rumbo a la comisaría.

Aparcó la Vespa y la cafetería Lèttere ya había cerrado.

Lillo lo informó que el comisario se había marchado también. Subió a su despacho y comenzó a buscar información en su ordenador, apuntando notas de lo que había pasado en el día.

La sorpresa la tuvo cuando en la base de datos de la Seguridad Social buscó a Verónica Trento. El resultado lo dejó sin aliento.

16

Verónica Trento había muerto.

En el ordenador de la policía no se especificaba cómo había sucedido, pero sí el último domicilio.

Soltera, sin hijos, Verónica no dejó más rastro del que había en una ficha en su ordenador. Solo aparecía la fecha de su defunción, unas semanas atrás.

Ese dato le llamó la atención. Unas semanas, el mismo tiempo que hacía que su hermano había regresado a la vida de Torrefazione Sant'Eustachio.

La dirección coincidía con la de la nómina que la mujer del supermercado le había enviado. Se planteó ir al día siguiente por si encontraba a alguien que supiera de su hermano.

Se estiró en su silla para relajar el cuerpo. Sentía cansancio, tanto emocional como físico.

El caso de la *torrefazione* se estaba enredando cada vez más.

Entonces, Gildo pensó en una deducción lógica: ¿y si no era una coincidencia?

Quizá Simone, el hermano de Verónica, hubiese vuelto a Roma por su funeral y de alguna forma pasó por el tostadero. A lo mejor, Verónica le pasaba algo de dinero para sus apuestas y, al morir, se quedó sin un segundo proveedor. Sí, porque la secretaria, Caterina Ginepro, le había dicho que, por los *royalties* de la mezcla que desarrolló junto a Ruggero, la empresa le pasaba una cuantía mensual.

Pero ¿y si no era suficiente? ¿Y si gastaba aún más?

Caterina dijo que tenía muchas deudas. Verónica le podía pasar algo de dinero, pero, aun así, con un sueldo de cajera de supermercado y viviendo de alquiler en Roma, la ayuda sería una cantidad paupérrima.

Eso no acababa de cuadrar.

Pero había otra opción. Simone tal vez había vuelto a Roma por el funeral, entonces, desesperado o simplemente por visitar a su exsocio Ruggero, vio que las cosas le iban cada vez mejor y quiso rascar más de la caja. Ruggero se opuso a pagar más de lo que ya le daba y lo mató.

Podía ser una opción, pensó Gildo, pero se sentía aún en alta mar. Necesitaba trabajar más tiempo sobre ese caso y entender mejor todo el asunto.

Abrió el navegador de internet y buscó a Ruggero Vitali.

Había varias páginas y numerosos blogs donde describían a una persona excéntrica, llena de vida y con un carácter afilado.

«Carácter afilado. Vaya, dicho de otro modo, un tío que no caía bien a todo el mundo», pensó Gildo.

Pensó en famosos que habían creado empresas y tenían caracteres «afilados» como Steve Jobs, Mark Zuckerberg, Elon Musk, pero también Pablo Picasso, Margaret Thatcher y muchos más.

De repente, entró una persona en el despacho.

Esa hora era la mejor del día para pasar por la oficina, no estaban ni Luca Bariffo, el último investigador en incorporarse al Cuerpo, ni tampoco Fabio Giraldi, el compañero que siempre estaba fuera resolviendo no sabía qué casos; siempre a punto de jubilarse y aún no le habían concedido ese privilegio.

Detrás de la puerta, apareció el comisario. Se quedó sorprendido, ya que se había marchado hacía un buen rato.

—A Erme, ¿qué haces aquí? —preguntó el comisario.

Er Bufa había vuelto por alguna broma pesada del destino.

—Trabajando en el caso.

—Bien, vente a mi despacho y me explicas cómo van las investigaciones.

Esa frase tuvo el mismo efecto en Gildo que una ducha fría. A pesar del calor de los días de finales de primavera, no era de su agrado ni ver al comisario ni ducharse con agua fría.

Se sentó en la silla delante del comisario, en su despacho.

—Pensaba que se había marchado.

—Yo también, pero me he dejado una cosa y he vuelto.

«Una cosa… seguro que los cigarrillos o el mechero», pensó Gildo.

El comisario tenía un mechero de la marca Zippo con el escudo del equipo de fútbol de la Roma grabado.

—Me ha llamado esta tarde el comisario jefe, quería saber cómo iban las investigaciones. Le he dicho que mañana lo llamaré —dijo, y se quedó mirando a Gildo para que le indicara lo que había averiguado.

—La viuda culpa al hijo de la primera mujer y el hijo, a la viuda. La secretaria dice que ambos son tan inútiles que no podrían matar. Y hace unas semanas regresó el socio para pedir más dinero —resumió Gildo.

—Vaya, y nadie estaba con el difunto esa noche, ¿verdad? Se ha matado solo —dijo, y se rio.

—En efecto, todos tienen una coartada. Bueno, no exactamente. Tengo que comprobarlo bien, pero parece que la tienen.

—¿Aún no has comprobado dónde estaban los posibles imputados esa noche? —dijo, sorprendido, el comisario, y luego cambió de tercio con un tono paternalista—. Mira, Gildo, eres muy bueno, pero no puedes hacerlo todo tú. Tienes que trabajar en equipo. Ya sabes, tienes que permitir que te ayuden.

—No necesito que me ayuden. Puedo solo.

Er Bufa se tocó por fuera de los bolsillos de la americana, pero lo dejó enseguida. Iba a sacarse un cigarrillo y se dio cuenta de que no podía fumar delante de Gildo.

—Luca tiene un caso que puede dejar aparcado. Mañana dile que te ayude.

«Nooo, Luca, no», pensó Gildo.

El joven y pesado novato no era una gran solución para la investigación.

—No, de verdad, no hace falta.

—Es una orden, Gildo. El comisario jefe quiere resultados y ¿mañana qué le explico?, ¿que no sabemos nada? —ladró.

—Bueno, solo han pasado dos días de la muerte de Ruggero Vitali, creo que es normal.

El comisario gruñó.

—Te he dicho que te ayude Luca y lo harás. —Gildo no pudo hacer nada para evitar acatar la orden—. Otra cosa, ¿tienes idea de por qué mataron a un simple empresario cafetero?

Gildo se lo pensó un segundo.

Sacó una ramita de jengibre y, al mirarla, sacó otra para el comisario y se la ofreció.

—¿Quiere? —preguntó Gildo, y le explicó qué era; un buen sustituto para la necesidad de fumar.

—No me hacen falta esas chuminadas —contestó, orgulloso.

Gildo se lo guardó de nuevo.

—Ruggero Vitali no era un simple maestro tostador de café, sino uno de los mejores de Europa y, seguramente, el mejor de Italia. Tenía un patrimonio considerable y, sobre todo, mucho dinero en el banco. El hijo quería dinero y algo de reconocimiento. La mujer, quedarse con todo después de una discusión. El exsocio quería también dinero. Pero tienen un problema técnico todas estas cuestiones…

—¿Cuál? —preguntó el comisario, acercándose a Gildo.

—Que el cuerpo de Ruggero primero fue golpeado con un objeto y luego metido en la máquina que tuesta el café por una compuerta no muy grande.

—No lo entiendo, ¿y?

—Pues que el difunto pesaba unos noventa y pico kilos, así que tuvieron que intervenir o dos personas o un hombre fuerte, ¿me explico?

—Entiendo. ¿Y ellos no han podido ser?

—He pensado en los dos juntos, pero es algo atrevido y no lo creo. Caterina Ginepro dijo que no tienen un cerebro asesino, son personas que no lo harían. Es su opinión…

—¿Y consideras que esta señora es un testigo creíble?

Gildo esperó para responder. Cogió la rama de jengibre y la giró un par de veces mientras la mordía, como si la sustancia del gingerol ayudase a pensar. Luego, se pasó la mano por el pelo.

—El señor Ruggero Vitali era un hombre que, según lo que he averiguado, no se iba por las ramas y tenía mucho carácter. Así que entiendo que, si esa mujer seguía en su puesto después de treinta años, es que lo hacía bien. Y por ese mismo baremo, tenemos que considerar que es un testigo atendible.

—¿Y qué no te hace pensar que la mujer quisiera más sueldo y lo matara?

Gildo arrugó el ceño. Lo pensó cuando estaba allí, delante de ella. La imagen de tener un sobrino inútil, delante de la policía era una coartada perfecta. En cambio, podría haberla ayudado a meter el cuerpo en la tostadora.

Ella tenía las llaves y descubrir el cuerpo por la mañana era una coartada muy potente. Pero, aun así, su sentido investigativo no le daba ninguna corazonada.

—No creo. Me puedo equivocar, pero no me parece una asesina.

El comisario se aflojó la corbata y se desabrochó el primer botón de la camisa. Esos momentos de relajación solían ir acompañados de una charla sobre su imagen y sobre la Vespa. Pero no fue así.

—Gildo, a veces me parece que vives en los mundos de Yupi. Allí afuera hay asesinos en serie, asesinos meditados y ocasionales. Pero también hay gente que nunca se ha planteado matar ni a una mosca, se le va la puta pelota y hace cosas deplorables, ¿sabes?

—Lo sé.

—No lo parece. Esas personas, todas, sin excepción, pueden haber matado a Ruggero Vitali. No te engañes. El dinero es un mal consejero y un problemático compañero de viaje. No debes fiarte de si te parece o no. Los fiscales nos van a comer vivos. Tenemos que demostrar coartadas sólidas. Luego serán ellos y el juez quienes dictaminen si son culpables o no. Parece mentira que no te hayas parado a pensarlo. ¡Erme!, ya sabes.

Gildo no contestó. Se quedó pensativo con lo que había dicho su jefe. Al final, le tenía que dar cuentas a él y, a pesar de no tenerle mucha estima, reconocía su experiencia.

Sí, Raffaele Esposito tenía en cierto modo razón, pero, desde que había engordado como una búfala detrás del escritorio, no pisaba la calle. No palpaba la ciudad y no sentía lo que probaba un inspector al hablar con los investigados.

Gildo tenía corazonadas, como muchas personas y muchos inspectores. Lo que pasaba era que en muchas ocasiones no tenía el valor de escucharlas.

Se levantó de la silla y dio las gracias educadamente. Y cuando alcanzó la puerta, el comisario lo dijo:

—¿En serio quieres seguir con esas pintas de estibador de puerto? Parece que vengas de Ostia, de descargar cajas de pescado. Córtate el pelo y aféitate. Por favor, hazlo por ti —dijo con desdén mientras Gildo ponía los ojos en blanco—. Por cierto, desde la central me han aprobado un nuevo Alfa Romeo, un Giulia rojo flamante, para ti. Es una excepción, pero lo he peleado para que lo tengas. ¿Qué me dices? Lo tendrás aquí en unos días.

La expresión de Gildo fue de asco, la misma que cuando alguien pisa una mierda de un perro bien fresca y se pega en todas las ranuras de las zapatillas.

—No quiero un coche. Además, un Giulia es grande, ¿dónde lo aparco en Roma, me lo pongo de sombrero?

—En serio, Erme, tú no sabes lo que me ha costado.

—Tardaría el doble en desplazarme y aparcar. Sería menos productivo, ¿lo entiende?

El comisario se pasó una mano por la cara y buscó un cigarrillo.

—Tengo una idea, comisario. Se queda usted el Alfa nuevo y yo sigo con mi Vespa.

Dicho eso, cerró la puerta y respiró el aire de la libertad.

Por nada cambiaría sus camisas de flores, su pelo largo y, por supuesto, su Vespa.

Fue a la fotocopiadora y realizó una copia del folio de los nombres de los amigos de Tommaso. Luego, le mandó un mensaje a Luca, especificando que el comisario le ordenaba que lo ayudase. Al día siguiente, tenía que llamar uno por uno a los amigos y comprobar la coartada de Tommaso.

Dejado ese trabajo programado, regresó a la Vespa y, al arrancarla, decidió que tenía que ir a ver a Ornella, ya que llevaba muchos días sin visitarla.

17

Aparcó la Vespa en la callejuela donde tenía por costumbre dejarla.

Caminó en esa noche que recién empezaba, aunque el sol, perezoso, no tenía ganas de esconderse detrás de la colina de Roma, donde estaba el Gianicolo.

El aire era fresco, por fin, después de un día de temperaturas altas y de mucho trabajo.

Cuanto más se acercaba, más olía los mismos perfumes, que como una red de pesca funcionaban con los turistas.

Focaccia al romero, *porchetta*, patatas fritas. Esos olores que se expandían en el ambiente llamaban a los hambrientos pasantes como la flauta del cuento de los hermanos Grimm.

En el Porco Miseria había una pareja pidiendo bocadillos. Desde dentro, los olores se mezclaban con la música de la radio, siempre puesta en Radio Freccia, con *rock* para animar y dar ritmo a las preparaciones.

Ornella no lo vio en un primer momento, salteaba las hamburguesas con el mismo espíritu que hacía Tom Cruise en *Cocktail*.

Recordó que, cuando empezaron, tenía un acentuadísimo miedo escénico. No soportaba que los clientes la mirasen cuando hacía los bocadillos. Se avergonzaba y se ponía roja. Incluso le decía a Gildo que no hiciera tanto espectáculo, que no le gustaba.

Ese espectáculo que al principio no soportaba, en ese momento, lo estaba haciendo en su ausencia.

«Todo es *marketing*, una foto con una turista enseñando un bíceps, una bolsa, cantar y, sobre todo, hacer espectáculo mientras preparas los bocadillos. El entretenimiento de la gastronomía», decía Gildo.

Sonrió cuando escuchó que Ornella se lo estaba explicando a la nueva ayudante, Fiorella.

La chica había empezado con más ganas que aptitudes. Recién salida de un módulo de cocina, se había metido en la cocina del Porco Miseria por exclusión, ya que era el último sitio disponible para elegir las prácticas.

Con el pasar de los días, se fue familiarizando con los bocadillos de *porchetta* y las patatas fritas con sal de trufa, hasta hacerse amiga de Ornella.

—Quisiera un *tutto porco* —dijo Gildo a Fiorella, de espaldas, sabiendo que ese bocadillo no estaba en la carta.

La chica se giró con cara extrañada. Al ver a Gildo, se rieron.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ornella—. Hoy no te toca trabajar.

Los negocios iban bien y se podían permitir un empleado. Del otro lado de la calle, en pleno parque protegido, el obsceno monumento a la corrupción urbanística seguía parado. El problema era que no sabían por cuánto tiempo. De momento, estaban aprovechando seguir siendo el mejor puesto nocturno de bocadillos calientes de Roma, en medio de los Foros Imperiales.

—Me pasaba. ¿Cómo va?

Ornella hizo una mueca, poco convencida.

—Hoy, flojo. Fiorella dice que hay un evento, un no sé qué en la otra parte de Roma. Todos están allí.

Gildo sonrió y miró a la novata.

—¿Cómo salen los bocadillos? —preguntó Gildo.

Ella sonrió y encogió los hombros. A pesar de estar con ellos desde hacía más de un mes, seguía siendo la misma chica tímida.

Fiorella era pelirroja con una mata ingobernable de rizos que, con mucho sudor, conseguía atarlos en un moño. No obstante, algunos cabellos muy rebeldes seguían escapándose del peinado.

Tenía muchas pecas esparcidas por su nariz y mejillas, ojos verdes, ocultos tras unas gafas grandes, y una delicadeza innata.

—Cada día le salen mejor los bocadillos, ¿verdad, Fiorella? —exclamó Ornella, dándole un manotazo en la espalda que la dejó casi sin aliento.

—Verdad —contestó, medio asfixiada.

—Gildo, no hay gente, ¿nos hacemos una cerveza?

Gildo aceptó, aunque había quedado con Marzia para cenar. Sentados en un banquito de piedra al otro lado de la calle, hablaron justo el tiempo de beberse una cerveza artesanal romana.

Cuando una pareja se acercó al Porco Miseria, Ornella dio el último sorbo y se fue hacia el quiosco de bocadillos.

Gildo se quedó pensando en la conversación con el comisario. No estaba seguro de por dónde tenía que seguir, pero estaba claro que tenía que confirmar mejor las dinámicas de la noche del asesinato.

¿Quién estaba con Ruggero Vitali?

¿Solía verse por la noche con alguien?

¿Quién tenía las llaves del tostadero?

Decidió irse, Marzia lo esperaba.

18

Marzia lo esperaba en su casa.

La mesa estaba preparada con una ensalada en un bol, pollo *allá diavola* y nachos con guacamole.

Pero no le dio tiempo de cenar porque ella, la *venere,* estaba hambrienta de otra cosa.

Lo esperó con un camisón de noche. Cuando Gildo se lo quitó en el dormitorio, se dio cuenta de que debajo no llevaba nada.

Ella no tardó en dejarlo desnudo, quitándole la camisa floral y el resto.

Se le echó encima, sin preliminares y sin más preámbulos.

—Cada vez que entras en la cafetería, me pones a cien. No, a mil —dijo ella mientras le besaba la cara—. Me ha costado mucho esfuerzo esperarte sin tocarme.

Él la agarró y, con sus fuertes brazos, le dio la vuelta y le hizo el amor; hasta que ella no llegó un par de veces, él no acabó.

Cuando cada uno estuvo saciado del otro, se quedaron de lado, mirando el techo.

Gildo tuvo la necesidad de una ramita de jengibre. La buscó entre sus pantalones y la mordió.

Ese momento era uno de los mejores, quedarse a su lado, mirando el techo, después de hacer el amor y pensando.

Divagaban sobre temas absurdos y de cómo veían el futuro. Qué pensaban hacer el fin de semana y planificar algunas vacaciones juntos.

Luego, fueron a cenar. A Gildo le encantaba el pollo *allá diavola*. Llevaba tomate, guindilla, mucha guindilla, y albahaca, cocinado a fuego lento. Rebañaron el plato con una buena *focaccia* calentita.

Marzia era una excelente cocinera y le preparaba a Gildo todo lo que a él le gustaba.

Mientras cenaban, recordó las palabras de su madre: «¿Cuándo me la presentarás?».

Pero Gildo tenía sus dudas, tenía miedo de que ese hechizo de alguna manera se rompiera. Así que era mejor dejar todo como estaba, por el momento.

A la mañana siguiente, se despertó pronto y se fue de casa de Marzia con una camisa limpia que previamente había dejado para ocasiones así, y después de una buena ducha. Marzia le preparó una cafetera de café con la famosa mezcla de Torrefazione Sant'Eustachio, la que llevaba el nombre del tío de Ruggero.

Un paquete de papel, como los viejos libros, y de color rojo sangre. Una simple etiqueta en su envase y poco más.

—¿Quién va a seguir con el negocio ahora? ¿Te han dicho si te van a seguir suministrando café?

Ella negó.

—Tenéis las instalaciones acordonadas, ¿cómo van a tostar el café?

—¿Y qué van a hacer los clientes?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé. Yo de momento no tengo problema, porque me entregaron un pedido hace poco. Creo tener autonomía para una semana o una semana y media. Pero me pregunto, ¿y los otros?

Gildo entendió que, si no se quitaban los sellos policiales a la fábrica rápidamente, la empresa cerraría. Los clientes no se sostendrían mucho sin pedido. Además, Ruggero, tal y como se lo había explicado Marzia, y lo había visto en un vídeo en YouTube, afirmaba: «El café hay que gastarlo fresco. En pocas horas, comienza a oxidarse y su declive organoléptico».

Via dei Gelsomini, número 30.

Barrio modesto y popular, en el extrarradio de Roma, dirección al aeropuerto.

En el primer piso, sin ascensor, estaba la vieja casa de Verónica Trento.

Aparcó en la calle la Vespa y rezó para que, cuando regresara, aún estuviera allí.

Esa mañana, a pesar de que eran tan solo las nueve, el sol ya apretaba.

El edificio donde había vivido Verónica daba al este. En casi todas las ventanas, había un tendedero con la ropa secándose y un toldo verde.

Gildo Falcone encontró el portal abierto. El conserje se encontraba pasando el mocho y la vieja entrada estaba fresca, limpia y olía a lavanda.

El hombre, al borde de la edad de la jubilación, llevaba una camisa de manga corta y un palillo en la boca, y canturreaba una vieja canción de Mina.

No le importó que pasara, lo que sí le dijo fue que no pisara por la parte que había acabado de limpiar.

Esquivando la zona recién fregada, subió las escaleras hasta el primer piso. Fue a la puerta número uno y llamó.

El timbre resonó por toda la planta. Insistió varias veces hasta que la puerta de al lado, la dos, abrió.

—¿Busca a los señores Rovergo? —preguntó una señora, presentándose con rulos y batín.

Gildo fue hacia ella, abrió su camisa floral y sacó la placa que llevaba al cuello.

—Policía investigativa, señora. Inspector Gildo Falcone. Sí, estoy buscando a los actuales inquilinos. ¿Sabe cuándo vuelven?

La señora se acercó.

—Vuelven muy tarde por la noche y se van muy pronto. ¿Pero puedo ayudarle en algo? ¿Han cometido algún delito? Puede explicármelo, soy una tumba… —insinuó la señora, sacando pecho para que se viera un poco más el escote, ya vistoso de por sí.

Gildo pensó que justo esa era la persona meno apropiada para contarle un secreto porque tenía que ser la maruja del edificio, la radio macuto de la manzana y el Facebook del barrio.

Pero al pensarlo detenidamente, Gildo vio en esa persona un factor positivo y lo aprovechó.

—¿Cómo se llama? —preguntó Gildo con un tono algo sensual.

—Patrizia.

Gildo levantó las cejas.

—Como una Patrizia romana —afirmó Gildo—. Tengo que preguntarle si me puede ayudar, Patrizia.

La mujer hizo un movimiento sensual con el cuello y levantó un brazo, siguiendo el marco de la puerta hasta casi tocar la parte superior.

—Puede decirme lo que quiera.

—Bien, ¿nos podemos tutear, Patrizia?

Ella repitió el ladeo de la cabeza, pero esa vez al compás de otro movimiento con los hombros.

—Por supuesto, me puedes tutear.

—Bien. Quería hablar con los señores Rovergo para saber si tienen noticias del hermano de Verónica Trento. Si se pasó mientras ella vivió aquí o si tienen una dirección de contacto.

El rostro de la vecina cambió de repente. En su expresión se plasmó la más sincera decepción y hasta una pizca de asco.

—¡Ah! —soltó, y se rascó el cuello—. Estás buscando al hermano de Verónica.

—Sí, ¿lo conoces?

—¿Que si lo conozco? Muchas veces ha dormido encima de mi felpudo hasta que no llegaba la hermana de trabajar.

—Vaya, eso no lo sabía.

—Una pieza, un maleante. ¿Quieres que te diga algo?

Gildo asintió.

—Ese hombre mató a la hermana de pena y de desesperación —dijo, apuntándolo con un dedo, y asintió con la cabeza.

—No me digas…

—Sí, agente.

«Agente no, agente no, soy investigador. Bueno, da igual, sigue», pensó Gildo.

—¿Sabes si estaba por aquí el hermano, Simone, cuando murió ella?

—No, que yo sepa no estaba, vino después. Pero vino un par de veces el año pasado y… —dijo, y zarandeó la mano—. No sabes los gritos que salían de la casa.

Gildo sintió que tenía delante una máquina del tiempo, mejor que una cámara de vigilancia, porque, Patrizia, además, te proporcionaba un resumen sin la necesidad de escuchar grabaciones de horas y horas.

—¿Gritos? —preguntó Gildo.

—Muchos. Siempre. Cuando salían gritos de esa puerta, ya sabía todo el edificio que había llegado el hermano de Verónica.

—La hermana le gritaba.

La mujer se ajustó el escote, alzó la barbilla y siguió levantando el dedo índice.

—No, no. Verónica era muy pacífica, quien gritaba no era ella.

—Era… el hermano quién gritaba, ¿entonces?

Patrizia, sin esconder que se estaba divirtiendo, gozaba informando al policía de los chismorreos de la planta uno del número 30 de Via dei Gelsomini.

—No, no. O sea sí, pero no solo, también el hermano, claro.

—¿Y entonces quién gritaba?

Patrizia se acercó a la oreja de Gildo, sacando pecho y que el hombre viera mejor los abundantes senos.

—La pareja de Verónica.

Le costó unos instantes entender lo que decía y no le cuadró.

—¿Pareja? No, Verónica era soltera.

La mujer se echó a reír y su voz se difundió por el rellano.

—Soltera, sí, pero porque no se quiso casar con Eugenia. Pero eran pareja. Sí, Verónica y Eugenia. No lo sabías, ¿verdad?

Gildo afinó la vista. Esa señora, a pesar de no disimular las intenciones o fantasías con él para que, seguramente, entrara en su casa un ratito, tenía una visión global de la situación y acababa de aportar un puente hacia la búsqueda del hermano.

Verónica tenía pareja.

—¿No tendrás el contacto de esta señora?

—¿De quién, de Eugenia?

Gildo asintió.

La vecina levantó las manos y dijo:

—Pues claro, yo tengo todos los contactos que quieras, entra en mi casa.

A Gildo no le acabaron de gustar sus palabras, pero lo hizo porque necesitaba el contacto de Eugenia.

Se santiguó y entró.

19

Al salir del edificio, sintió que estaba más cerca de la solución.

Patrizia, la señora del rellano donde había vivido Verónica Trento, le había proporcionado el contacto de Eugenia.

Le había indicado que, si llegaba correo o cualquier paquete o persona buscándola, le diera su contacto.

Así hizo Patrizia, la radio macuto del edificio.

Gildo entró en su casa, atemorizado por lo que fuera a hacer esa señora con sus maneras sensuales e intenciones ocultas, pero solo lo invitó a un vaso de limonada y le apuntó en un papelito el número prometido.

Se fue agradecido antes de que la cosa pudiera torcerse.

Sentado en su Vespa, llamó al número.

A los cuatro tonos, saltó el contestador.

Gildo se rascó el cuello. Levantó la mirada de la pantalla para observar a su alrededor. Los negocios que había en esa calle estaban la mayoría regentados por asiáticos. Lo que antes era un café o una panadería artesanal llevada por un romano, ahora era un bar sin alma y una expendedora de pan congelado, caliente, a cualquier hora del día.

Mientras pensaba en cómo estaban cambiando las cosas en la ciudad, el número de teléfono le devolvió la llamada.

—*Buongiorno*, ¿es la señora Eugenia Sapori?

—¿Quién me busca?

—Policía, soy el investigador Gildo Falcone. Necesitaría verla y hablar con usted cinco minutos.

Hubo un silencio largo.

—¿No puede decirme qué necesita por aquí?

—Sería mejor en persona —insistió—. Serán cinco minutos.

La mujer bufó.

—Está bien, ¿esta tarde?

—¿Ahora no es posible?

—Estoy trabajando.

—Es importante, señora, le aseguro que serán cinco minutos.

Eugenia Sapori trabajaba en una lavandería industrial cerca de la estación de Termini. Se tomó una pausa para fumar a pesar de que su jefe no quería. El trabajo apremiaba y las toallas limpias tenían que salir hacia los hoteles.

—Tiene el tiempo de este cigarrillo. Mi jefe no quería y me he inventado una milonga.

Gildo bajó un segundo la cabeza en señal de respeto.

—Gracias. Seré muy rápido. ¿Verónica Trento era su pareja?

La mujer, al escuchar esas palabras, apretó los labios entre los dientes, cruzó los brazos y se separó un paso.

—Lo siento, es aún muy reciente.

Ella asintió con la cabeza.

—En fin, solo necesito saber del hermano de Verónica. ¿Dónde puedo encontrarlo?

A la mujer le costó unos instantes recuperarse. Dio un par de caladas para ahogar el disgusto y miró al policía.

—Ese maldito… Si pudiera, lo m… —dijo, y se detuvo antes de acabar la frase.

—No se preocupe, no está bajo juramento, es una conversación informal. Necesito saber dónde puedo encontrar a Simone.

—Ojalá pudiera decirle que en el infierno.

Gildo sonrió con la intención de hacerla sentir cómoda.

—¿Sabe dónde puede estar?

Ella dio una calada. Vestía un uniforme de bata blanca con el logo de la empresa bordado en el pecho y pantalones azules. Llevaba el pelo desaliñado y recogido en un moño mal hecho; las raíces empezaban a tomar protagonismo en el cabello oscuro. Gildo entendió que, desde la muerte de su pareja, no pisaba una peluquería. Por cómo había reaccionado, debían estar muy unidas.

—Tienes que buscar en la Operación Onlus, cerca de la iglesia de Santa María del Huerto. Allí tienen una casa para personas sin techo.

Gildo arrugó el ceño.

—Pero si Simone cobra una mensualidad del tostadero.

La mujer se rio con amargura.

—Ese dinero va directo a pagar las deudas de juego. Lo ha hipotecado todo y encima…

—¿Y encima?

—Le pedía dinero a Verónica. ¿Sabe cuántas veces le dije que no le prestara más? ¡Miles! Pero ella lo quería, era su único pariente y lo ayudaba. En el lecho de muerte, su padre le dijo que ayudara siempre que pudiera a su hermano. ¿Usted cree? —gritó, y unos transeúntes que pasaban por la acera se giraron y enseguida aceleraron el paso—. Ella tenía que ayudar a un ludópata —confirmó, sacudiendo la cabeza.

Luego, dio una calada, estaba acabando el cigarrillo y, en consecuencia, la conversación.

—Iglesia de Santa María del Huerto —dijo Gildo para cambiar de tema porque vio que hablar de Verónica era demasiado duro para ella.

—Tuvo un cáncer de hígado por culpa del dinero, por culpa del hermano. ¡Que se pudra en el infierno! —dictaminó, dio la última calada, tiró el cigarro al suelo, lo pisó y con la punta lo chafó—. Me tengo que ir.

—Gracias, me ha ayudado muchísimo.

Ella no contestó nada más. Alzó la mirada, como si de esa forma aguantara las lágrimas que estaban a punto de escapar.

Eugenia Sapori desapareció por la puerta de la lavandería industrial después de pasar una tarjeta magnética que la abría.

Gildo pensaba en Simone Trento y en la iglesia de Santa María del Huerto. Estaba allí cerca. Sintió que estaba a una casilla de la solución. Arrancó la Vespa y fue a buscar a Simone.

20

Simone Trento tenía un buen motivo para matar a Ruggero Vitali.

Mientras Gildo recorría las calles de Roma rumbo a la iglesia de Santa María del Huerto, daba vueltas a ese personaje.

De todos con los que había hablado, ese hombre, el exsocio del maestro tostador, era el que más boletos tenía para matar a Ruggero.

Eugenia decía que vivía en una obra social. Un sintecho no tiene nada que perder. Debido a esa circunstancia, esas personas podían llegar a hacer cosas que no contemplarían si tuvieran otra situación.

Simone Trento ya no tenía ni hermana ni dinero. Solo podía aspirar a mejorar su situación en el caso de que Ruggero le diera más dinero de lo que ya estaba pactado.

Pero, seguramente, algo no fue bien.

Llegó a la iglesia y aparcó delante.

Las puertas estaban cerradas. Las misas de la mañana habían terminado y hasta la tarde no continuarían las visitas de fieles o turistas.

Echó un vistazo alrededor, justo en la puerta verde del edificio contiguo a la iglesia entró un hombre. Llevaba un abrigo a pesar del calor.

Lo siguió y entró en el lugar. En la puerta, estaba la placa del nombre de la iglesia y la obra social cristiana.

Lo había encontrado. En el *hall* había un pequeño mostrador con una libreta enganchada a la madera. Un bolígrafo Bic de toda la vida con un cordel colgaba del final de la espiral de la libreta.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó un cura con las manos entrelazadas que se acercó a Gildo.

—Buenos días, padre, busco a un huésped, Simone Trento.

El hombre de Dios sonrió mientras otros sintecho entraban y salían cerca de los dos. Otros esperaban en fila, callados, aguardando su turno de entrar para una habitación esa noche.

—Claro. Simone.

Eso lo sorprendió, ¿ese cura se conocía todos los nombres de sus huéspedes?

Le resultó fascinante e increíble al mismo tiempo. Pensó que se estaba equivocando. No podía ser, pero cuando abrió la libreta y buscó el registro, confirmó, mostrando sorpresa.

—Simone Trento. Pero hace días que no está con nosotros —informó con las manos juntas y una sonrisa—. ¿Puedo ayudar de otra forma?

Simone no estaba allí.

—¿Cuándo estuvo aquí por última vez?

El cura, sin abandonar en ningún momento la sonrisa, volvió a consultar la libreta.

—Hace unos días que no viene por aquí, lo siento.

—¿Y dónde puede estar? —preguntó, decepcionado, Gildo.

La pista más fiable para localizarlo se acababa de esfumar y tenía que volver a empezar de nuevo.

Buscar a un sintecho en Roma era más complicado que pedir una cita con el Papa.

—No lo sé, busque en otra diócesis que tenga este servicio social. O a lo mejor ha vuelto a Milán, también puede ser. Simone estaba de paso, por lo que me dijo. Desde que murió su hermana, ya no tiene nada que lo ate a Roma.

Gildo pensó que desde luego no se había equivocado de persona, ese cura sabía perfectamente quién era el hombre que buscaba.

—Yo sé dónde está Simone —dijo un señor que esperaba.

Era el segundo de la fila y, en cuanto dijo eso, el cura le indicó con la mano que se aproximara.

—Roberto —llamó el cura al hombre—. Este señor es de la policía y está buscando a Simone. ¿Sabes dónde está?

—Lleva unos días en la zona norte. En la que está más arriba del *cupolone*, no sé cómo se llama —dijo el hombre con un acento romano muy marcado refiriéndose al Vaticano—. Tiene un nombre importante.

—¿Importante? —preguntó el cura sin entender.

—¡Sí! A cura, es una basílica de san no sé qué.

El hombre de Dios se pasó la mano por la cara.

—¿Es la Basílica de San Eugenio?

—¡Eso! —dijo el indigente, y le dio una palmada en el pecho—. Bravo, cura.

—¿Cómo sabes que está allí? —intervino Gildo.

—Porque lo veo por los contenedores hacia Trinità dei Monti. No sabes lo que tiran esos turistas, cada maravilla que podemos comer, fumar o revender.

Tenía demasiada información.

—Gracias. Gracias, a los dos —dijo, y antes de que esa conversación siguiera, Gildo se apresuró a marcharse.

Cuando estuvo en el umbral, escuchó que lo llamaban.

—A poli… —gritó el indigente con el que acababa de hablar.

Gildo se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Sí?

—A poli, oye, sé lo que sé, las informaciones se pagan —dijo el hombre mientras, manteniendo la mano derecha a la altura de la cintura, frotaba el índice con el pulgar.

Ese movimiento era un clarísimo gesto de pedir dinero. Tan famoso y difundido que era parecido al de los cinco dedos hacia arriba en forma de piña.

En definitiva, el hombre quería dinero.

Gildo sonrió y sacó unos billetes de la cartera.

—No es mucho, pero es lo que tengo —dijo, y, antes de dárselos, aclaró—. Prométeme que no lo gastarás en alcohol o cigarrillos.

El hombre, a regañadientes y mirando el botín, dudó unos segundos.

—Poli, no te lo puedo asegurar, pero lo intentaré.

Gildo desistió y le acercó los billetes.

—Gracias —respondió mientras el hombre se los guardaba como un tesoro.

Apenas se giró hacia la Vespa y el hombre ya se había marchado.

Arrancó la moto y aceleró dejando atrás su primera etapa en busca de Simone Trento.

Recorrió el *lungotevere* casi de una punta a la otra de Roma, dejando de un lado el Vaticano, el Castel Sant'Angelo, el Museu dell'Ara Pacis y la Piazza del

Popolo.

Cuando llegó a la iglesia, fue directo al edificio de color rojo terracota que estaba a su derecha.

Entró por la puerta formada por columnas de granito y llegó al patio. Allí, buscó la recepción de la obra de caridad cristiana.

Una mujer lo atendió. Gildo sacó su placa y preguntó enseguida, sin rodeos, si el señor Simone Trento estaba en el edificio.

Al escuchar la noticia, Gildo soltó un suspiro de alivio.

—¿Puedo verlo?

21

La mujer de la recepción de la Basílica de San Eugenio asintió y lo acompañó a una salita que estaba justo al lado.

En pocos minutos, apareció Simone con la recepcionista.

Por fin, tenía delante a la persona que buscaba.

Simone Trento tendría unos sesenta y pocos, pero aparentaba casi ochenta. Calvo, con profundos surcos en la frente y arrugas alrededor de unos ojos hundidos. Su expresión no dejó indiferente a Gildo.

A pesar de que no sintió temor, esa mirada atemorizaría a cualquiera. Con la intensidad de su rostro y un poco de práctica, podría doblar barras de metal.

Se sentó en una silla, dándole igual qué hacía el policía. Su comportamiento era tranquilo, como si esperara que antes o después la policía tocara a su puerta. Y así fue, la policía lo había encontrado.

Lo que no se esperaba Gildo era la primera frase que soltó ese hombre.

—Han tardado en encontrarme menos de lo que pensaba.

Gildo no se lo tomó como un cumplido.

Se sentó en otra silla, a unos metros del hombre, mientras la mujer los encerraba en esa estancia fría, húmeda y poco iluminada.

—¿Sabe por qué estoy aquí?

El hombre no contestó.

—¿Entonces? —insistió Gildo.

—No me toque los cojones, policía. Los dos sabemos que me busca por la muerte de mi exsocio.

Gildo se sorprendió con esa respuesta, pero al mismo tiempo le gustó la franqueza de ese hombre.

—Efectivamente, estoy aquí por eso.

Simone chasqueó la lengua.

—Visto, ¿qué le había dicho? Me molesta…

—¿Qué le molesta?

—Tener siempre razón.

Gildo levantó las cejas.

—Una respuesta bastante pretenciosa.

—Sí, y sin bastante. Lo es y punto.

Gildo se sacó una ramita de jengibre y se la metió en la boca.

—¿Dónde estaba hace tres noches?

—Directo a la yugular —dijo, y se rio.

Luego, Simone se sacó un cigarrillo e hizo por encenderlo.

—No puede fumar aquí dentro —afirmó Gildo, tajante.

Simone emitió un gruñido.

—Tocahuevos de policía —susurró.

—¿Dónde estaba?

—Aquí. En este hotel de lujo. Puede confirmarlo con la recepción. Pedí un *room service* de huevos de codorniz con caviar, *champagne* y tiramisú de postre —se mofó del policía.

—¿Salió por la noche? —preguntó, serio.

—No podemos salir de este hotel cinco estrellas, por si no lo sabe. A las siete cierran puertas, a las ocho te dan la cena y a las nueve apagan luces. Punto.

Ese tono no le gustó a Gildo. Se quejaba de la obra social que, de forma desinteresada, le daba una cama para dormir, una comida caliente y una cierta seguridad.

Gildo sintió que la persona que tenía delante, con esa arrogancia fruto de una situación complicada, mostraba un narcisismo desbordado.

—Detesto a las personas desagradecidas —dijo sin pensar, aunque el manual de la academia indicaba claramente que no debía decir a un interrogado lo que pensaba de él.

—¿Desagradecido? La vida es una mierda, policía. Despierte. Cuanto antes lo entienda, antes verá la luz.

Gildo sacudió la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Ruggero Vitali, su exsocio?

Simone Trento bufó y levantó la mano con un gesto como diciendo que hacía mucho tiempo.

—No sé, por lo menos unas semanas.

—Cuando vino para el funeral de su hermana.

—Otra inútil.

—¿Inútil? Tengo entendido que le daba dinero para subsistir.

—Mentira. Yo nunca cogí ni un euro de mi hermana. Es más, yo la ayudaba a llegar a final de mes. A ella y a su novia —dijo con desprecio.

—Creo que era al revés.

—Qué va a saber usted, burócrata de pacotilla. Yo le di mucho dinero a mi hermana cuando lo estaba pasando mal. Últimamente, iba algo corto yo, así que le pedí prestado algo de dinero.

—Hablar con usted da la sensación de ver el mundo al revés. Me interesa lo que pasó con Ruggero Vitali. ¿Por qué fue a verlo?

El hombre miró a su alrededor, observando las paredes que estaban llenas de figuras sacras, cruces y fotos de santos. Al fondo, una pequeña librería con volúmenes para los visitantes. La Biblia en varios idiomas, la Divina Comedia, *promessi sposi*, el Quijote y algunos de teología.

—Porque nuestro trato era injusto.

—¿Injusto?

—¡Sí! Porque el tío viajaba con un Mercedes, vivía a todo tren y yo nada, solo unas limosnas cada mes.

—Dos mil euros al mes, en negro, no son limosnas, a mi parecer.

—Claro, para un sueldo de poli, ¿de mil qué? ¿Mil doscientos, mil trescientos? Dos mil euros es una pasta. Pero yo no digo eso, hablo de pasta gansa. Ese tío tenía que estar ganando cincuenta al mes, o yo qué sé. Solo le pedí algo más, tampoco la luna.

Gildo miró la ramita, ya no salía jugo. Ese hombre, con ese discurso, podía convencer a cualquiera que no supiera nada de la historia, pero, por lo que él sabía, Simone era un trilero profesional.

—¿Y él qué contestó?

Simone Trento levantó la mano y enseñó el dedo corazón.

—¡Por aquí, me dijo! —gritó, enfurecido—. Así que ya sabe la historia, y esto es todo.

Dicho eso, el hombre se levantó y se acercó a la puerta.

—No he acabado.

—Yo sí, mi querido policía. Me voy —dijo jactándose, y se giró mirándolo con esos ojos oscuros y hundidos—. Si no tiene una orden de algún juececillo, yo voy a fumarme este pitillo —concluyó, enseñando el cigarrillo.

Gildo no quiso aceptar que la entrevista se había acabado. No tenía sentido lo que decía. A veces, hay personas que se repiten tantas veces las mentiras que se las creen hasta ellas mismas.

Un trilero profesional.

No le hubiera extrañado verlo en cualquier calle concurrida con una mesa y haciendo el juego de las tres cartas. No fallaba. Había jugado con el mismo Gildo.

La situación no le gustaba. Le provocaba urticaria.

Se levantó, decidido a descubrir algo más.

Fue directo a la señora de la recepción, quien solo confirmó que el huésped, Simone Trento, llevaba una semana quedándose todas las noches en el edificio.

—¿Es verdad que no pueden salir por la noche?

—Está prohibidísimo. Si lo pillásemos, sería vetada su presencia aquí.

Gildo dio las gracias y se fue hacia la Vespa. No podía creérselo, ese hombre tenía la coartada perfecta.

«*Porca miseria*», pensó.

No podía hacer gran cosa más. Quizá no era él el asesino de Ruggero Vitali. No debía encasillarse en una persona que no tenía posibilidad de cometer un homicidio.

Así que lo único que hizo fue marcharse. Se propuso ir a dar un paseo por los jardines que estaban delante del Castell Sant'Angelo, comprarse un helado y recopilar toda la información del caso, pero, al dar la vuelta al edificio de la Basílica de San Eugenio que ocupaba una manzana entera, vio algo.

En la calle principal, al lado de la diócesis y justo enfrente de la calle que daba a la parte trasera, había una farmacia.

Frenó de golpe, con el peligro de provocar un accidente. El conductor que iba justo detrás le gritó improperios desde la ventanilla cuando lo adelantó. Pero él, estoico, aparcó la Vespa.

Entró en la farmacia y se identificó. Lo atendió un hombre más o menos de la misma edad que Gildo, con el pelo casi gris y unos mocasines perfectamente brillantes.

Gildo le pidió acceso a las grabaciones de las cámaras de la fachada. El hombre se lo concedió sin problemas.

Retrocedieron unos días y comenzaron a revisar las imágenes a partir de las diez de la noche. El premio no se hizo esperar.

22

Gildo entró en la sala de interrogatorios.

La comisaría del Trastevere disponía de un par. No era muy grande como estructura, pero sí tenía el espacio muy bien aprovechado.

Se sentó en la silla y esperó a que los compañeros llevaran al detenido.

Al salir de la farmacia, había llamado a los compañeros de la comisaría, que fueron rápidamente y arrestaron a Simone Trento para trasladarlo a la central.

La puerta se abrió y el hombre apareció con una asquerosa y repugnante sonrisa. Lo sentaron y Gildo recordó lo que ya había pensado: alguien sin nada que perder es la persona perfecta para cometer cualquier delito o crimen.

—Nos volvemos a ver.

—No entiendo qué es todo este teatro —replicó, manteniendo su sonrisita —. Ya le he dicho que no fui yo, estaba durmiendo.

—Durmiendo, ¡un cuerno! —gritó Gildo tan fuerte que fue como si hubiese dado un puñetazo en la mesa—. Usted salió a las once y tres minutos de la noche por la puerta de detrás de la diócesis. Saltó y se marchó. Y a las dos de la madrugada, regresó, ¿es verdad o no?

El comisario Raffaele Esposito vigilaba el interrogatorio desde el otro lado del cristal. Su expresión no podía verla Gildo, pero era de sorprendido. Gratamente sorprendido, por su trabajo de investigador y por la energía que demostraba en ese interrogatorio.

Gildo intentó calmarse. Sacó una ramita de jengibre, le dio un par de mordiscos y tragó el líquido picante.

Simone se mantuvo en silencio, sin quitar esa sonrisita que tanto le molestaba a Gildo.

—Volvamos a empezar. La hora de la muerte de su exsocio coincide con su salida del edificio. ¿Por qué lo ha matado?

—Se equivoca, yo no lo he matado.

El trilero seguía con su propia mentira.

—No se equivoque. Solo he buscado en ese lugar, pero registraré las cámaras de toda Roma y encontraré exactamente la ruta que tomó. Me apuesto lo que quiera a que llevarán su rastro hasta Torrefazione Sant'Eustachio —dictaminó.

Esperó que dijera algo el detenido. En esa habitación estrecha, Gildo se dio cuenta de cómo olían sus prendas.

—Es verdad, fui a verlo esa noche —confesó con la misma sonrisita—. Pero no lo maté.

El trilero daba un paso hacia atrás. Ese hombre mentía más que hablaba. Lo había demostrado hablando de su hermana, de su coartada, de su exsocio.

—Claro, y yo me lo creo. ¿Por qué lo mató?

—Le juro que yo no lo maté.

—Con todo lo que me ha dicho, esto ya no me lo creo.

—Tiene que creerlo, fui esa noche porque sabía que Ruggero solía trabajar hasta tarde. Lo había hecho siempre. O cantaba o trabajaba. No había más.

—¿Y para qué fue?

El hombre se pasó una mano por la calva. Al bajar el brazo, de su rostro había desaparecido la sonrisa.

—Necesitaba dinero, ya se lo dije. Necesitaba algo más, no mucho, pero algo más al mes y él no quiso. Joder, ¡no quiso! —gritó.

—¿Qué más?

Simone chasqueó la lengua y Gildo apretó la rama de jengibre con intensidad mientras pensaba en su interior: «Venga, confiesa, va. Solo te falta un empujoncito».

—Además, me dijo que dejaría de pagarme los dos mil euros al mes. Eso me hundió. Me hubieran matado. En serio. No podía perder ese dinero.

—¿Quién le hubiera matado?

Simone volvió a chasquear la lengua.

—Mis acreedores. Les debo una montaña de pasta. Los dos mil euros se los llevan ellos. Me los jugué en una partida de póker.

Gildo tuvo un momento de compasión por él. Sin embargo, nadie le había ordenado meterse en esos fregados, ni jugar a las cartas ni apostar a los

caballos. Ya se sabe, es una droga, una enfermedad, una adicción que antes o después lleva a un callejón sin salida.

—¿Por qué dijo Ruggero que no quería pagarle más?

Simone se pasó otra vez la mano por la calva y la aguantó un momento en la nuca, estirando el brazo.

—Quería sustituir la mezcla que estudié yo mismo, con mis propias manos, por una que ya tenía preparada.

—No entiendo, señor Trento, ¿qué es una mezcla de café? —dijo Gildo, y, al formular la pregunta, pensó que eso ya lo sabía, se lo había explicado Marzia, pero dejó que se lo explicara él también.

—No es de un solo origen, como Nicaragua o de donde sea, sino que es una mezcla con un tanto por ciento de Colombia con un tueste, otro de origen con otro tueste diferente, y así se va haciendo hasta conseguir una mezcla perfecta, de autor. Estas mezclas son tremendamente difíciles y él insinuaba que había encontrado una superior a la que hicimos hace años.

—Es decir, que esa noche Ruggero estaba trabajando y le abrió.

—Sí… —afirmó de mala gana.

—¿Y por qué antes no me dijo la verdad?

El hombre refunfuñó antes de contestar.

—Porque yo sé con exactitud que pensará que he sido yo, y yo no he sido. Cuando llegué, estaba vivo y coleando y, cuando me fui, también estaba vivo y coleando. Así que yo no fui.

Gildo sacudió la cabeza.

—Señor Simone Trento, desde que supe que usted existía, solo me han hablado de usted de forma negativa y ofensiva. Nadie me ha hablado bien. Nadie ha usado una media palabra refiriéndose a usted de forma neutra, menos, de forma positiva. ¿Cómo puedo yo ahora confiar en usted? ¿Me lo puede decir?

Simone apartó la cara. Se había quedado sin argumentos. No podía seguir fingiendo. Los indicios eran aplastantes, pero estaba claro que hasta un cierto punto faltaban pruebas.

En ese momento, un ruido se escuchó desde el cristal de la sala.

Gildo sabía lo que era y se levantó.

—De momento, es todo, señor Trento. Queda arrestado como principal sospechoso de la muerte de Ruggero Vitali. Tiene derecho a un abogado y todo lo que se dice en estos casos. Si no lo sabe, el agente que lo acompañará a la celda se lo explicará —dijo, y abrió la puerta—. Pero, vaya, ni más ni menos que lo que se dice en las películas. Feliz estancia, señor Trento.

Dicho eso, cerró la puerta y entró en la sala que estaba al otro lado del cristal.

El comisario cuando lo vio, le palmoteó en el hombro.

—Bravo, Erme… Listo, tenemos al culpable, caso cerrado.

—Hay incongruencias en la historia, lagunas. No creo que tengamos todas las piezas del puzle… —dijo con poca autoridad

—¡Na, na, na! Esto es tema del fiscal. Erme, tenemos al culpable, hacemos el informe y listo. No vamos a dedicar un segundo más a esta historia. No podemos perder más tiempo con esto, ¿me entiendes?

Gildo asintió, pero en su interior no tenía del todo claro el asunto. Ese sexto sentido de investigador le decía que algo se le escapaba de las manos.

—Creo que tiene…

—No creas en nada. Listo. Quiero el informe en mi mesa para mañana por la mañana. Y a otra cosa, me entiendes, ¿verdad, Erme?

Gildo asintió y vio cómo, sin decir nada más, el comisario salía de la sala de interrogatorios.

Se sentó en una silla mientras veía por el espejo cómo un agente se llevaba a Simone con los ojos hundidos y su ropa mal oliente a la celda.

Se metió una ramita fresca en la boca y se quedó pensando.

Tenía ganas de ver a Marzia, de pasar una noche como la de hacía unos días, *pizza* al corte, charlas, risas, un helado y mimos.

Sacó el móvil para enviarle un mensaje y, de repente, en la pantalla apareció un número de un teléfono fijo de Roma.

—Falcone —respondió.

—*Maresciallo,* soy la señorita Caterina Ginepro, ¿se acuerda de mí? —dijo una voz desde el otro lado del aparato antes de toser.

—Señorita Ginepro, claro que sí, ¿qué puedo hacer por usted?

—Quiero pedirle un favor. Un favor personal. Me da algo de reparo —dijo la señora, y dio una calada al cigarrillo—. Pero creo que es necesario. No sé si

me entiende.

23

Sí, Gildo entendía perfectamente a la señorita Caterina Ginepro.

La secretaria de Torrefazione Sant'Eustachio quería volver a su despacho, a su trabajo. No aguantaba más en casa entre esas cuatro paredes con el inútil de su sobrino.

Una vida para esa empresa y ni un día de enfermedad, siempre en el trabajo. Solo se marchaba a buscar tabaco, enviar el correo y comprar productos de limpieza. Para nada más. Una vida dedicada a ese lugar donde se tostaba el mejor café de Italia.

La nostalgia y el sentido del deber la estaban ahogando en casa.

Pidió un favor al inspector Falcone: volver unas horas al trabajo a pesar de estar acordonado por la policía.

Gildo, en un primer momento, pensó que no podía ser.

Luego, ante la insistencia de la mujer, razonó la situación. El comisario daba el caso por cerrado, eso quería decir que quitar los sellos del tostadero era cuestión de días o de horas, dependiendo del juez. Dejar entrar un rato a la secretaria no haría ningún mal.

Le pasó por la cabeza que quisiera hacer desaparecer alguna pista, alguna prueba, pero no le parecía una persona así. No le dio la sensación de que tuviera esa naturaleza la insistencia de la mujer, más bien que era una mujer honrada y leal. Entendiendo cómo era Ruggero Vitali y lo exigente que era, no hubiera conservado a un empleado tanto tiempo sin haberlo quemado o despedido por falta de confianza.

Así que aceptó.

Quedaron en Piazza Colonna, delante del Palazzo de Montecitorio. De allí, caminaron hacia la fábrica.

Hablaron del sobrino, que era como una lapa, y que necesitaba aire, salir de casa, que lo peor era que nadie había hablado con los clientes, que el correo estaría lleno de pedidos y el fax se habría quedado sin papel de tantos mensajes.

Cuando llegaron, Gildo quitó el precinto y ella entró con sus llaves.

El lugar transmitía tristeza. Otra de las razones por las que Gildo había accedido a esa visita no programada fue que él no había vuelto desde que había estado la científica el mismo día del homicidio.

Parecía un lugar abandonado. El templo del buen café italiano, bloqueado por varios días.

—Y pensar que él quiere que cada día se tueste el café —dijo como si Ruggero Vitali aún estuviera vivo.

Y en cierta manera seguía vivo allí. Su espíritu y su legado se respiraban entre esas paredes. Gildo, desde el primer momento, sintió una cierta atracción hacia ese hombre. Le hubiera encantado conocerlo y hablar de gastronomía, filosofar sobre la comida y la vida y, sobre todo, aprender sobre café. Pero no fue así, solo pudo conocer de segunda mano su legado y ver los pocos vídeos en YouTube.

Entraron en el despacho. La tira de papel que había escupido el fax formaba una lengua que daba varias vueltas, ofreciendo una imagen apocalíptica.

—Le encantaba cuando llegaba y veía los pedidos de fax. No le gustaban los *mails*. Le gustaba ese papel. Papel térmico. Lo tocaba, lo olía y se entretenía en cortarme los pedidos uno a uno. A la vieja usanza —dijo la señora mientras abría una ventana para que el olor a cerrado se fuera de la estancia.

La escasa brisa que entraba apenas conseguía aligerar el ambiente, debido a que daba a un patio interno, y el olor a tabaco estaba adherido a los muebles y a las paredes; le recordó a la sala de estar de la secretaria que había visitado el día anterior, vetusto, *vintage* y con un desagradable tufo a cigarrillo, como una sala de ahumado de embutidos.

—Mire, se colocaba allí, en ese escritorio, y usaba el canto de ese mueble para ir recortando los pedidos de la tira. Ahora —dijo, indicando el folio que sujetaba—, le encantaría hacerlo, pero ya no…

Fue la primera vez que esa mujer bajaba el escudo que llevaba, una pizca de sentimiento. No porque no lo tuviera, sino porque no quería mostrarlo, admitirlo, compartirlo.

Gildo asintió, se metió una ramita de jengibre en la boca y miró a su alrededor.

Caterina Ginepro se pasó una mano por la mejilla, sin que lo viera Gildo. Rápida, como si secar una lágrima fuera un pecado y, demostrarlo, una vergüenza.

Arrancó el ordenador. Un viejo Packard Bell con monitor de los antiguos, con tubo catódico incorporado.

Encendió la radio en un canal de música de los años sesenta y setenta y comenzó a aporrear el teclado.

Gildo, al verla, se acordó de los viejos escritores *pulp*. Teclado ruidoso, cigarrillo en la boca y un cenicero repleto. Solo le faltaba una copa de *whisky*, pero eso ya hubiera sido demasiado.

Sin más dilaciones, se había puesto a escribir como si no hubiese un mañana.

Se acercó al monitor y vio una versión de Windows, tan vieja que no la reconocía.

—¿Muchos correos?

Ella despegó la vista del monitor, pero sus dedos ágiles siguieron recorriendo las teclas.

—¿Tiene mucha prisa? —dijo ella con el cigarrillo enganchado a un labio, a punto de caerse.

Gildo sonrió e indicó la puerta.

—Me daré una vuelta.

Ella solo regresó la vista a la pantalla.

Mientras se alejaba, los tecleos se amortiguaban.

Entró en un pasillo que conducía al almacén. Había estado allí la mañana que encontraron el cadáver del maestro tostador. Todo seguía igual, como si el tiempo hubiese congelado ese templo del café.

Caminó entre sacos de yute. Los tocó. El tacto transmitía veracidad, autenticidad, tradición. Ese lugar, que seguramente no había cambiado desde su fundación, era un museo a la tradicionalidad.

Pasó a la sala de producción. La máquina enorme de la torrefacción estaba allí. Delante, unas cintas de la policía la sellaban. Nadie hubiera ido para hacer nada con ello, pero el protocolo de la científica marcaba que se encintara. Con lo fácil que sería arrancarlos.

Vio una pila de sacos delante del tostador y se sentó encima.

Le hubiera gustado un cigarrillo, pero se conformó con el líquido picante del jengibre.

¿Cómo habían conseguido meter a un hombre allí dentro?

El compañero de la científica le contó que un chico de producción le había explicado cómo funcionaba eso. Que se cayera dentro solo no era posible. Además, Ruggero Vitali tenía la base del cráneo rota, por lo que fue premeditado. O eso podía dar a pensar. Luego, fue introducido en el horno.

Pero eso no explicaba nada y, además, había dos temas importantes que había pasado por alto y que eran trascendentales; a pesar de que el comisario estaba empeñado en dar la investigación por cerrada, quería averiguarlos.

24

Gildo, sentado en los sacos de café, se dio cuenta de dos temas importantes que tenía que haber reflexionado antes sobre la dinámica de la muerte.

El primero.

¿Con qué le habían roto la cabeza a Ruggero Vitali?

¿Con la pieza de una máquina? ¿Una piedra? ¿Una herramienta cuneiforme?

Y, sobre todo, ¿dónde estaba el arma?

Si la hubiera encontrado, quizá tendría las huellas de Simone y así podría calmar su alma y no seguiría con esa ansiedad.

Y segundo.

¿Cómo se metía a una persona dentro de ese agujero?

La máquina tostadora tenía una boca por la que cabía un cadáver, sí, pero había que meterlo por la cabeza, seguida del torso y por último las piernas. ¿Cómo demonios se había conseguido?

Se pasó la mano por el pelo, desaliñándolo.

Cogió una goma y se hizo un moño de samurái, como si fuera a su cocina a preparar bocadillos.

Se levantó, dejó encima de un saco la placa y el móvil y echó un vistazo por la sala de producción. El tostador ocupaba prácticamente una pared entera y llegaba hasta mitad de la sala. El resto eran sacos y sacos de café. Una pila de sacos plegados y vacíos. Una báscula tan grande que soportaría un becerro y unos armarios.

Imaginó ser Simone Trento. Hacia los sesenta años, poca fuerza y con una misión: meter a su exsocio en el horno de forma horizontal.

Cogió un saco de yute lleno de café y lo pesó. La báscula marcaba sesenta kilos.

Apartó el sello policial de la boca del tostador y dejó la puerta abierta.

Agarró el saco de café con los dos brazos, como si quisiera abrazarlo. Lo levantó e intentó meterlo en el hueco.

Primero, lo miró a distancia. Luego, lo apoyó por la parte delantera y rápidamente bajó el punto de agarre para meterlo más hacia adentro.

La maniobra resultaba ser mucho más complicada de lo que pensaba.

Comenzó a sudar y el saco se le escapaba. A pesar de que Gildo iba por lo menos dos días por semana al gimnasio y estaba acostumbrado a levantar con la barra pesos considerables, no lo conseguía.

Se puso empapado. La habitación tenía todas las ventanas cerradas y el aire estancado era caluroso.

Apoyó el saco y desistió.

¿Cómo se pudo meter a una persona dentro de ese maldito agujero?

Además, había otra cuestión más importante, ¿cómo conseguían meter el café por ese mismo maldito agujero?

Con una pala tardarían horas.

Y de la misma manera, ¿cómo se sacaba del tostador una vez tostado?

Esa era una gran incógnita.

Cogió el teléfono y llamó al Instituto de Medicina Legal.

—*Pronto*, Carmè, soy Falcone.

Del otro lado del aparato hubo un cordial y directo bufido.

—¿Qué quieres, Falcone?

—Solo hacerte una pregunta. El traumatismo que sufrió el señor Ruggero Vitali en la nuca, ¿sabes de qué material o de qué forma era?

—Falcone, ¿me llamas por esto?

—Sí, ¿por qué?

—Está todo en el informe —contestó, molesto.

—A Carmè, no tengo el informe aquí, por eso te lo pregunto.

—Y yo me pregunto para qué hago los informes si no los lee nadie…

—Ten paciencia, Carmè, venga, dime lo que encontraste.

El hombre siciliano gruñó como un oso que se despierta en su cueva.

Se escuchó un crujido de plástico, parecía una bolsa de patatas fritas. Luego, unas pesadas carpetas que se movían.

—Aquí lo tengo —afirmó—. Sí, vamos a ver. Sí, sí… ¡Sí! El objeto no lo confirmé del todo, pero, seguramente, era metálico y pesado. Encontré unos fragmentos microscópicos de metal en la cabeza.

Gildo dedujo que quizá el asesino pensó que al quemar el cadáver desaparecería toda traza.

—Bien, una pregunta más, ¿de qué color eran las partículas de metal?

Carmelo Zanatta bufó otra vez.

—De color rojo.

—¿Rojo?

—Sí, color rojo tirando a granate.

—Bien, gracias, Carmelo. Me has ayudado mucho.

—No hacía falta que te ayudara, lo tenías todo en el informe. Lee, Falcone. Solo hay que leer —gruñó, y colgó.

Gildo se lo tomó a broma. Sonrió porque sabía que Carmelo tenía razón, pero a él no le gustaba sentarse en un escritorio y estudiar.

Aún sudado por el esfuerzo de meter ese maldito saco en la boca del diablo, echó un vistazo a su alrededor. Buscaba un objeto de metal rojo casi granate y que fuera pesado.

No había nada con esas características. El asesino se lo habría llevado y tirado al Tíber.

Aún quedaba el cómo lo habían metido. Quizá dos personas, como Caterina Ginepro y su sobrino.

Pensó que sería buena idea interrogar al sobrino. No estaría de más.

La confesión de Simone Trento confirmaba su presencia en el tostadero, pero no quería decir que lo hubiera matado él.

Aunque, si alguien está presente en un robo, es un cómplice.

¿Y si Trento no era el asesino, pero sí que sabía quién lo hizo?

¿Y entonces por qué lo encubría?

Cogió de nuevo el teléfono y llamó al comisario.

Este respondió enseguida.

—Erme, ¿qué pasa?

—Nada, comisario, quería preguntarle si esta pobre gente puede volver a trabajar. El tostadero llevaba muchos días cerrado y los clientes se están

quedando sin café. ¿Pueden ir a trabajar mañana? Total, al culpable usted cree que lo tenemos.

—¿Cómo que yo creo? —gritó, furioso—. ¡Lo tenemos y punto! No me fastidies el informe. ¿Ya lo tienes redactado? ¿Estás aquí en tu escritorio, Erme?

Gildo apartó el móvil de su oreja.

Tragó saliva.

—No, estoy en el tostadero viendo unas cosas.

—Necesito el informe.

Gildo se había olvidado completamente del informe. Hubiera preferido cobrar un veinte por ciento menos de sueldo a cambio de no tener que escribirlo. Se lo hubiera encargado a Caterina; con su velocidad de escritura, lo habría terminado en cinco minutos.

—Mañana por la mañana lo tendrá. ¿Podrán trabajar mañana?

El comisario se lo pensó. Incluso le pareció que estaba dando una calada.

—¿Está en el despacho, jefe? —preguntó Gildo.

—Está bien —dijo cambiando de tema—. Levantamos la cinta policial, yo hablo con el juez. Nos vemos mañana por la mañana para tu nuevo caso, lo tengo aquí, mañana te lo explico.

Regresó al despacho de la secretaria.

Caterina Ginepro seguía aporreando el teclado. Cuando ella sintió la presencia del inspector, levantó la cabeza del monitor.

—¿Nos tenemos que marchar?

—Me temo que sí.

—¿Cuándo podremos trabajar?

—Mañana mismo. Hoy no.

La cara de Caterina se iluminó y las arrugas del tabaco por un instante desaparecieron. Tenía que haber sido una mujer muy atractiva de joven, pensó Gildo. Esa expresión espontánea delató lo que quería ese trabajo y cuánto lo necesitaba en su vida.

—Antes de marcharse, me gustaría que llamara a todo el mundo para que volvieran mañana a trabajar.

—Por supuesto —dijo, y levantó el auricular—. ¿Todo bien?

—Sí, claro, solo quiero entender cómo funciona un tostadero de café —dijo Gildo, ocultando en parte sus intenciones.

25

Cerraron la puerta del tostadero y se despidieron.

La mujer volvería a casa en bus, mimetizándose entre turistas y otros trabajadores en una tarde calurosa romana.

Al día siguiente, los empleados del tostadero regresarían casi como si no hubiera pasado nada.

Gildo arrancó la Vespa.

Fue directo al Porco Miseria. Necesitaba trabajar en sus bocadillos. Ellos eran los únicos que, como un efecto terapéutico, le provocaban los mismos efectos que una meditación.

Dieron la tarde libre a Fiorella y Gildo tomó su lugar. Ornella se extrañó y se alegró por partes iguales por tenerlo en el quiosco de bocadillos.

Pasaron las horas de la cena con rapidez. Bocadillos de *porchetta*, una hamburguesa con *porchetta*, croquetas, patatas fritas con mayonesa al *curry* o wasabi o las especiales de la casa con sal de trufa.

En cada pedido, Gildo hacía su numerito pasando los pedidos y enseñando los bíceps a las turistas.

Le encantaba dar forma a sus creaciones, su ejército de hijos crujientes y con salsas.

Llevaba la bandana japonesa, blanca con un punto rojo, que le sostenía el pelo y el sudor. Camiseta negra y delantal tejano.

Disfrutaba al abrir el pan de *focaccia* con romero; crujiente por fuera y tierno por dentro.

Le llenaban los aromas de ese espacio. Era el mejor remedio terapéutico después de un día en el gimnasio y… otra cosa.

Cuando eran las nueve y media, los pedidos bajaron. Solo venían rezagados que buscaban cualquier cosa para comer.

Se abrieron dos birras y se apoyaron contra la barra.

—Quería decirte algo —dijo Ornella.

—Te escucho.

—Verás… A ver cómo te lo digo sin que suene mal o que…

—¿O qué?

—No sé…

—Orni, suéltalo de una vez, ¿quieres? —dijo Gildo, preocupado, esperándose lo peor.

O que se quería marchar del Porco Miseria o que le pasaba algo de salud, vete a saber qué le pasaba.

Ella suspiró y cogió carrerilla.

—Me gustaría pedirte que el martes de la semana que viene vengas tú al Porco Miseria y trabajar con Fiorella porque me han invitado, bueno, me gustaría ir, quiero decir, que me han invitado a una obra de teatro y me gustaría ir —dijo sin respirar, como una ametralladora.

Ornella jadeó, recuperando el aliento de la frase que soltó.

—¿Quieres ir al teatro o te ha invitado un hombre al teatro?

Ella se sonrojó.

—Lo segundo.

—¡Enhorabuena! Es una gran noticia, Orni, cómo me alegro —gritó Gildo mientras la abrazaba y la levantaba.

Le dio una vuelta y la volvió a soltar.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama? Quiero saber *tutto* de él.

—No, no y no. Todo a su tiempo. Cuando haya pasado algún tiempo y si va a más, entonces te diré algo.

Gildo levantó las manos y retrocedió.

—Tú ganas.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Ornella después del primer sorbo—. Me preocupas.

Gildo se temía esa pregunta. No sabía bien qué contestar, ni siquiera si tenía que hacerlo.

Así que se dejó ir.

Primero, se sacó la rama de jengibre que llevaba masticada y la metió dentro de la cerveza para que cogiera un regusto picantito.

—Tenía ganas de hacer unos bocadillos, ya sabes. Y verte, claro está —afirmó mientras acercaba la botella para que ella se la chocara.

—No me lo cuentas todo. Dime la verdad, anda, que te conozco como si hubieras sido mi marido.

Gildo sonrió.

—Bueno, tengo un caso complicado.

Ornella levantó las cejas y se giró, le dio un suave puñetazo en el brazo.

—¿Ves? Te conozco como mis bolsillos.

Él no pudo decir nada, ya que tenía razón.

—Venga, cuenta, ¿tienes ganas de explicarlo?

—Para el comisario, el caso está cerrado, pero no me convence, a quien hemos arrestado es la solución más fácil, más obvia, pero… no sé, no me convence, ¿sabes?

Ella asintió en un primer momento.

—No, no he entendido nada.

—En fin, que la solución no es tan fácil.

—Sí, lo sé, sé a qué te refieres.

Gildo dio un sorbo a la cerveza.

—¿Seguro que no quieres probar con el jengibre? Es como una Coronita, pero en lugar de echarle limón, le metes jengibre. ¡Pruébalo!

A Ornella la recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Ni en broma. No quiero esa asquerosidad.

Gildo se encogió de hombros.

—Dime, ¿qué piensas hacer con ese caso? Porque hacía tiempo que no te veía disfrutar tanto con los bocadillos. Si has venido aquí un día que no te tocaba, es porque es muy grave.

—Quizá me he equivocado al ser investigador de policía. Tenía que haber seguido como chef y nada más. Ni pistolas ni asesinatos ni nada de todo esto.

Ornella sacudió la cabeza.

—Eres un pesado, solo porque se te haya quemado una hamburguesa, no puedes decir que eres un pésimo parrillero. ¿Qué te pasa, Gildo? ¿Qué es lo que te atormenta?

Gildo sintió que Ornella, a pesar de todo lo que había pasado entre ellos, aventuras y desventuras, lo conocía como a un hermano.

Jóvenes e inexpertos, y en la primera relación seria de ambos, se apresuraron casándose. Y luego vino el desenlace inesperado. Pero, aun así, Ornella era como una hermana. Por eso seguía en ese chiringuito de bocadillos, para seguir junto a ella pero de forma diferente.

Y ella había admitido que seguía en el Porco Miseria para continuar juntos como amigos.

—Pues es la dicotomía del policía.

—¿Qué narices dices? ¿Cuántas veces te digo que dejes de tomar tanto jengibre? —afirmó Ornella.

—Escúchame, lo que quiero decir es que he cumplido con mi deber, he encontrado a un culpable. Pero hay algo ahí, en mi pecho, con lo que no me siento bien. He cumplido, y no siento que haya hecho todo lo que debía.

Cuando él puso su mano en el pecho, Ornella se acercó y apoyó la suya sobre la de él. Le acarició haciendo un masaje, como si tuviera un dolor.

—Ya… ¿y entonces? —preguntó sin quitar la mano.

—Entonces, tengo que seguir investigando —dijo, y se dio cuenta de algo.

Una persona los estaba mirando fijamente.

Al focalizar mejor, vio que era una mujer y que los observaba atenta.

Gildo se separó de Ornella para ver quién era. Desde lejos, distinguió la silueta de Marzia iluminada bajo la luz de una farola.

Cuando Marzia vio que la estaba mirando, se dio la vuelta y se marchó en dirección contraria del Porco Miseria con expresión enfadada.

Gildo pensó que Marzia había malinterpretado el gesto de cariño de Ornella. Se quitó la bandana y el delantal y corrió hacia ella con la intención de alcanzarla.

26

Se había levantado un aire fresco por la noche.

Desde el mar, venía una agradable brisita que refrescaba el día caluroso.

Mientras Marzia corría por Viale delle Terme de Caracalla, Gildo la seguía.

La llamó varias veces, sin resultado. La mujer seguía corriendo, sin mirar atrás.

Su pelo, suelto y moreno, se movía en el aire como la cabellera de un caballo bravo al galope.

Gildo tuvo que acelerar el paso para llegar hasta ella.

—¡Quieres parar!

—No, déjame —dijo mientras se detenía, jadeando y sacando la lengua—. Eres un cerdo.

—¿Un cerdo? ¿Pero qué me estás diciendo?

—Gildo, había confiado en ti y eres igual que todos.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—¿Piensas que no te he visto? —gritó, indicando el quiosco de bocadillos.

—Espera, has malinterpretado…

—Eres igual que todos. Ojalá no hubiera ido nunca a cenar contigo y no me hubiera fijado en ti. Maldita sea —gritó, enfadada, más que con Gildo, con ella misma.

Gildo la cogió por los brazos, con intensidad, para que se detuviera y lo escuchara.

—Mírame. Jamás he querido hacerte daño y…

—Pues lo has hecho, has estropeado lo nuestro.

—Espera, déjame hablar. Esa mujer es Ornella, mi exmujer. Es la persona que más me conoce y me ayudó en muchas cosas en mi vida. Es una hermana para mí. Ahora estábamos hablando de mi último caso y quiso estar cerca, ¿lo

entiendes? Además, ya la has visto otras veces trabajar conmigo en el puesto, ¿quién te pensabas que era?

Marzia arrugó el ceño y se quedó quieta.

—¿Cómo dices? —preguntó con un tono que parecía que Gildo le estaba tomando el pelo.

—Sí, Ornella es mi exmujer, nada más. Es compañera del Porco Miseria. Es mi amiga. Yo nunca haría nada a tus espaldas. Me importas, nunca te engañaría.

Marzia cambió su expresión de sorprendida a apenada.

Lo miró con sus ojos marrones de cervatillo perdido. Suspiró y miró profundamente a los ojos a Gildo. Se quedaron en silencio unos instantes y luego ella se le echó al cuello.

—Lo siento. No quería hacerte aquí la escena de celos, pero tuve la sensación de que el suelo se me desmoronaba. Pensaba que me habías dejado por otra, o peor, que te liabas con varias.

Gildo sacudió la cabeza y le cogió la mano.

—Ven conmigo, te voy a presentar a Ornella. Verás, os caeréis muy bien.

Los dos volvieron hasta el Porco Miseria. Ornella ya estaba limpiando. Había puesto una vieja canción de Zucchero.

—Orni, quiero presentarte a una persona.

Ella se giró y, cuando la vio, su mirada primero se llenó de sorpresa.

Luego, su expresión se transformó en una falsa alegría. Claramente, no se esperaba que le presentara a una mujer y menos de sopetón.

—Hola —respondió Ornella, levantando la mano que sostenía el trapo sucio con el que estaba fregando una superficie al lado de la freidora.

—Hola, me llamo Marzia —dijo, alargando la mano.

Ornella se la estrechó con la mano grasienta.

La alegría de Marzia por conocerla se redujo de forma drástica.

—Encantada —dijo a regañadientes.

—Lo mismo digo…

Gildo sintió al instante la tensión y la mala energía que se estaba creando en ese momento.

—Marzia, ¿quieres una cerveza? —preguntó, y ella asintió.

Antes de pedírsela a Ornella y encender más los ánimos, decidió entrar él.

—¿Y qué haces en la vida? —preguntó Ornella.

—Tengo una cafetería, la que está delante de la comisaría del Trastevere.

—Anda, no me digas, lo conociste porque trabajáis enfrente. Qué romántico —comentó con sarcasmo.

—Ornella… —susurró a la compañera.

La conocía y sabía que estaba exagerando adrede.

Una vez que Gildo cogió una cerveza fresca, la abrió y se la pasó a Marzia. Luego, agarró la suya a medio beber y salió.

—Ven, vamos a bebérnosla aquí…

—Adiós, Ornella, mucho gusto.

La otra, sin que la escuchara, gruñó con la boca pequeña:

—El placer solo es tuyo.

—No hace falta decirte que lo siento, Marzia.

—Nada, no era mi intención esta incursión, pero te echaba de menos y… bueno.

Los dos se sentaron de cara al *food truck*.

—Lo tienes de verdad muy bonito —dijo Marzia después de dar el primer sorbo.

—Gracias, es de los dos.

—Digamos que no tiene mucha mano izquierda.

—No, Ornella no se lo ha tomado muy bien. No lo entiendo. Me ha pedido un día para que la sustituya para irse a teatro con un hombre que la ha invitado y ahora me monta este numerito.

Marzia, que había bebido un poco más de la lata, ladeó la cabeza. Tragó, impaciente por hablar, y dijo:

—Es asombroso lo simples que sois los hombres.

—¿Simples? Ella sale con alguien; yo, con otra persona. Estamos empatados.

Marzia rio.

—Creo que deberías leer algún manual de psicología femenina o alguna revista de mujeres. Te vendría bien para tu vida personal e incluso para el trabajo —dijo, divertida.

—No entiendo nada.

—Luego te lo explico, Gildo.

Él se rascó la nuca.

—¿Qué pasa?

—Hoy no puedo.

—¿No?

—Mira, no te he dicho nada porque tengo que escribir el informe del caso. Lo tiene que tener en su mesa el comisario mañana por la mañana; el fiscal y el juez lo esperan.

—Vaya, ¿y no podías haberlo hecho ahora que tienes una ayudante en el Porco Miseria? A esta hora ya lo habrías terminado y podríamos dormir juntos.

Gildo se la quedó mirando, afinando los ojos. Era difícil de explicar, pero lo intentó.

—Entiendo lo que para ti puede ser la lógica de hacer las cosas, pero necesitaba esto. Hacer bocadillos, estar en mi salsa, ver gente, ver cómo los clientes se van con ilusión, ¿sabes? A mí esto me llena de energía. No sé si lo entiendes.

—Sí, perfectamente —dijo Marzia, y a pesar de sentir la mirada de su exmujer clavada en la nuca, le acarició el rostro y él sonrió—. Te entiendo más de lo que crees.

Gildo tuvo un escalofrío.

Se despidieron con un beso, algo separados de la inquisidora mirada de Ornella. Marzia regresó a casa en coche y Gildo fue a limpiar su parte del Porco Miseria.

Cuando acabó, cogió la Vespa y fue directo a redactar el informe policial.

Había silencio en la Via di San Francesco a Ripa, solo interrumpido por alguna televisión de un apartamento cuyas voces salían por las ventanas abiertas.

La comisaría del Trastevere ya estaba cerrada. Sacó su llave y entró.

El edificio dormía en un perfecto silencio.

Le encantaba ese momento. Pocas veces acudía a su despacho fuera de horas de trabajo, y las ocasiones en que lo hacía encontraba un espacio cómodo y favorable al trabajo sin interrupciones.

Lillo no estaba y el comisario tampoco. Eso le gustaba, esas ausencias eran sinónimo de media hora más de trabajo. O dicho de otro modo, salir de allí

media hora antes.

Encendió el ordenador y comenzó a escribir. Le hubiera gustado tener la misma agilidad que Caterina al escribir en el ordenador. Un portento. Un auténtico Speedy Gonzales de la mecanografía.

Le hubiera gustado tener las manos de la secretaria, pero no sus pobres pulmones.

Redactó el informe y, después de casi dos horas, lo concluyó.

Firmado: Gildo Falcone, las 2:19 de hoy. Y puso la fecha.

Lo imprimió, lo repasó y lo dejó en el despacho del comisario.

Apagó las luces de la comisaría y se fue.

Al día siguiente, después de tomarse una cafetera en casa, dirigió su Vespa hacia Torrefazione Sant'Eustachio. Esta arrancaba con su actividad y, a su parecer, con la plantilla entera. Tenía aún muchas preguntas sobre ese caso.

A pesar de que el comisario y el fiscal lo iban a cerrar, Gildo creía que la verdad seguía dentro de esas paredes.

27

Las puertas del tostadero volvían a estar abiertas.

Era una mañana clara, sin una nube en el cielo. Los pocos pasos que dio desde casa de su madre hasta allí invitaban a seguir, a caminar por la ciudad y disfrutar de sus bellezas.

Pero el deber lo llamaba.

El comisario le había enviado un *mail* con un caso nuevo, pero él lo obvió. No mencionaba nada del informe y de su redacción exprés. No es que Er Bufa no fuera agradecido, es que era exigente.

Al llegar a la puerta, un periodista era alejado por los gritos de Caterina.

Llevaba un cigarrillo en la boca, inmune a las posibles fotos y sanciones que le pusieran al establecimiento por fumar allí dentro.

La escena hubiera sido para grabar y colgarla en alguna red social, aporreándolo con el periódico mientras salía del edificio.

No tenía nada en contra de los periodistas, al contrario, eran un gran recurso para la democracia y la libertad de expresión; sin embargo, no consiguió evitar sonreír.

Le recordó a la madre de Teresa. Si su madre era una mujer de armas tomar, la abuela era un general que perseguía a las gallinas por el corral con un rodillo de hacer pasta, para echarles mano y meterlas en una olla. Todo, tradiciones y comportamientos de otra época. Pero su abuela aparecía así en sus descoloridos recuerdos.

Caterina le recordó a ella.

La mujer, al salir y esperar a que se marchara el periodista, vio a Gildo.

No le dijo nada, estaba demasiado cabreada como para hablar.

Así que entró y dejó la puerta abierta. Gildo la siguió y la cerró detrás de él.

En el ambiente algo había cambiado, y mucho. Ya no había el mismo olor de la noche anterior y del día que mataron al fundador. Era diferente, el aroma del tueste del café entraba en sus pulmones. Era agradable y maravilloso. Olía aún mejor que una cocina de domingo, cuando entras y alguien ya ha preparado el primer café del día.

Se detuvo y lo respiró a pleno pulmón.

Esperó a que ella se sentara en su butaca y entonces la saludó.

—¿Mal día?

Ella gruñó.

—Ha acertado —ladró—. Nada nuevo. Es como cuando volvemos de la semana de vacaciones de agosto, pero multiplicado por mil.

Gildo se acercó y se sentó en la silla frente al escritorio.

—Qué raro, el teléfono no suena. Después de estos días, debería estar echando humo, ¿no?

La mirada de ella lo fulminó. Se agachó y, cuando lo hizo, una ceniza larga como medio cigarrillo le cayó en el vestido. Ni corta ni perezosa, la tiró al suelo, dejando una mancha en el vestido, junto a muchas otras.

—Malditos periodistas… —dijo con el cable del teléfono en la mano que había previamente arrancado de la toma de la pared.

Gildo rio por lo bajo.

—La entiendo.

—No, no lo puede entender. Esta mañana echaba humo. Así que he puesto un mensaje en el contestador para que manden un maldito fax o un maldito *mail* —espetó mientras había comenzado a escribir—. ¿Quería algo, *maresciallo*?

—Tengo que preguntarle algo, Caterina, y sé que no le va a gustar.

De repente, el teclado dejó de ser pisoteado por sus dedos y levantó la mirada. Había conseguido su atención.

La Caterina que había visto en su casa y la tarde anterior se había esfumado como uno de sus MS.

—Qué pasa, *maresciallo*. Dispare, no me mantenga en vilo.

Gildo se levantó. Había conseguido captar su atención, cosa que no parecía ser fácil.

—Necesito saber un par de cosas más.

La mujer dio una calada honda y se tiró, literalmente, en el respaldo.

—¿Pero no se ha encerrado ya a ese hijo de puta del exsocio de Ruggero?

—Sí, tenemos a un presunto culpable. Pero, verá, tengo un comisario muy quisquilloso y quiere que siga averiguando cosas, ¿sabe? Para que todo quede atado. El fiscal que le ha tocado es un pejiguero de manual y siempre quiere más datos, más pruebas. Así que por eso estoy aquí —mintió con descaro.

La explicación no la convenció, Caterina era gato viejo, pero, aun así, aceptó y lo animó a que le preguntara.

—Necesito el número de teléfono de su sobrino y dónde puedo encontrarlo esta tarde. Sé que lo llamará y le dirá que se lo he pedido, pero sería bueno que fuera sincero conmigo.

Ella dio la última calada al mismo tiempo que cerraba los ojos. Apagó la colilla en el cenicero que había limpiado esa misma mañana, pero ya estaba que no se veía el fondo, y asintió.

—He sido muy sincera con usted, *maresciallo*.

—No lo dudo, pero el com…

—Claro, el comisario y yo somos gilipollas —aclaró con un tono molesto —. En fin, haga lo que tenga que hacer.

Dicho eso, cogió un lápiz y anotó lo que le había pedido.

—Aquí lo encontrará. ¿Algo más?

—Gracias, sí. ¿Era normal que Ruggero trabajase hasta tarde?

—Solía trabajar solo. No tenía ningún ayudante, que yo sepa. Prefería la tranquilidad de la noche y el silencio.

—Gracias. Otra cosa. ¿A qué hora salió ese día?

—A la de siempre. Sobre las siete, seis y media a lo mejor.

—¿Sabe adónde fue?

La mujer encogió los hombros.

—Yo qué sé. Supongo que a cantar o a visitar clientes. No tengo ni idea.

—Pero usted es la secretaria.

—Sí, pero solo de las reuniones en la oficina y alguna fuera. Y ese día no tuvo nada.

—Entendido. Gracias, señorita Ginepro —dijo, se dio la vuelta, dio un paso y se volvió a girar—. Huele muy bien hoy…

Ella olisqueó el aire, arrugando la nariz.

—¡No huelo nada! —respondió, cabreada.

Era normal, cuando una persona está acostumbrada a oler un perfume, un buen aroma o un mal olor, deja de olerlo. Le pasaba a él en el Porco Miseria; cuando hacían las patatas fritas o calentaban el pan de *focaccia* con romero para el *porco burguer,* dejaba de oler sus aromas.

Sonrió y, antes de que bajara la cabeza, preguntó:

—¿Ha llegado el hijo de Ruggero, Tommaso?

—Sorprendentemente, hoy ha sido puntual. Le habrá caído un tiesto con flores desde alguna ventana —contestó, y escondió de nuevo la cabeza detrás de la pantalla.

Gildo salió de su despacho y fue directamente al hijo, tenía algunas lagunas que quería aclarar.

28

Antes de entrar en el despacho de Tommaso Vitali, mandó un mensaje a la comisaría.

Luca Bariffo tenía, desde hacía un par de días, una misión importante. A pesar de que el comisario dio el caso por cerrado, dejó que Luca trabajara en una lista de *playboys* de la ciudad con una coartada para comprobar.

La lista de amigos de Tommaso Vitali estaba en buenas manos.

La respuesta a su mensaje fue rápida. Luca decía que interrogó en persona, cruzando Roma como un pollo sin cabeza, a todos y cada uno de los amigos.

Todos daban la misma versión de la noche en su casa y que hasta las tantas no se habían despegado del hijo del difunto.

Es más, consiguió las grabaciones del edificio donde vivía Tommaso y comprobó que no había salido en ningún momento hasta la mañana siguiente, alertado por la muerte del padre. El conserje, que vivía en la entrada, lo había confirmado. Desde la puerta, este señor había certificado que solo los amigos habían salido y no habían vuelto durante toda la noche. Y en las grabaciones de la salida de emergencia y del parquin, se podía ver cómo no salía nadie.

Gildo formuló una pregunta obvia.

—¿Y no podría ser que Tommaso Vitali saliera haciéndose pasar por un amigo?

Hubo un momento de pausa para contestar.

—Se lo he preguntado. El conserje los conoce desde hace años y muy bien, por su nombre. Y por la mañana lo vio perfectamente salir por la puerta.

Esa respuesta tranquilizó a Gildo y lo irritó. Era un callejón sin salida.

Dio las gracias a Luca Bariffo y se despidió. A la pregunta de si podía hacer algo más, le indicó que fuera a su ordenador y comenzase a trabajar con el caso que el comisario le había ordenado investigar.

Cerró el móvil y lo guardó.

Levantó la cabeza hacia la puerta que tenía delante, la del despacho de Tommaso Vitali.

Cambió de idea y optó por entrar en el de al lado, el de la viuda del fundador, Lucía Brentani.

Tocó dos veces y esperó a que le diera el permiso para entrar.

—Señor inspector —dijo ella, levantándose—. Un placer verle.

Ella le tendió la mano dando la vuelta a la mesa. Se la estrechó y se sentaron en el sofá él y ella, en una butaca.

—¿Está cómodo, inspector?

Gildo confirmó que lo estaba. Notó que la actitud de la señora con él había cambiado de forma notable. ¿Cómo podía ser que en pocos días hubiera conseguido una tremenda confianza y amabilidad de la viuda? Lo descubrió enseguida.

—Quiero darle una sincera disculpa.

Gildo se sorprendió.

Recordó cómo la definía la secretaria; no la había dejado en una buena posición. Consiguió contener la risa.

—La escucho.

—Cuando le vi, el día que murió mi marido, le dije que había sido su hijo quien le había matado y veo que no fue así.

—Parece que no.

—Ya… —dijo, bajando la mirada, luego la volvió a levantar y cayó en el centro de la mesa donde había botellas de cristal que contenían licores—. ¿Un *whisky*? ¿Una *grappa*?

Él levanto la mano, rechazando la oferta.

—Estoy bien, incluso estaba masticando mi jengibre, arruinando este fantástico aroma.

Ella, con un movimiento coqueto, se sintió halagada.

—Chanel número 5, el mismo de Marilyn Monroe.

Gildo tragó saliva.

—Me refería al perfume a café tostado.

—¡Ah! —exclamó, molesta, mientras giraba la cabeza y se tocaba el cuello.

—En fin, tengo unas preguntas, señora.

—Antes, déjeme darle mi más sincera enhorabuena por haber arrestado al asesino de mi marido. Por la tarde, se abrirá al público el velatorio. Estaré allí, por si quiere pasarse.

—Gracias. Antes quisiera hacerle unas preguntas. ¿Sabía que su marido estaba estudiando una mezcla nueva y que quería dejar la que estaba comercializando actualmente?

Ella sonrió.

—Se iba a llamar Magnum —dijo con tristeza—. Su gran obra. Pero no le dio tiempo a acabarla.

—Ya…

—¿Cómo lo sabe?

—Simone Trento se enfureció el día que Ruggero se lo dijo. Fue la noche que murió. Y hay una incongruencia aquí. Simone afirma que Ruggero ya tenía acabada esta receta y que sería inminente.

Lucía Brentani negó.

—No la tenía acabada. Lleva mucho tiempo y no se hace de la noche a la mañana. Así que imposible. ¡Yo le digo qué ha pasado! Lo que habrá pasado es que Ruggero, para asustarlo le dijo eso, pero la mezcla estaba en pruebas, aún le faltaba. Si no, me lo hubiera dicho.

—¿Y usted probó la mezcla que tenía que ser profética? —dijo, y se le escapó un tono algo sarcástico.

—Hace meses hicimos una cata un domingo y probamos.

—¿Y?

—El resultado, a mi parecer, era extraordinario, pero para él no era lo suficientemente bueno.

—¿Perfeccionista?

Ella bufó mientras hacía un ademán.

—No sabe bien cuánto.

—Ya… —contestó Gildo—. Necesito saber otra cosa, ¿con quién estudiaba esta mezcla?

—¡Solo! —indicó, segurísima—. Él lo estudiaba todo siempre solo.

—Es decir, déjeme que haga un cuadro de la situación. Simone Trento llega a la puerta y llama. Ruggero le abre y, discutiendo, Simone se lo carga. Luego,

lo mete en el tostador y quema el cadáver esperando que el fuego haga desaparecer el cadáver, ¿no?

—Supongo que fue así.

—¿Y no podría ser que Ruggero estuviera aquí con alguien mientras trabajaba?

Lucía se rascó la cabeza. Pensó unos instantes antes de contestar, porque la pregunta tenía cierta miga.

—Creo que no.

—De acuerdo, y, ¿usted sabe cómo funciona la máquina del tueste del café?

La mujer estaba sentada con las piernas cruzadas. Ese día llevaba un traje de falda de un color amarillo con topos lila. Supuso que, antes de ir al velatorio, se cambiaría y se pondría un atuendo más adecuado a la situación.

Al escuchar esas palabras, ella se echó hacia atrás en el respaldo y se puso una mano en el pecho.

—¿Yo? ¿Hacer funcionar ese monstruo que suelta llamas? Ni lo sueñe, ¿sabe la temperatura que hay allí? —dijo como si estuviera hablando de un artilugio del diablo o, peor aún, un dragón que vive en las mazmorras.

—Está bien, ¿y quién sabe cómo funciona el monstruo que suelta llamas?

—Leonardo —afirmó casi con desdén.

—El que está haciendo funcionar el tostadero en este momento.

—Sí, ¿por qué?

—¿Nadie más sabe cómo funciona?

La mujer descruzó las piernas y las volvió a cruzar hacia el otro lado. Apoyó el codo en la pierna y, con tono de profesora, le dijo:

—Es una empresa pequeña. Solo somos los que ve. Leonardo es el encargado del almacén y de producción. Tiene un ayudante que viene media jornada, pero él es el que maneja el cotarro allí dentro, siempre y cuando no estuviera mi marido.

—Entonces, Leonardo es el único que sabe hacerlo funcionar.

—Bueno, Giovanni también, me parece, pero Leonardo es el experto. Si quiere ir a producción, Giovanni está porque Leonardo hoy necesita de una ayuda…

—Entendido —dijo Gildo, y se quedó pensando.

—¿Algo más, inspector?

—Sí. ¿Qué tal la relación de Leonardo con Ruggero?

A ella le resultó extraña esa pregunta y no supo esconder su sorpresa.

—Inspector Falcone, no entiendo cómo puede ser que, teniendo ya al asesino de mi marido en la cárcel, venga aquí a hacer tantas preguntas. No lo acabo de entender —afirmó con un punto de chulería, la misma que tenía el primer día que se conocieron—. No sé qué espera encontrar, inspector.

Entonces, Gildo le dijo la misma excusa que había inventado para la secretaria, que su comisario era muy quisquilloso y quería rellenar algunos agujeros vacíos de la historia.

Así que insistió en que la mujer contestara a la pregunta.

—Supongo que bien. Cuando alguien no le caía bien a mi marido, se le notaba y me lo decía. Leonardo es un buen empleado. Punto.

—¿Tiene usted relaciones sexuales con Leonardo?

—¡No! —gritó, e instantáneamente cambiaron de color sus mofletes—. ¡Qué dice!

—Solo hago mi trabajo —dijo mientras pensaba que había visto de todas las salsas y que eso no sería lo más extraño o bizarro.

Dicho eso, Gildo se levantó y se acercó a la puerta; ella no se levantó y se sirvió un generoso *whisky*.

—Una última pregunta. ¿Sabe si esa noche había quedado con alguien?

—Ya me lo preguntó, inspector —dijo ella con un tono seco, cansada de esa conversación—. Le dije que no.

Gildo asintió y se marchó.

Fue directo a la producción, a conocer a Leonardo y a Giovanni, las piezas del puzle que le faltaban.

29

La noche anterior, el tostadero no olía a tostadero.

Había tomado una sabia elección al guardar el jengibre. Oler ese perfume maravilloso que se extendía por los pasillos era increíble. Pero cuando entró por la puerta de la tostadora, el olor a café explosionó en la cara de Gildo.

Difería mucho ese lugar de lo que había la noche anterior. Era el mismo sí, pero ahora estaba la producción en marcha, en preparación y en cocción.

Gildo sonrió y levantó la mano.

La bestia, la enorme máquina roja burdeos para el tueste del café, estaba en marcha.

Un chico se acercó enseguida con un rostro que transmitía agobio.

—No puede estar aquí. ¿Quién es usted, otro maldito periodista? ¡Váyase! —dijo el chico hasta poner su rostro a pocos centímetros de la cara de Gildo.

Él no se movió ni un milímetro y se quedó firme a pesar de la embestida del chico. Veía tensión y furia en sus ojos amarronados, del mismo color que los granos de café.

Sacó la placa de la camisa, que, para ese día, había elegido de una tonalidad más discreta, en un fondo negro, unas islas con palmeras verdes y unos barquitos de pesca.

El joven lo miró, sin separarse mucho.

—Ah, entiendo —respondió, y tendió la mano—. Soy Leonardo.

El policía se la estrechó.

—Leonardo, ¿qué más?

—Leonardo Baldi, responsable de producción —dijo como si esa definición se encontrara en su DNI y en su pasaporte.

—Inspector Gildo Falcone, encantado.

El responsable de producción, de poco más de treinta años, tenía las manos húmedas. A pesar de que en ese lugar tenía que vivir el mismo diablo debido a la temperatura.

Su rostro era atractivo, con unas facciones marcadas y barba de pocos días. Cabello corto y rizado y una mirada misteriosa. No era nada descabellado que tuviera un ligue oculto con la viuda. No tenía ninguna prueba, pero estaba claro que había visto esa posible relación demasiadas veces.

Leonardo era de complexión delgada. Llevaba una camisa azul y un delantal de cuero. No pudo entender cómo podía estar en ese lugar que parecía la cueva de Belcebú sin una sola gota de sudor.

—Inspector, pero…

—Ya le entiendo. Estoy aquí para rellenar un informe, se lo repito a usted también, se lo acabo de explicar a Caterina y a Lucía, tengo un comisario pejiguero y… Bueno, en fin. Le aseguro que preferiría estar en mi despacho con aire acondicionado que en este lugar.

El chico asintió.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Nada, solo trabajar. Si no le molesta, me siento en un lugar que no estorbe y me quedo a mirar —dijo Gildo, y cuando se acercó el otro chico, le tendió la mano a él también—. Inspector Falcone. Comisaría del Trastevere.

—Giovanni.

—Mucho gusto —dijo con una sonrisa.

Giovanni, que podía tener unos diez años menos que Leonardo, juntó los dedos hacia arriba en forma de piña y los movió un par de veces arriba y abajo. De sus labios, salió un susurro que solo Leonardo escuchó.

—¿Qué quiere este poli?

—Yo qué sé. Sigamos, que tenemos mucho trabajo.

Dicho eso, los dos regresaron a los quehaceres que estaban realizando antes de que apareciera Gildo.

Se sentó encima de una pila de sacos de café sin tostar al fondo de la sala de producción. Allí creía que no molestaría y que no daría problemas.

Cruzó las piernas y sacó una rama de jengibre, necesitaba un chute del líquido picante. Después de un rato en esa estancia, el calor se estaba

intensificando y ese aire estaba tan cargado de café que respirarlo involuntariamente sería como ingerir cafeína.

Mientras los veía moverse en ese espacio con cierta familiaridad, recordaba que solo hacía pocos días antes, o mejor dicho, pocas noches, allí mismo se estaba produciendo un asesinato.

Ruggero Vitali, el fundador, estaba siendo quemado donde ahora se estaba tostando el café.

Pensó que la mejor limpieza que se podía hacer era con el mismo fuego, que purifica, limpia y desinfecta todo a su paso. El fuego restablece los valores y las condiciones anteriores.

Mientras pensaba, los dos chicos seguían su proceso y Gildo se centró en ellos.

Mientras Giovanni metía en sacos más pequeños los granos, Leonardo, como buen experto, controlaba el tueste de la partida de granos que estaba dentro. Eso era una cadena de producción.

El gas entraba a presión y creaba una llama dentro de la máquina del tueste. El fuego, esparcido por todo el tambor de la máquina, permitía un tueste homogéneo del grano de café.

Toda la máquina estaba tapada por la puerta que se encontraba cerrada. Solo se podía ver lo que sucedía en el proceso interno por una mirilla, por la que Leonardo miraba para cerciorarse de que el grano tuviera el punto perfecto de tueste. Cuando el joven creía que se estaba acercando al punto idóneo, sacaba una pequeña muestra con una especie de varilla roja y metálica con una especie de cuchara en el extremo que permitía ver cómo iba el proceso. Lo hizo un par de veces. A la segunda, decidió que debía estar al punto y comenzó el proceso de descargar la máquina. Los granos se descargaron gracias a una compuerta y una palanca sobre una rueda metálica. Unas aspas permitían que el café se fuera refrescando y se detuviera la cocción.

Gildo permanecía extasiado viendo ese procedimiento. Se había dado cuenta de que había ruidos nuevos en ese espacio que no existían la noche anterior. Un silbido y traqueteo, este último al descargar la máquina, terminó y dio paso a un tercero, que era el café arrastrado en la rueda horizontal para que se enfriara.

Giovanni, que había acabado de guardar el café de la tanda anterior, comenzó la misma operación con el café que recién salía de la barriga de la bestia.

Leonardo se acercó con una máquina a Gildo. Cuando lo tuvo delante, se extrañó.

—¿Le molesto?

—Tengo que coger un saco —dijo Leonardo, indicando la pila.

Con todas las columnas de café que estaban a su disposición, Gildo se había sentado en la que necesitaba Leonardo. Observó la máquina que llevaba. Era un brazo alto, de un metro y medio, con unas patas con ruedas. Se movía al empujarla, muy simple: una polea, una cuerda metálica y una manivela que permitía subir y bajar la cuerda.

Gildo se apartó y Leonardo agarró el saco que pesaba unos sesenta kilogramos. Lo levantó y se lo llevó. Gildo se sentó en otra columna de sacos igual de alta que la anterior. Incluso más cerca para ver qué se hacía ahora con el saco.

Leonardo abrió la boca de la máquina, cabían varios sacos, pero, por algún motivo, hacían solo uno por tanda. Una vez abierta la compuerta de la bestia, acercó el saco con la máquina. Cogió un cúter y realizó un corte de punta a punta en la parte superior. En pocos segundos, el café llenó el tambor. Leonardo apartó la estructura de dos ruedas y cerró la puerta. Abrió un grifo y el silbido se volvió a escuchar con intensidad. Era el gas, que entraba para crear la flama para el tueste.

Luego, cogió el saco cortado y lo dejó en otro montón de bolsas vacías. Guardó la estructura con ruedas en otra estancia contigua.

Gildo entendió el proceso a la perfección.

Cómo entraba, cómo salía y qué hacían después con el café.

La producción continuó hasta primeras horas de la tarde. Cuando tostaron un saco de cada tipo de café, apagaron el silbido, es decir, el gas.

De repente, un pitido en sus orejas tomó protagonismo y se dio cuenta de que había sudado tanto que su camisa floral estaba empapada.

Giovanni pasó la escoba por todo el suelo y Leonardo, con una libreta que recordaba las de los contables de antaño, apuntó lo que se había tostado y producido en el día.

Durante todo el tiempo, tanto Leonardo como Giovanni lo iban controlando, lanzándose miraditas que llevaban de forma disimulada el pensamiento de: ¿por qué nos está estudiando tanto este policía?

Gildo se levantó y se acercó a Leonardo.

—¿No ha comido?

—Comeré algo ahora. Algo ligero, ya es tarde —respondió Leonardo.

—Tengo una idea, hay un par de preguntas que quiero hacerle, ¿qué le parece si comemos algo juntos?

Leonardo lo miró con perplejidad, pero aceptó, no creyó que tuviera muchas más alternativas.

30

En una calle lateral a Torrefazione Sant'Eustachio, encontraron un horno de pan abierto.

Tenía una barra con cuatro taburetes para degustar allí mismo lo que vendían.

Leonardo cogió un par de cortes de *pizza* con setas y jamón york y para beber, una bebida de cola. Gildo, una *focaccia* de romero y una porción de *pizza*. Para beber, una cerveza.

Abrió en dos la *focaccia* y olió la masa.

Metió la nariz entre las dos láminas y le pareció que el aroma era delicioso.

—Es usted algo diferente, ¿verdad, inspector?

—¿Lo dice por la *focaccia*? Es de masa madre.

Leonardo dio el primer bocado a la *pizza*. Por la forma en que lo dio, se notó que estaba hambriento.

—No, por cómo nos ha estudiado esta mañana en producción.

—Como le dije, tengo que hacer un informe y debo tener claros los procesos. El fiscal asignado a este caso es muy tocahuevos. Y perdone la terminología —dijo en su defensa Gildo.

—Gracias por la invitación.

—Un placer —respondió Gildo, ya con la boca llena—. Imagino que irá al velatorio esta tarde.

Leonardo bajó la vista, se quedó mirando el corte de *pizza* que sujetaba hasta que tragó el bocado. Luego, bebió de la cola.

—Sí, iremos todos los del tostadero.

Gildo asintió. Y antes de dar otro mordisco a la *focaccia*, le preguntó.

—¿Qué tal Ruggero Vitali?

—¿En qué sentido, inspector?

—Me refiero a qué tal era vuestra relación.

Leonardo se encogió de hombros.

—No sé, de trabajo. Nos respetábamos, supongo que le gustaba cómo trabajaba. Llevo muchos años con la producción. Me lo explicó todo.

—Todo, ¿qué es todo?

En el horno entraban adolescentes y padres con niños a buscar la merienda. Ese horno, en una calle secundaria, tenía un tránsito de gente no indiferente. El olor que salía de la parte trasera y el continuo horneado de planchas de dulces o de *pizza* embriagaba a los que entraban.

—Pues los trucos de este trabajo. Cuando él se iba, me dejaba solo con la producción.

—Era su chico de confianza.

—Eso es.

Gildo asintió. Dio otro mordisco y preparó la siguiente pregunta.

—¿Usted conocía al exsocio de Ruggero, Simone Trento?

Leonardo se lo pensó un instante.

—Creo que no, quizá vino hace tiempo y no me acuerdo, no se lo podría jurar.

Gildo asintió.

—¿Nunca le habló Ruggero de él?

Leonardo negó mientras acababa de comer el último trozo de la primera *pizza*.

—Entiendo. Y otra cosa, ¿en qué punto dejó Ruggero la nueva mezcla de café?

—¿Cómo dice?

—Sí, la nueva mezcla que estaba estudiando.

Leonardo se lo pensó un segundo antes de contestar. Dio la impresión de que iba a esconder algo, porque las otras respuestas fueron mucho más espontáneas.

—Ruggero tenía sus proyectos muy reservados. No me decía nada.

—Entiendo. Así que no sabía nada sobre dejar de producir la mezcla de siempre y sustituirla.

Leonardo encogió los hombros y Gildo asintió.

—Bien. Otra cosa, Leonardo. ¿Qué tal la relación de usted con Lucía?

El chico se volvió de color rojo. Tragó la *pizza* y se apresuró a responder.

—La señora Lucía es la mujer de Ruggero. ¿Por qué?

—No sé, ¿cómo es con el trato de cerca o de muy cerca…?

Leonardo bajó la mirada.

—No le entiendo.

—Sí, verá, le seré más directo y se entenderá mejor. ¿Se acuesta con la mujer del jefe?

Leonardo seguía de la misma tonalidad enrojecida.

—Pero verá… Es decir, es que no lo…

—¿Sí o no?

—¿Qué tiene que ver con lo que le ha pasado al pobre Ruggero?

—Vaya, entiendo —afirmó Gildo con un tono algo decepcionado.

—No, no. ¿Qué ha entendido?

—Que se la cepilla, ¿qué quiere que haya entendido? —respondió Gildo.

—Bueno… —dijo Leonardo mientras se rascaba la cabeza—. Mierda, no quiero problemas, ¿vale? —insistió mientras Gildo asentía y lo miraba fijamente sin perderse ni un detalle de esa escena.

Entonces el responsable de la producción siguió bajando el tono después de mirar a su alrededor

—No cuenta una vez, ¿verdad? Eso no cuenta. Los cuernos son cuando algo es reiterado. Ese no es nuestro caso. Solo fue una vez.

Gildo tragó saliva e hizo acopio de toda su paciencia.

—No soy experto en eso, pero creo que con una vez ya se considera adulterio, ¿sabe?

—No, yo creo que no. Fue solo un desliz. Banal, insignificante. No se tiene que considerar, no hay que tenerlo en cuenta.

—En fin, lo que usted diga. No entra en mis obligaciones calificar a las personas, eso es del juez. Y solo hago mi trabajo de investigar.

—No, no. Espere. No va a poner esto en su informe, ¿verdad?

—Pues claro.

Leonardo dejó la *pizza* y se pasó la mano por la cara.

—No, me va a arruinar.

—No se preocupe, solo es interno, nadie lo sabrá.

—Da igual, es mejor que no lo ponga.

Gildo lo miró con perplejidad, casi con pena. Esperó unos instantes antes de seguir.

—Si no es transcendental, no lo pondré.

—¿Cómo? No le entiendo.

—Si no es estrictamente necesario, no lo pondré en mi informe —aseguró.

Al escuchar esas palabras, el joven se alivió.

—Tengo más preguntas.

—¡Diga! —respondió, ya con ansiedad en su tono.

—¿No va a acabar su *pizza*? —dijo Gildo, indicando la media porción que le quedaba.

—No, se me ha quitado el hambre.

—Qué lástima, mi madre le diría que usted come como un hámster.

—¿Cómo dice?

—Déjelo, es igual. Por cierto, dígame una última cosa, ¿dónde estaba usted la noche del asesinato?

La pregunta lo sorprendió más que la de la insinuación del *affaire* con la jefa.

—No sé, ¿qué tiene que ver esto? Ya tienen al culpable, ¿no?

—Lo sé, es porque mi jefe…

—Ya, ya me lo ha dicho cinco veces, déjelo. En fin, estaba en casa.

—Estupendo. ¿Alguien podría ratificarlo?

Se lo pensó unos segundos.

—Sí, por supuesto, mi novia.

—¡Ah, fantástico! —respondió Gildo, entusiasta—. ¿Podría indicarme su número de teléfono y dónde localizarla?

Leonardo no se creyó lo que le estaba diciendo.

Gildo tuvo que insistir varias veces, pero al final, después de prometerle que a Valeria no le diría nada del desliz con la jefa, le dio el teléfono.

Se despidieron allí mismo. Leonardo tenía que ir a casa, cambiarse y acudir al velatorio de su jefe con el resto de la reducida plantilla de Torrefazione Sant'Eustachio.

En cambio, Gildo se fue a hablar con el sobrino de la secretaria. Necesitaba hablar con él para tener una visión más completa de la situación.

Lo llamó y quedaron cerca de su trabajo.

31

Alberto Ginepro iba vestido de barrendero.

Comenzaría el turno de la tarde en breve y quedaron en un punto medio entre la comisaría y la central de la empresa que gestionaba las basuras en Roma.

El hombre se notaba que llevaba varios días sin ducharse. Prefirió tomar un café en una terraza para que no resultara tan fuerte el olor.

Recordó las palabras de Caterina cuando lo tuvo delante hablando con el camarero.

«Pues mi sobrino sería el abanderado y Tommaso, el capitán de la selección nacional de chupópteros».

Seguramente, era verdad, pero allí estaba, de todas formas, intentando trabajar.

El camarero se fue, algo desesperado, por la indecisión del cliente.

—Alberto, ¿a qué te dedicas?

—Limpio Roma.

A Gildo le gustó la respuesta y sonrió.

—¿Es una placa de verdad? ¿Puedo verla?

A Gildo no le gustaba que toquetearan su placa, pero le pareció que estaba delante de un chico de doce años.

Se la sacó de la camisa y se la dio.

—¡Qué bueno! Parece como las que salen en la tele, de los polis americanos.

—¿Te gustan las pelis de policías?

—Sí, y de los malotes.

Gildo tendió la mano para que se la devolviera y así hizo.

El camarero llevó un café para Gildo y un té frío para Alberto.

—Alberto, necesito saber una cosa. Hace cuatro noches, ¿dónde estabas?

Alberto dio un ruidoso sorbo al té y cerró un ojo mientras con el otro miraba al cielo.

—Estaba trabajado, claro. Sí, eso, trabajando. ¿Por qué?

—No, nada, quería saber dónde estabas. ¿Y dónde trabajaste esa noche?

—Pues todas las noches hacemos la zona norte, lo llaman el distrito cuatro. Desde… —dijo Alberto, y enumeró las calles exactas que se sabía el chico.

—Te las sabes bien.

—Llevamos más de tres años haciendo lo mismo.

—¿Y cómo trabajas, vas solo o acompañado?

—Tengo a mi compañero, Mario, que conduce el camión y es mi encargado. Vamos por las calles, él sabe por dónde, nos paramos y yo recojo toda la basura y la tiro al camión. Fácil, ¿no?

Gildo asintió.

—¿Y Mario estaba contigo ese día?

—Sí, estaba conmigo, claro.

—¿Nunca te ha hablado de Ruggero Vitali tu tía?

El joven bebió de nuevo el té frío y se lo pensó.

—Muchas veces.

—¿Y qué te contaba?

—Bueno, que era un muy buen jefe y tal. No sé.

—Y tu tía, ¿estaba contenta con su trabajo?

—Pues claro, es que es una obsesa del trabajo. Sale muy pronto y vuelve muy tarde. Debería trabajar menos. Mírame a mí, yo hago cuatro o cinco horillas y listo. Y vivo de puta madre.

Gildo entendió que esa frase formaba parte de la definición de chupóptero. El mínimo trabajo y el máximo chupar de los demás. No obstante, quería que los demás dejaran de trabajar y vivir gratis en casa de su tía, ya que los padres lo habían echado de casa por ser un nini.

Gildo no había ido ni para juzgar ni para resolver la situación de ese chico.

Tenía la información que necesitaba y, después de seguir hablando con él para que acabara de tomar su té frío, Gildo se levantó.

Le dio las gracias por su tiempo y dio por finalizado ese casi interrogatorio.

A partir de allí, decidió que era hora de ir a conocer a la novia de Leonardo, Valeria Fippo. Necesitaba confirmar que el jefe de producción de Torrefazione Sant'Eustachio estaba en casa y que no había ido a ninguna parte, tal y como decía él.

A partir de allí, comenzaron las sorpresas.

32

Valeria Fippo trabajaba como dependienta en una tienda especializada en carcasas para móviles en un centro comercial de las afueras de la ciudad.

A Gildo le costó llegar hasta allí en Vespa, pero tuvo todo el tiempo de pensar en qué punto estaba de la investigación.

Consideró que se encontraba en un punto indeterminado. No sabía si estaba más cerca o más lejos de cuando había comenzado. A pesar de que parecía una paradoja, tenía una visión más general de la situación, pero no tenía claro ni el culpable de la muerte de Ruggero ni el porqué.

El arresto de Simone Trento fue la vía más rápida para cumplir el expediente y dar el carpetazo. Un nuevo caso lo estaba esperando y había puesto a Luca en ello.

Justo cuando salió del bar donde tomó un café con Alberto, el sobrino de Caterina, pidió al joven investigador varias cosas. Tenía que llamar a la empresa de gestión de residuos y comprobar que Alberto Ginepro estuvo trabajando por la tarde noche con su responsable, un tal Mario.

Después, le dio el número de teléfono de Leonardo Baldi para que hiciera una segunda tarea de comprobación. Necesitaba saber si el móvil del responsable de producción no se había movido de su domicilio. Luego, le dio el número de Lucía Brentani y el de Tommaso Vitali para que hiciera la misma comprobación. La geolocalización podía ser una pista, pero no era una prueba fehaciente. Luca se puso enseguida en acción para conseguir la información que Gildo le había pedido.

Mientras Gildo se desplazaba hacia el centro comercial, pensó en la mañana. Había estado estudiando todos los procesos de la producción. Fue apasionante para él y, además, consiguió tomar unas conclusiones interesantes.

Caterina Ginepro lo más seguro era que no hubiera sido ayudada por su sobrino, porque en teoría tenía que estar trabajando. Ni Tommaso ni Lucía, en teoría, podían estar allí. Entonces, ¿quién había matado a Ruggero Vitali?

Fue la primera vez que una tremenda sensación lo alcanzó. Quizá se equivocaba. Se equivocaba porque Simone, a pesar de todo, podía haber sido el autor material del asesinato. Tenía una motivación, estaba esa noche en la escena del crimen y todo cuadraba. Gildo se asustó y se dio cuenta de que incluso había reducido la velocidad de la marcha. Al darse cuenta de nuevo, apretó el puño y volvió a poner la Vespa a toda velocidad para ir al siguiente encuentro.

Sentía que perdía el tiempo, aun así, Gildo tenía que concluir lo que había empezado.

Aparcó la moto clásica en el primer piso del aparcamiento, a cubierto y protegida del sol que a esa hora aún apretaba.

Subió por las escaleras mecánicas y se abrió delante de él un centro comercial en el que nunca había estado. En esa zona del sur de Roma, no había tenido nunca la ocasión de pasarse. Era una estructura amplia y con un techo altísimo con claraboyas y vigas de madera que iban de un lado al otro.

A su derecha, había un hipermercado y, a la izquierda, una serie de tiendas que formaban una galería.

En una de estas, cerca de la salida de la escalera mecánica, estaba la tienda donde trabajaba la novia de Leonardo, Carcasología.

Se presentó en la caja y ella misma lo atendió.

—¿Valeria? Soy el inspector Gildo Falcone. ¿Podemos hablar?

Ella se sonrojó enseguida.

Pidió que una compañera la sustituyera y se sentaron en un banco delante de la tienda.

—Ha sido un duro golpe para Leonardo, la muerte de Ruggero —dijo ella con un tono amargo.

—¿Sí?

Ella asintió mientras se miraba las manos.

—Ha sufrido mucho y se ha alegrado de que ya lo hayan cogido.

—¿A quién?

—Al asesino.

—Ah, claro, cierto. ¿Dónde estaba esa noche? Me refiero a Leonardo.

—En casa, conmigo. Nos quedamos dormidos mirando una serie que nos gusta. Me acuerdo porque ese día emitían dos capítulos nuevos y nos dormimos. Luego tuvimos que volver a verlos al día siguiente —dijo ella sonriendo, sin dejar de mirar sus manos mientras jugueteaba con un anillito que llevaba un corazón grabado.

A Gildo le dio ternura esa chica. Tenía el pelo moreno y unos generosos mofletes rosados. Parecía una chica normal, la típica buena chica que todos desearían para su hijo. Esa persona le gustó, le transmitía tranquilidad y sinceridad.

—¿Cómo era la relación entre Leonardo y Ruggero?

Ella se colocó un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Era como un padre para él. Leonardo no tuvo padre. El suyo murió cuando él tenía pocos años. Lo crio la madre y un par de parejas que tuvo. Cuando conoció a Ruggero, se enganchó mucho y le explicó los secretos de la torrefacción del café. Estaba entusiasmado y feliz.

—Habla en pasado, ¿qué ha ocurrido? ¿Ha dejado de ser feliz, ya no le gusta el trabajo?

Ella suspiró y tragó saliva.

—Bueno, hace meses que Leo ha cambiado, no sé, está más distante, más infeliz, menos él. No sé. Aunque él dice que está igual, no es verdad. Yo lo veo diferente.

Gildo la escuchaba con atención. Se había incluso girado hacia ella. Sacó una rama de jengibre y le dio un mordisco rápido.

—¿Qué puede haber sucedido?

—Leo dice que lleva toda la producción y que quiere un incremento de sueldo. No sé si puede ser algo relacionado. Podría haber tenido una discusión con Ruggero, pero no lo sé, Leo es hermético para ciertas cosas.

—Entiendo —dijo Gildo, y luego se giró hacia la tienda de las carcasas. Había solo una clienta que miraba con avidez una con brillantitos en la parte trasera y el color perfecto para su móvil—. Valeria, permítame hacerle una pregunta personal.

La mujer, que solo levantaba la mirada de sus manos para ver cómo estaba su tienda, asintió.

—¿Le ha pegado alguna vez Leonardo?

La mujer fijó la mirada instantáneamente en el inspector.

—¡¡No!! ¿Por qué me dice esto? —soltó en un grito ahogado.

La respuesta no fue sincera. Esa respuesta no le gustó. Su reacción no había seguido el mismo patrón de sinceridad con el que ella había respondido hasta el momento. Fue distinto y llamó la atención del inspector.

—No estoy aquí para juzgar, señorita Valeria, sino para aclarar los hechos.

—¿Los hechos? ¿Qué hechos? Pensaba que ya estaba resuelto. Me ha dicho Leonardo que ya han metido entre rejas al culpable, ¿no?

Gildo no quiso contestar, ni tampoco decir una mentira a esa chica.

—Oficialmente, está arrestado un varón que parece ser el culpable. Pero hasta que el juez no lo determine, es inocente.

La chica levantó la mirada de sus manos, aunque siguió jugueteando, nerviosa, con su anillo.

—Está aquí porque no está seguro de que… —insinuó la chica.

El inspector vio cómo en los ojos oscuros de la chica se podía leer la inteligencia y la preocupación que nacieron en su interior.

Entonces fue él quien bajó la mirada. Dio una mordida al jengibre y tragó el líquido picante.

—¿Me permite ser sincero, señorita Valeria? —preguntó, y ella, mirándolo fijamente, asintió—. Bien, gracias. Me temo que la persona que está en la cárcel no es quien ha matado a Ruggero Vitali. La estoy buscando. Y es usted la primera persona a quien lo confieso. Ni siquiera mi jefe lo sabe.

La chica arrugó la frente y sacudió la cabeza.

—No entiendo, ¿por qué me lo dice a mí?

—¿No lo entiende? Porque una de las personas que en potencia puede haber matado a Ruggero es su novio.

Esa afirmación le sorprendió hasta a Gildo. No se lo había confesado a sí mismo. Pero eso no fue lo peor, sino la expresión de la chica. Primero, fue de rabia, de injusticia, luego, se puso una mano delante de la boca, con miedo en sus ojos.

—¿Leonardo? Pero él estaba conmigo en casa esa noche —afirmó como si ahora fuera ella quien necesitara que el inspector le confirmara que la coartada era fiable.

—Usted dormía… —respondió mientras se encogía de hombros; luego, respiró y apoyó su mano en la de la chica—. Está bien. Espero que no cunda el pánico. Haga como si no le hubiera dicho nada.

—Pero ya me lo ha dicho.

Esa respuesta, junto a la reacción de la chica, estaba alimentada por algo que Gildo no podía comprender. Algo había, algo tenía que estar debajo que azuzaba esos ojos asustados.

—Necesito que me responda a una pregunta más. ¿Leonardo le contó que estaban preparando una mezcla nueva?

—¿Una mezcla?

Gildo asintió y le explicó a qué se refería. La famosa mezcla de café que Ruggero quería cambiar para dejar de pagar a Simone una cuota mensual.

—No, nunca me dijo nada de eso —respondió con absoluta convicción—. Leonardo me lo hubiera explicado si la estaban haciendo —dijo, defendiendo a su novio.

—Está bien. Por favor, manténgame informado si hay algún cambio o ve algún comportamiento extraño en Leonardo en estos días, ¿quiere?

Ella, sin acabar de entenderlo del todo bien, asintió. Gildo le dio las gracias y ella regresó a la tienda. Pero esa vez su expresión era desorientada, separada de la realidad. La visita del inspector había dejado una marca, había creado una brecha en el interior de Valeria. La duda es un gusano que carcome la mente y la seguridad que uno cree que tiene.

33

Al día siguiente, una llamada le hizo atragantarse con el café a Gildo.

El pitido de la cafetera de cada mañana fue interrumpido por la vibración del móvil sobre la encimera. No tenía muchas ganas de contestar, pero cuando vio que era el comisario, las ganas descendieron a niveles bajísimos.

—Falcone.

—*Pronto*, Erme, ¿dónde narices estás?

Al escuchar esa pregunta, el investigador miró el reloj de pared de la cocina. Las agujas marcaban las siete y media.

No tenía ningún sentido esa pregunta, su trabajo empezaba a las ocho y media o a las nueve. A esa hora, además, el jefe nunca había llegado a comisaría.

—En casa, haciendo un café, comisario. ¿Todo bien?

—Todo bien para nada. ¿Qué estás haciendo? Me han dicho que todavía sigues investigando el caso del tostadero —gritó el comisario.

Gildo se apartó el teléfono, era consciente de que antes o después esa llamada llegaría.

—¿Le importa que vaya a hablarlo en persona? —dijo, y se dio cuenta de que su cerebro aún no estaba del todo despierto.

Le había confirmado al comisario que estaba llevando a cabo investigaciones fuera de sus instrucciones. Eso al comisario no le gustaba. Y como todo hombre cascarrabias, con el tiempo, su carácter iba empeorando; el día que lo conoció no era tan gritón ni tan explosivo.

Consiguió que le concediera el tiempo de vestirse e ir a la comisaría. Le colgó con un gruñido y Gildo dejó el móvil en la encimera. Se vertió una tacita de café y, al beberlo, se olvidó de lo caliente que estaba. Se atragantó pensando

en el comisario. Por poco no se ensució la camisa de flores que ese día se había puesto: fondo negro, hojas de palmeras turquesas y flamencos rosas.

Arrancó la Vespa y se metió en el caótico tráfico de Roma. Aceleró para intentar pasar en amarillo debido a la prisa que le había puesto en sus venas el comisario y, al ver que no conseguiría pasar, frenó.

La mano izquierda apretó con toda su fuerza la maneta del freno. Pero algo fue mal.

El freno delantero dejó de funcionar y la Vespa no redujo la velocidad como esperaba. Solo funcionaba el freno de atrás. Mientras Gildo se acercaba peligrosamente a la línea del semáforo, el tráfico en las dos direcciones laterales había comenzado.

En los pocos centímetros que faltaban hasta la línea, Gildo no pudo accionar más la maneta del manillar porque había perdido resistencia. Solo le quedó el pedal de la rueda trasera. Clavó el pedal y la rueda se bloqueó, dejando una marca en el suelo, apoyó un pie e intentó frenar también con la zapatilla.

La Vespa se detuvo a medio metro por fuera de la línea. Cuando Gildo levantó la cabeza, un camión de reparto de Correos llegaba directo a aplastarlo como una cucaracha.

El camionero, gracias a una hábil maniobra, pudo esquivarlo por pocos centímetros. Una vez pasado, escuchó la bocina sonar hasta que el camión se perdió entre el tráfico que seguía por la avenida.

Gildo retrocedió con los pies. Poco le faltó para ser atropellado.

¿Qué había pasado?

¿Cómo se había roto el freno?

Empujó la Vespa hasta el arcén antes de que regresase el verde en el semáforo.

El tráfico se reanudó mientras él se quedaba mirando a su vieja compañera de viajes. No tuvo más remedio que llamar a la grúa del seguro, que lo llevó hasta el taller de Arcibaldo.

Al bajarla, el viejo amigo que siempre le llevaba la revisión de la vieja moto se sorprendió de verlo.

—A Gi, tenías que venir después del verano, ¿qué te ha pasado?

El policía le explicó lo que le había sucedido llegando al semáforo.

—Menudo susto, ¿no?

—Puedes imaginártelo. Un camión de Correos casi se me lleva por delante.

El hombre rio.

—¿De qué te ríes?

—Y luego dicen que el correo nunca llega a tiempo, casi llega a tiempo para enviarte al otro barrio.

—Muy gracioso, Arci —dijo, sarcástico, Gildo—. ¿Qué puede haber pasado?

El viejo mecánico se agachó para revisar la moto. Llevaba un mono de trabajo de tela vaquera que ya era negro por las capas de grasa de motor que llevaba encima.

Estuvo mirando los frenos delanteros poco menos de un minuto. Luego, señaló un manguito.

—A Gi, te lo han cortado. Alguien te quería dar un susto.

—¿Un susto? Sí, pero de muerte —respondió, enfadado.

—Esto lo he visto pocas veces, amigo. ¿Te acuerdas cuando quitaron la corriente de la bujía en la casa de los ricachones del vino?

—Sí, cómo no —respondió Gildo con pocas ganas de recordarlo—. ¿Puedes repararlo?

—Sí, pero necesitaré un rato y tengo otros clientes delante. Te voy a dejar una moto de sustitución, ¿te vale? —dijo Arcibaldo.

La moto de sustitución era un Scooter de fabricación extranjera y muy poco práctico. Tenía poco motor, es decir, no conseguía mucha velocidad y le costaban las subidas. Hacía mucho ruido porque tenía un tubo de escape barato y sus frenos nunca habían funcionado muy bien. Muchas veces se lo había dicho al amigo mecánico, pero lo compró a buen precio a una señora y, siendo gratis, no debía quejarse. Lo mejor era que gastaba menos que la Vespa.

Aparcó el Scooter en el mismo lugar de siempre. Al hacerlo, Lillo, en pie de guerra, fue a decirle enseguida que lo quitara.

—No puede aparcar aquí, está reservado para un inspector de… —dijo, y se interrumpió cuando vio que era Gildo.

Este lo miró con perplejidad.

—¡A Lillo!

—A inspector, ¿qué haces con esta moto?

Gildo bajó del vehículo y se apresuró a entrar.

—Es una larga historia, Lillo. Te la explico en la comida de Navidad.

—¡Pero si ni siquiera es verano!

—Mejor, así tendrás más ganas de que te lo explique.

Dicho eso, Marzia, desde el otro lado de la calle, le preguntó qué había pasado con su Vespa y él le indicó que tenía prisa y que se lo explicaría después.

Al segundo pie en la escalera, el comisario le gritó.

Siempre se había preguntado por qué lo llamaba así cuando sabía que iba directo a su despacho.

—Erme, ¡siéntate! ¿Por qué sigues investigando un caso cerrado? ¿Por qué llegas tarde? —gritó esa serie de preguntas al inspector a pesar de que ya lo tenía delante.

34

Demasiadas preguntas complejas a la vez, pensó Gildo.

Tenía que dar muchas explicaciones a Er Bufa y, como siempre, el despacho olía a cigarrillo.

Gildo se sentó y dejó el casco en la otra silla, a su lado.

—Llego tarde porque alguien no quiere que siga investigando el caso del tostadero.

El comisario se extrañó de la respuesta.

—Pero ¿qué me cuentas, Erme? Qué dices, no se te entiende.

—Digo que alguien ha cortado el freno de mi Vespa para que pareciera un accidente y que no siguiera rascando en el caso, ¿me entiende?

—¿Que se te han roto los frenos de tu vieja moto?

—No es vieja. ¿Cuántas veces le tengo que decir que es clásica?

—Ni clásica ni tonterías. Esos chismes con ruedecitas deberían prohibirlos en el tráfico de la capital de Italia. Se rompen y provocan accidentes, atascos, muertes. Lo que deberías hacer es coger de una puñetera vez el coche de la policía e investigar con un vehículo en condiciones. Entonces, los frenos no se te romperían.

Gildo se levantó de repente, al comisario lo pilló tan desprevenido que se calló al acto.

—Conozco mi moto mejor de lo que cree y la han saboteado. El mejor mecánico y más experto en Vespas de toda Roma lo ha corroborado. Alguien quiere matarme por estar buscando la verdad, ¿lo comprende? —dijo Gildo, decidido.

El comisario se tocó el bolsillo de la americana para buscar un cigarrillo pero no lo sacó.

—Escúchame bien —dijo con tono más moderado—. Y siéntate, Erme. —Dicho eso, el inspector se sentó—. Me da igual lo que le haya sucedido a tu Vespa, lo importante es que tú estés bien.

Esa frase caló hondo en Gildo, porque nunca le había dicho una cosa así antes. Demostró alma y casi un ligero aprecio por su hombre.

—Tienes que dejar de ir por ahí con ese zafarrancho de combate. Tienes que pensar que ya no eres un adolescente rebelde sin causa. Ahora tienes causa, no eres un adolescente y no eres rebelde —dijo, y enseguida se corrigió—. Bueno, un poco rebelde sí lo eres, con ese pelo, esa barba y con esas… ¡camisas! —refunfuñó con aire disgustado.

—Me da igual, jefe. Seguiré con mi Vespa, pero lo que me preocupa es que me estoy acercando a la verdad —dijo Gildo, y una vez dicho, se percató de que esa frase conllevaba explicar lo que había hecho el día anterior y también sus conclusiones.

Esa frase sentó como un puñetazo en el estómago del comisario. Por torpeza, Gildo había confesado que seguía con el caso. No tenía ni idea de qué palabras o gritos podían llover ahora, solo confiaba en su instinto y en lo que su olfato de inspector le decía.

—Te dije que abandonaras el caso. Estás perdiendo el tiempo. El caso del notario te está esperando y no tenemos quién se ocupe. ¿Me puedes explicar por qué demonios estás dedicando tiempo a un caso que ya está cerrado?

Gildo tragó saliva y suspiró.

—No estoy perdiendo el tiempo, comisario. Estoy dedicado al caso del tostadero porque para mí no se ha cerrado.

—¡Tonterías! Tu informe lo deja claro —confirmó, dando un golpe a la pila de carpetas de su escritorio en la que la primera era la de Gildo—. Tienes otras cosas que hacer.

Entonces Gildo se acercó al comisario y se sentó justo en la punta de la silla. Sacó una rama de jengibre y no la mordió, se esperó unos segundos, sujetándola en la mano.

—OK, jefe. Espere un momento, supongamos que todo lo que creemos no sea lo correcto.

—¿Quieres parar? Esto se acabó.

Gildo se cansó de la actitud abusona del comisario. Se levantó y cogió la carpeta de su informe, la usó para golpear la pila que estaba debajo. En una secuencia encadenada, cada vez más fuerte que la anterior, hasta casi romper la carpeta de colores y provocar que todas las hojas se dispersaran por la oficina.

Cuando acabó, miró directamente a los ojos del comisario.

Este estaba sorprendido y asustado por la reacción de su inspector.

—¡Escúcheme por una maldita vez! —dijo con un grito ahogado—. ¡Por una vez!

El comisario se había apartado de la pila de carpetas y se había tapado la boca con la mano.

Su silencio era una invitación forzada a que el inspector hablase.

—Simone Trento sale la noche de autos del edificio donde le han dado cobijo para dormir. En teoría no puede, pero tenemos las grabaciones de la farmacia. Va al tostadero y se encuentra con Ruggero. Tienen una discusión sobre los *royalties* de su mezcla y la víctima lo informa de que, dentro de unas semanas o meses, tendrá que prescindir del dinero de la mensualidad que acostumbra a pasarle. OK. Ahora, Simone teme que los acreedores de sus apuestas de juego se le echen encima como hienas cuando no cobren. Eso no puede permitirlo, no tiene solución su vida sin eso. Sí, escapar al extranjero, pero no tiene dinero. ¿Me sigue hasta aquí? —preguntó al comisario.

Este permanecía con el cuello retraído, escuchándolo, perplejo.

A la pregunta no respondió, solo movió la mano indicando que siguiera hablando.

—Bien, imagine que Simone, al ver que su vida se desmorona otra vez, tiene un ataque de rabia. Coge un objeto metálico y…

—¿Un objeto metálico? —preguntó, desafiante.

—Bueno, el calador de la máquina tostadora del café. Lo que se usa para la comprobación del grado de tueste del grano.

—¿Y esa es el arma que crees que coincide con el golpe de la cabeza?

Gildo asintió y el comisario, por primera vez, pareció interesado en sus teorías paralelas, las que no había escrito en el informe enviado al fiscal.

—Bien, ahora imagine la escena. Ruggero le da la noticia. A Simone no le gusta. Ruggero se da la vuelta y, en un arrebato, Simone coge lo primero que pilla y lo usa para darle un golpe en la cabeza. Bien, ¿ahora qué sucede?

Ruggero no ha muerto, solo ha perdido la consciencia y está tendido en el suelo. Entonces, Simone se siente amenazado. Nadie sabe que está allí. Está solo y ¿qué puede hacer? —pregunta Gildo.

El comisario valoró si era una pregunta trampa.

—¿Qué puede hacer? Pues matarlo. ¡Quemarlo!

Gildo negó. Se metió la rama de jengibre en la boca y chupó.

Alargó el momento, como si estuviera interpretando una obra de teatro.

—Se marchó —aseguró Gildo.

Esa simple frase provocó en el comisario una reacción aún más extraña. Arrugó el ceño, aún más, casi acercando las dos cejas, casi tocándose.

—¿Qué? —preguntó, sorprendido—. ¿Y cómo acaba Ruggero Vitali en la máquina de tostar?

—Buena pregunta. Pero no vayamos demasiado rápido. Tenemos a Simone asustado por lo que ha hecho y a Ruggero tendido en el suelo con una herida que apenas echa sangre. No es una hemorragia, porque se pudo limpiar perfectamente. Unas manchitas que pasaron casi desapercibidas. Así que Simone decide marcharse. Nadie lo ha visto allí, nadie lo ha reconocido. Simone no ha estado allí. Ruggero se despertará y, con un poco de suerte, se habrá olvidado.

—A Erme, Ruggero Vitali se quemó. ¿Cómo acabó en la tostadora? —insistió el comisario.

—Cuando Simone se va del tostadero, una tercera persona que no estaba presente en la conversación sale porque ha visto la escena y piensa… —dijo, acercándose el dedo índice a una sien—: esta es mi oportunidad, voy a liquidar a Ruggero y quien pagará el pato será el exsocio. Esta es mi gran ocasión —afirmó Gildo, y luego se dio la vuelta y caminó por la estancia, de un lado al otro—. Entonces coge el cuerpo y lo mete en el horno. Lo quema y se va. Punto —concluyó, y se quedó mirando a su superior.

El comisario parpadeó un par de veces. Estaba procesando la información que Gildo le acababa de soltar, vomitada de repente y que, desde un cierto ángulo, tenía hasta lógica.

—Erme, ¿por qué demonios esta supuesta tercera persona quería matar a Ruggero Vitali? —preguntó, escueto.

Gildo se lo pensó un segundo.

—Siéntate, me estás mareando —ordenó el comisario.

Gildo obedeció, pero tenía una pierna que no podía parar, con un movimiento nervioso.

—No lo sé, a lo mejor por dinero, por celos, por amor, no tengo ni idea.

—Estás en alta mar, Erme, ¿no te das cuenta?

Gildo torció la boca y se pasó la mano por el pelo, arreglándoselo.

—Y, además, ¿qué averiguaste ayer?

—Nada. Todos tienen una coartada perfecta, sostenida por cámaras, por parientes o amigos. Así que nadie de los que sabemos pudo haber estado en esa estancia.

—Claro, Ruggero se ha metido dentro solo, ¿verdad?

—No, solo no se puede, alguien debe meterte dentro.

El comisario negó con la cabeza.

—Simone Trento ha matado a su exsocio, ¿es que no lo ves?

Gildo negó con seguridad.

—Necesito tiempo para seguir investigando.

—Lo que necesitas es un milagro o un golpe en la cabeza para que entiendas que el caso está cerrado. Tienes que comenzar a investigar lo del notario, ¿me has entendido?

—Necesito unos días más. El comisario jefe me asignó este caso por el tema de la gastronomía y quiero seguir.

—¡No! El caso del notario —insistió.

Gildo se levantó.

—Necesito unos días o le juro que iré al comisario jefe y le contaré mi teoría.

—No lo vas a hacer.

—Sí, lo haré.

—Te lo impediré.

—Eso es obstrucción a la ley —dijo en defensa Gildo.

El comisario gruñó. Se lo pensó y contestó con un tono muy cansado.

—Tienes solo hasta las nueve. Mañana a primera hora estarás en la notaría con el informe de la científica para comenzar con esa investigación. Si para esta noche no tienes algo concluyente para reabrir el caso Vitali, quedará

cerrado y no vendrás a lloriquearme para que te dé más días. Lo tomas o lo dejas, ¿lo tienes claro? ¡Hasta esta noche a las nueve! —ladró el comisario.

No era lo que esperaba, pero era algo. Debía apresurarse, tenía unas doce horas para obtener una prueba real y que el caso se reabriera.

35

Gildo Falcone había conseguido lo que quería.

Tomó un café en la cafetería Lèttere y, muy por encima, le explicó sus preocupaciones a Marzia. Ella, con toda su buena voluntad, no pudo ayudarlo mucho. Lo hizo pensar y razonar, pero lo que necesitaba Gildo, aparte de un buen café, eran dos cosas.

La primera, más tiempo, porque en pocas horas no sabía bien qué más hacer para alcanzar la verdad. Él pensaba por lo menos en una semana. O unos pocos días a lo sumo. Pero con doce horas, no sabía ni por dónde empezar o, mejor dicho, por dónde seguir.

La segunda, alguna pista. Una cuerda, un cordel o una simple cuerdecilla, para tirar. Hasta con un mísero y demacrado hilo se habría conformado.

Mandó un mensaje a una persona que podría ayudarlo. Pagó el café, le dio un beso a Marzia y se marchó con ese trasto de Scooter que le habían prestado.

Cruzó el Trastevere y, muy despacio, casi entorpeciendo el tráfico por la Via Cristoforo Colombo, llegó hasta el EUR.

Allí, en una cafetería, fuera de las oficinas centrales de Tíber Media Group lo esperaba Aurelio. Gildo prefirió cambiar de mesa y sentarse en una que estuviera justo al fondo, la última, para tener privacidad.

Siempre vestía de la misma forma. Verano o invierno. De lunes a viernes.

Aurelio Ricci llevaba traje azul siempre con botón abrochado, incluso sentado. Camisa blanca perfectamente planchada sin corbata, afeitado y engominado, y un aire de directivo.

—Lo de siempre —dijo el periodista a la camarera que lo miraba con intensidad.

Gildo se dio cuenta.

—Creo que tiene pocas posibilidades, esta pobre chica.

—La verdad es que cada día me dice cosas bonitas, Gildo, pero no sé cómo decírselo.

Gildo se encogió de hombros. Se acordaba del día que fueron a su casa y conoció a su pareja, un chico que parecía salido de la revista *Men's Health*.

—La verdad es que no sé cómo ayudarte.

Aurelio le hizo un gesto con la mano para que no se preocupase.

—¿Qué te trae por aquí, un caso suculento?

La camarera le llevó un café al inspector y al periodista, un *cappuccino* con un corazón dibujado en la leche montada.

Gildo olió el café. No tenía ni de lejos el aroma al que ya estaba acostumbrado del café de Torrefazione Sant'Eustachio.

Después de su primer sorbo al expreso, levantó la mirada y explicó lo que había pasado en el tostadero. Comenzó por el principio y le contó todo lo que le había sucedido y lo que había pasado. Aurelio, por momentos, le gustaba más y más esa historia. La había seguido en los periódicos, pero no se había imaginado que fuera tan enrevesada.

El periodista estaba atento a todo lo que le contaba. De vez en cuando, lo detenía en la explicación y le preguntaba por detalles.

Al final, explicó la misma conclusión que acababa de hacer al comisario para conseguir tiempo para investigar.

—Vaya, estás en tiempo de descuento y perdiendo —dijo Aurelio.

—¿Cómo?

—Es un término futbolístico. Tienes menos tiempo de lo que necesita un gallo para cantar. —Gildo solo pudo sonreír—. Bueno, la verdad es que tiene miga la historia. Yo no sabría por dónde tirar. Lo peor que me has contado es que han intentado matarte.

—Eso parece.

—¿Lo sabe tu madre? ¿Lo sabe Marzia?

—¡No! Se preocuparían demasiado para nada. Esto ya ha pasado.

—¿Y quién te dice que no volverán a probar?

—Déjalo, no es mi problema más urgente.

Aurelio levantó las cejas mientras sonreía resignado, no tuvo que decir nada para que supiera que no estaba de acuerdo.

—¿Quién puede haber matado a Ruggero? —se preguntó a sí mismo Gildo.

—Yo creo que la clave está en la nueva fórmula de la mezcla del café. La que quería dejar no es importante. Lo que sí lo es es que había una nueva.

—Cierto, sigue —pidió Gildo.

—Verás, creo que, si la mujer de Ruggero se acostó con el jefe de producción, puede que no fuera por puro deseo. Además, me has dicho que no la viste muy triste el día que lo encontraron. OK. Imagina que la mujer, Lucía Brentani, por alguna razón, quería esa fórmula. A lo mejor chantajeó a Leonardo para conseguirla. ¿Quién sabe?

—¿Y si realmente fueran novios? Leonardo dice que solo fue una vez, pero quizá han heredado la empresa y el chico controla la producción porque sabe cómo funciona —sugirió Gildo.

—Sí, y si, además, los dos estuvieron en la escena del crimen y lo quemaron juntos… Una ilusión, un chico de veinte y pocos o treinta con una de casi cincuenta, no hace falta que te diga lo que estadísticamente pasa, ¿verdad?

—Sí, Aurelio, lo sé.

—Lucía se trabaja al chico de confianza del jefe. Consiguen la fórmula, matan al viejo y la culpa se la lleva el exsocio. Es el maldito crimen perfecto.

—Ya, pero no lo es por un detalle. Leonardo estaba en casa esa noche. La novia lo corrobora, se durmieron juntos viendo la tele y el móvil del chico no se movió de casa.

—Ya —respondió el periodista, algo decepcionado.

Los dos se quedaron en silencio por unos largos minutos. Daba casi la impresión de que se habían enfadado y uno esperase que el otro diera el primer paso para reconciliarse.

—El centro es la fórmula secreta —dijo Aurelio, rompiendo el silencio.

—¿La fórmula? —preguntó Gildo.

—Sí. Yo creo que la fórmula vale millones. Imagínate cuántas empresas de café estarían interesadas en comprar el último legado del fundador de Torrefazione Sant'Eustachio. ¿Cuántas? Todas. Es un factor mediático el saber cómo es la mezcla que tantos años se ha estudiado, la preparación de la receta secreta más codiciada del mundo del café. Millones, Gildo. ¡Millones! —dijo a regañadientes, como si fuera un grito contenido.

No pudo decir nada, solo escuchar la teoría conspiranoica del periodista. Resultó ser su última oportunidad, pero Aurelio había visto una nueva pista del

rompecabezas. Una visión nueva del caso. El prisma de la historia que a él no se le había ocurrido.

—No dices nada, Gildo.

—Eh, sí, claro, es que me has dejado sin palabras, es una muy buena idea.

—No creo que sea la fiel secretaria, que a un paso de la jubilación se vuelve loca con el sobrino, ¡no! El exsocio podría ser, pero si me dices que no te dio esa sensación… Lo único es eso o… —dijo, y se interrumpió.

Gildo frunció el ceño, casi enfadado.

—¿O qué?

—Lo siento, amigo mío, pero a lo mejor había una tercera persona que no conoces o no tienes ni idea de que exista y que sea el verdadero asesino de Ruggero.

Gildo sacudió la cabeza.

—No, no, espera.

—¿Queréis algo más? —preguntó la camarera, mirando al periodista.

—No, gracias, cariño —dijo, y ella sonriendo se fue.

—Aurè, si encima la llamas cariño, ¿cómo quieres que entienda?

Este bufó por la puntualización de Gildo.

—Céntrate, Gildo, que tienes pocas horas.

—OK, sí, pero esta última hipótesis hay que descartarla, porque puede ser, pero no tenemos ningún dato que nos haga pensar que había alguien más que no te he mencionado. Así que la tenemos que descartar.

Aurelio levantó las manos y frunció la boca.

—Pensemos que querían robar la receta. Tú, Aurelio Ricci, ¿qué harías con una receta secreta?

El periodista sonrió, sabiendo ya la respuesta.

—Antes de venderla, me aseguraría de una cosa.

—¿De qué cosa? —preguntó Gildo.

Entonces Aurelio subió las cejas dos veces y se lo explicó.

36

Via Molise, 19.

Gildo aparcó el Scooter después de casi una hora para volver del EUR hasta el centro de Roma. Detrás del Palazzo del Quirinale y cerca de la Piazza Barberini.

Gildo dejó el vehículo justo delante del edificio que buscaba. Era la primera vez que lo veía. La idea de Aurelio era brillante. Si el asesino quería la receta exclusiva de café de Ruggero, tenía que patentarla en el Ufficio Italiano Brevetti e Marchi, el despacho italiano donde se gestionaban las patentes y marcas.

Era verdad que podía ser un callejón sin salida o, mejor dicho, otro callejón sin salida. Pero era el único que le quedaba para seguir.

Había oído hablar varias veces de ese edificio en el centro de Roma, que regulaba las patentes en toda Italia, pero nunca había entrado.

El ambiente institucional que transmitía la recepción era igual a muchos más lugares de Roma, burócrata y organizativa.

De frente, había un mostrador y en un lado, una serie de despachos abiertos al público.

—Busco al director —dijo Gildo.

—¿Tiene cita? —preguntó la recepcionista.

—No.

La mujer que lo atendió se rio en su cara. Llevaba el pelo recogido en un moño y un vestido largo. A pesar de tener el aire acondicionado en el edificio, se notaba que la mujer estaba acalorada.

El inspector sacó de su camisa floreada la placa de la policía investigativa.

—No tengo una cita, pero necesito hablar con el director sobre un asesinato. ¿Puede llamarlo? —indicó con seguridad el policía.

Solo al ver la placa, la mujer se puso firme. Alargó la mano y encendió un ventilador pequeño y de color rosa debajo del mostrador. Luego, levantó el aparato y llamó a un número interno.

Le explicó la situación a una persona y colgó.

—Viene enseguida —respondió, pero en su sonrisa se leía algo más, algo no iba bien, algo no le había dicho.

A pesar de la respuesta, no sabía bien por qué, pero no sabía qué esperar de la persona que estaba llegando.

Esperó de pie por unos largos diez minutos hasta que apareció una mujer con traje. Le dio la mano sin decir nada y se lo llevó a una salita que estaba justo al lado de la recepción. El trato con la policía no era de primer orden.

—Buenos días. Soy la subdirectora María Vergara, ¿en qué puedo ayudarle? —dijo de pie, dando por sentado que sería algo rápido y que tenía que espabilarse.

Gildo se presentó.

—Mucho gusto, inspector.

—Verá, estoy buscando a una persona que ha venido esta misma semana a registrar una patente sobre una mezcla de café. Necesitaría un listado de todas las personas o empresas, o incluso las organizaciones, que han patentado una mezcla o algo parecido relacionado con el café en grano —dijo Gildo sonriendo.

La subdirectora no esperó ni un segundo en responder.

—No.

—¿Cómo dice?

—No. Lo lamento, pero es información restringida y no se la podemos dar.

Gildo se quedó sin palabras. ¿Cómo podía ser? Al final, tanto ellos como la policía eran órganos oficiales y públicos.

—Pero lo necesitamos para un caso de asesinato.

La mujer se acercó a la puerta, a punto de salir.

—¿Tiene una orden judicial? —preguntó la mujer.

Gildo negó mientras su expresión se volvía más sombría por segundos.

—Me resulta extraño que, sabiendo las normas, inspector, no venga con una. Cuando regrese con ese documento, le daré la lista que solicita —espetó, y

sus palabras fueron una ducha fría en la cabeza de Gildo—. Buenos días —concluyó, y fue a abrir la puerta.

Gildo la sujetó de un brazo.

—No, espere. Sé que no traigo una orden, pero estoy en un apuro. Necesito saber si alguien ha venido a registrar una patente, ¿me entiende? —dijo, algo desesperado.

La mujer lo miró con pena.

—Hay otra opción para saber lo que ha pedido —dijo ella—. ¿Quiere saber cuál es?

Los ojos de Gildo se iluminaron.

—Claro, por eso he venido.

Ella asintió y el policía soltó su brazo.

—Cuando se presenta una patente, tiene que ser expuesta en nuestro Boletín Oficial de la Propiedad Industrial.

—¿En serio? —preguntó Gildo de nuevo ilusionado por acercarse a la verdad—. ¿Y es público?

—Por supuesto —respondió la mujer, y abrió la puerta.

—Espere, no se vaya, ¿cuándo saldrá?

—Calcule que, si lo han presentado esta semana, unos dieciocho meses desde el lunes.

—¡Dieciocho meses! —gritó Gildo.

—Feliz día, inspector. Tengo mucho trabajo —dijo la mujer, y cerró la puerta.

Gildo se sintió engañado y aún más perdido que antes. La opción de volver con una orden del juez estaba descartada, porque tanto él como el fiscal pensaban que el caso estaba cerrado. Precisamente, por un informe firmado por él mismo.

Solo contaba con su inteligencia y habilidad de investigación. O en cualquier caso, con alguna idea genial que brotara por el camino, como la de Aurelio.

Por otro lado, esperar dieciocho meses para ver quién demonios había sido no era una solución. Aunque la subdirectora se la había vendido solo para escabullirse del compromiso de atender a la policía.

Cuando se sentó en el Scooter, sintió una sensación de cansancio y de impotencia. Se sentía estafado. Las pocas horas de investigación que le había otorgado el comisario eran una tomadura de pelo cuando hay casos en los que tardas años en buscar las pesquisas y una vía segura para la verdad. Lo que le habían dado era una técnica para hacerlo callar.

Igual que la directora de ese lugar que aún tenía delante. Un boletín público que salía después de dieciocho meses era la misma cara de la moneda con la que le había pagado el comisario.

Se sintió solo y abandonado a su intuición, que tenía las horas contadas.

Decidió que lo mejor era ir a comer a casa de su madre y después, con la barriga llena, sabría por qué dirección tirar la investigación. Que más que una investigación era la crónica de una muerte anunciada.

37

Questo piccolo grande amore sonaba en casa de Teresa.

Una vez bajado el volumen, su madre estaba con la copa de vino en la mano y removiendo la pasta.

—Llegas justo a tiempo.

Gildo sonrió. Necesitaba un poco de calor familiar y comer con tranquilidad. Las horas pasaban y el día iba ya por la mitad.

—Tienes mala cara —dijo la *mamma.*

Gildo no contestó, solo cogió la botella de vino tinto y se vertió una cantidad anormalmente mayor.

—¡Pues sí que vamos mal! —añadió la madre al ver la copa—. ¿Qué te pasa?

—Nada, temas de trabajo.

Ella levantó los dedos hacia arriba, juntos, en forma de piña.

—Ya te lo decía yo, lo de seguir con Ornella —afirmó ella.

En ese momento, Gildo cambió de idea, a lo mejor no había sido una buena idea ir a ver a la madre; en lugar de comer algo tranquilo hablando de cualquier cosa, la madre estaba quisquillosa. Había días, como pasa a todas las personas, que discutían por todo, nada iba bien y cualquiera que fuera su respuesta, era solo una bomba molotov en un pajar ya ardiendo.

—No es nada de amores, *mamma*. Es del trabajo.

La madre se giró y movió el cucharón como si fuera una varita mágica y ella, un hada madrina.

—Ya te dije que no te divorciaras de Ornella. Ella es una chica que vale la pena.

—*Mamma!* No he venido para discutir ni para escuchar tus charlas sobre el corazón —advirtió Gildo.

—Me da igual, soy tu madre y me escuchas. Mira, esto es muy sencillo. Seguro que esta chica que me dices no sabe hacer la salsa *bolognesa*. Si una mujer no sabe hacer una buena salsa *bolognesa*, ¡no hay que fiarse de ella! —dictaminó, y el temporizador sonó.

La madre cogió la olla y vertió su contenido en la pila donde estaba el colador.

—Mira, no es nada de lo que crees, es que el trabajo a veces no sabes por dónde investigar, ¿es que no me entiendes?

Ella se giró solo para contestar.

—No, no te entiendo. Tenías un buen trabajo, eras chef, y te has metido en este trabajo de… En fin, no me gusta —insistió.

Gildo, en ese punto de la conversación, se bebió un trago de vino algo generoso. Miró por la ventana para buscar un punto donde perder el tiempo hasta que la madre trajera la pasta a la mesa.

No quiso preguntar cuál era el menú del día, ya que podía costarle un nuevo sermón de la madre.

Cuando apareció delante de él la comida, resultó ser una ensalada fría. La agradeció, porque con ese calor apetecían las pastas frescas de su madre.

—Son unas pajaritas con calabacines salteados y tomates *cherry*, atún y taquitos de queso *emmenthal*. Aceite de oliva virgen extra y orégano. Nada sofisticado. Al trabajar en la tele, ya no tengo muchas ganas de hacer platos complicados. Lo siento.

—Está perfecto, *mamma*. Gracias —dijo, y levantó la copa.

Ella sonrió y tintinearon las copas.

Una vez comenzó a comer, la mente de Gildo se fue de nuevo al caso. Pensaba en el café, la mezcla, en las personas que estaban relacionadas. No lo dejaban respirar un instante.

Su madre siguió hablando de su amiga del segundo piso, la madre de Aurelio, de los vecinos de arriba, que estaban cambiando la cocina, y que el del primer piso se había comprado un televisor que casi no cabía en la pared por lo grande que era. Luego, regresó a hablar de Gildo.

—Ya tienes casi cuarenta y aún no me has dado ni un nieto. ¿Es que no me lo vas a dar? Esperaba que fuera con Ornella, pero veo que vamos mal.

Gildo paró de comer, no por la última frase de su madre, sino porque el plato que le había puesto era para dos personas.

—No puedo más —dijo Gildo, refiriéndose a la pasta—. Nunca me dejo nada, pero hoy no tengo mucho apetito.

—¿Cómo? ¿Te atreves a dejar cosas en el plato? Es que no tienes vergüenza, como cuando eras un niño. ¿Qué voy a hacer con eso ahora? Te lo llevas en un túper —dijo, indignada, su madre—. Piensa que tu padre no protestaba nunca y se comía todo lo que le ponía en el plato.

—*Mamma*, papá hace un siglo que ya no está aquí. No saques el tema porque me dejo un par de pajaritas y unos trozos de calabacín —dijo para excusarse Gildo.

Entonces se le encendió una bombilla, una idea brotó en la cabeza de Gildo.

Su madre, al nombrar a su padre, desencadenó una asociación de ideas que lo llevó a una persona, la más débil de toda la cadena del tostadero.

Su padre decía siempre que sí a todo, para la tranquilidad doméstica, ya que su madre era la más conflictiva. Pero esa característica, esas sinergias hicieron que en Gildo brotara una idea.

Se levantó.

—¿Te vas? ¿No quieres un poco de sandía?

—No tengo tiempo, gracias por la comida, *mamma*. Nos vemos pronto —dijo, y fue hacia la puerta. Cogió el casco y salió disparado; tenía que hablar con una persona.

38

Da igual si hace sol o llueve, frío o calor, si hay tráfico o es un día tranquilo. Roma siempre es bonita. Eso pensó Gildo al regresar al centro comercial donde trabajaba Valeria Fippo.

Subió por las escaleras mecánicas y esperó a que lo viera la mujer. Estaba sentado en el mismo sitio donde pocas horas antes se habían visto.

Cuando ella se dio cuenta de que era observada, pidió a su compañera que la sustituyera.

—¿Otra vez aquí? —preguntó la chica.

Gildo se sacó de la boca la rama de jengibre.

—¿Qué es lo que está comiendo?

Él se lo enseñó.

—Un remedio casero contra las ganas de fumar —explicó, y se movió ligeramente hacia la derecha para dejarle un espacio a la chica—. ¿Se sienta?

Ella negó.

—Tengo mucho trabajo.

—Me lo imagino, pero necesito su ayuda.

—Ya me preguntó ayer.

—Lo sé, pero sin usted no sé cómo avanzar.

—Me tengo que ir —dijo, y se giró.

—No, espere, concédame cinco minutos —suplicó Gildo, y la chica se dio la vuelta—. Señorita Fippo, en sus manos está una importante investigación de la policía —dijo, y entonces soltó lo que pensaba, sin tapujos, sin filtros, directo, abierto en canal, porque ya no había tiempo para rodeos—. Creo que su novio está relacionado con la muerte de Ruggero Vitali. No sé hasta qué punto.

Al decir esas palabras, el rostro de la chica se tensó.

—¿Cómo se atreve a decirlo?

Gildo se levantó.

—Mire, déjeme explicarlo. Ruggero estaba estudiando una nueva mezcla de café para su empresa. Esa fórmula puede valer un montón de dinero. Tal vez, Leonardo lo supiera y se la quedara.

—Es muy grave lo que dice, es… tremendo. Mi Leonardo no se atrevería nunca a hacer esas cosas.

Al decir eso, Gildo pensó en el desliz del chico, obviamente, no le diría a su novia que se había acostado con su jefa. Había dicho que no lo diría y no lo iba a revelar. Pero lo que estaba claro era que determinaba qué tipo de persona era Leonardo.

—Ayer entendí que le pegó. Valeria, eso solo es la punta del iceberg. No se deje encandilar con la idea de que no volverá a pasar; sucederá otra vez, y otra, y otra. Así que no se equivoque. Cuando una persona es de una determinada forma, no cambia, ¿me entiende?

Ella no contestó, solo escuchaba, y a Gildo ya le era suficiente.

—Creo que Leonardo ha robado la receta o la ha patentado a su nombre o a nombre de su jefa.

—¿De su jefa? ¿Qué tiene que ver eso?

Gildo se rascó la frente y rezó para que no siguiera por allí y no le tirara de la lengua.

—Leonardo controla la producción, la jefa ha heredado la empresa… —dijo, y no acabó la frase para que ella sacara sus propias conclusiones.

Movió la cabeza despacio. No creía lo que le estaba diciendo el investigador.

—Sé que esto es un *shock* para usted, pero sé, estoy seguro, que en su interior hay una vocecita, una sensación que le chirría y que dice que a lo mejor puede ser. Solo le pido que lo piense. Que mire en el fondo de su corazón y que averigüe si algo de lo que le he dicho es posible. Si hay un fallo en todo esto o algo que cree que se acerca a la verdad. Necesito saberlo, si no, la investigación se cerrará y nunca sabremos la verdad. Por lo menos por un buen tiempo, y cuanto más tiempo pasa en una investigación, más complicado se hace esclarecer la verdad.

Dicho eso, Gildo calló y Valeria Fippo se quedó en silencio con los ojos grandes, abiertos y asustados. Estaba a punto de decir algo cuando la compañera de la tienda de carcasas la llamó.

«Maldita sea…», pensó.

—Sí, ahora voy —dijo Valeria a su compañera.

—¿Qué me iba a decir? —preguntó Gildo, acercándose.

Ella lo miró directa a los ojos. Sus ojos tiernos y oscuros reflejaban miedo y desconcierto. Estuvo por un segundo en silencio con la misma expresión de ir a decir algo, pero, al final, cambió de idea.

—Tengo que irme —confirmó, y se fue a su tienda.

Al ver esa reacción, Gildo bajó la cabeza y se dio la vuelta. Ya no tenía más ideas, todo estaba en manos del destino y de la providencia. Solo le quedaba regresar a Roma con el rabo entre las piernas y esperar a que llegara la mañana para admitir que el comisario tenía razón y comenzar un nuevo caso que lo estaba esperando.

39

Regresando a Roma, Gildo se dio cuenta de una cosa.

Aún tenía media tarde antes de que expirara el tiempo con el que contaba para la investigación del tostadero.

Podía ir a los jardines de Castell Sant'Angelo a comer un helado y dar un paseo a pies descalzos por la hierba recién regada. Podía ir a machacar su cuerpo, ya que, últimamente, pisaba poco el gimnasio. Y muchas más opciones se le vinieron a la mente. Tenía la misma sensación de liberación y despreocupación que se tiene el último día de clase. O el último día de un trabajo. Esa libertad de hacer lo que te plazca sabiendo que no hay consecuencias. Pero, en cambio, en lugar de elegir una de estas opciones, prefirió volver al tostadero. Cambió de dirección y condujo el desastroso Scooter hasta cerca del Panteón. Aparcó y caminó un rato.

Al tocar la puerta, pensó que estaría cerrado. Sin embargo, para su sorpresa, la puerta se abrió. Cada vez que entraba en ese lugar, olía más y más a café tostado.

Entró en el despacho de Caterina.

—No tiene buena cara, inspector —dijo sin dar los buenos días.

—¿Qué tal está, señorita?

Ella dejó de teclear, se separó del escritorio y dio una calada a un cigarrillo MS.

—Enterrada en pedidos, reclamaciones y mierdas. Mientras los demás están en el velatorio —respondió, casi enfadada.

Ese día llevaba un vestido gris, triste, con dibujos, que parecía comprado de un catálogo de moda alemana de esos que mandan a casa por correspondencia.

—¿Y por qué no ha ido?

—Fui ayer. ¿Cuántas veces hay que ir? Total, pobre hombre, ya no nos puede ver —dijo, tosió un par de veces y continuó bajando la voz—. Además, él preferiría que estuviéramos aquí trabajando y no llorando por las esquinas. Seguro que prefería ser incinerado, tirado por el Tevere o por Jamaica, donde compraba el café, como abono de las plantas de café y entrar a formar parte de lo que más amaba.

Curioso, pensó Gildo. Cómo la persona que más lo conocía y que podía saber lo que estaría pensando si estuviera viendo la situación fuera la secretaria.

Su familia, en cambio, estaba en el velatorio, esperando que la gente le diera palmaditas de confort y que la muerte de Ruggero Vitali fuera más un evento social que uno fúnebre.

Gildo solo pudo sonreír y miró cómo el humo de esa mujer que parecía una chimenea se iba por la ventana.

—¿Qué hace de nuevo por aquí, *maresciallo*?

Él, *a priori*, no supo bien qué responder. Pensó en ser sincero, que no sabía dónde caerse muerto con esa investigación. Que no sabía por dónde seguir y que tenía dudas, sospechas sin fundamento sobre los verdaderos cómplices de la muerte de Ruggero. Pero descartó esa opción. El problema era que no sabía ni él qué contestarse a sí mismo qué diablos hacía allí.

Así que prefirió responder con una pregunta.

Se sentó en la silla y exclamó con desesperación.

—¿Ha visto alguna anomalía en estos días de reapertura?

La pregunta sorprendió a la mujer.

Afinó la mirada, dio dos caladas seguidas y le vino un golpe de tos.

—Creo que volverá a esta casa, inspector.

Gildo no lo comprendió.

—¿A qué se refiere, ya estoy aquí?

—Ha empezado una batalla de gallos. Un pulso entre la mujer y el hijo. He escuchado que en unos días será la lectura del testamento y… ya veremos.

—¿Qué piensa?

—Pues que se lanzarán cuchillos, sin dudas. Ahora son mansos, pero, en unos días, se cortarán la yugular.

Gildo no pudo evitar sonreír a sus palabras.

—¿Usted cree?

—Ya ha empezado. Por cierto, ¿ya ha ido al velatorio?

Gildo, que era muy comedido y reservado, arrugó el ceño y negó con la cabeza.

—Me parece una falta de respeto, una intromisión a su intimidad.

—Ni intimidad ni leches. Tiene que ir, notará… —dijo con un tono divertido, haciendo hincapié con un gesto de la mano que simulaba el movimiento de una llama— qué ambiente más agradable hay.

La mujer tenía razón. Allí pensó que no podía hacer mucho más. Aunque seguramente no serviría para nada, se convenció de ir a ver el «ambiente» del velatorio.

Siguieron hablando un rato y luego salió del tostadero. Cogió el Scooter y fue directo al velatorio. Eran las siete de la tarde, aún tenía unas horas para malgastar en ese caso que estaba ya en su ocaso.

40

Había cola para entrar en el velatorio.

En Via Urbana, una columna de gente esperaba. Si no fuera porque él lo sabía, pensaría que era debido a algún escritor famoso que firmaba copias en una librería, una tienda con descuentos increíbles o algún otro evento mundano de la ciudad.

No.

Lo que pasaba era que acudían desde varios lugares y con diferentes intereses para dar el último saludo a Ruggero Vitali.

Músico, apasionado, filósofo y maestro cafetero.

Esperó que fuera su turno después de haber hecho la cola como todos los demás.

Cuanto entró, su camisa negra con flamencos rosas y palmeras azules llamó la atención de todos los que estaban presentes. Mucha gente entraba y se marchaba enseguida para dejar paso a los que venían detrás. Unas palabras susurradas, una plegaria y se santiguaban.

En cambio, algunos, que conocían a la familia, se quedaban hablando.

El ataúd estaba sellado. Lucía Brentani estaba sentada justo al lado. Llevaba un vestido de riguroso luto con un velo en la cara.

En cambio, el hijo, joven y chupóptero como decía Caterina, estaba de pie, hablando con un señor de la edad del padre. Llevaba un traje azul oscuro y una corbata negra.

En ese instante, antes de que los ojos de la familia se dirigieran hacia él, sintió la tensión que había recreado la secretaria, un ambiente cargado y denso. No por la situación, que no era para menos, sino por la energía que transmitían esas personas.

Como era de esperar, la mujer se percató de que el inspector estaba presente. Entonces se levantó de la silla y fue hacia él.

—¿Ha venido a saludarlo?

Gildo bajó la cabeza en señal de respeto.

—Por supuesto —mintió.

—Se lo agradezco —respondió, y le indicó que la siguiera.

Abrió una puerta y accedieron a una sala contigua.

—Aquí estaremos mejor —dijo ella.

—Gracias, pero no venía para molestarla.

—Ninguna molestia. ¿Ha conseguido tranquilizar a su jefe?

—En parte.

—¿Por qué?

—Porque creo que Simone Trento no es el asesino de su marido.

La idea la dejó sin aliento. Se acercó una mano a la garganta. Cerró varias veces los ojos y dio un paso hacia atrás.

—¿Cómo dice? ¿Está seguro?

—No, por eso la versión oficial es la que usted sabe.

—Necesito agua —dijo ella.

—Deje de fingir, por favor, ya somos mayorcitos para teatrillos.

La mirada de ella cambió, de sorprendida a enfurecida.

—Es usted un grano en el culo.

—Lo lamento, pero es mi trabajo. Me ha mentido desde el principio. ¿Por qué me negó que se acostó con Leonardo?

Ella negó.

—Eso no importa, eso fue solo un desliz.

—Ya, pero no me convence que solo haya sido eso.

—¿Qué demonios piensa, inspector? ¿Que he matado yo a mi marido? ¿Está usted loco?

—No, pero…

—¡Pero un cuerno! —gritó con los ojos entrecerrados—. Yo estaba en mi casa. Se lo juro por Dios.

Gildo no dijo nada. Su coartada no era franqueable. El móvil no se había movido y las cámaras de su piso de lujo no habían grabado ninguna salida.

—Una mujer puede matar de muchas formas. Usted lo sabe mejor que yo. Con su sensualidad, con su erotismo, con sus oscuras artimañas. Induciendo a hacer lo que ella quiere. Usted hizo que Ruggero Vitali se divorciara de su mujer anterior y el paso final era quedarse con todo.

—¿Qué? —espetó la mujer, y a Gildo le pareció que estaba actuando en una serie de romance—. Usted se ha vuelto completamente loco.

—Solo faltaba Leonardo para cerrar el círculo y tener la empresa en su puño.

Ella fue a decir algo y se lo guardó. Luego, lo pensó mejor y le contestó.

—Inspector Falcone, ¿tiene pruebas? —preguntó con contundencia.

Él no pudo responder y ella se echó a reír. Una risa malévola, cruel, incluso de desprecio.

—Entonces, son solo conjeturas. ¿Y sabe qué hago yo con sus teorías, inspector de tres al cuarto? —preguntó, y se dio la vuelta quedando delante de la puerta—. Me limpio el culo —concluyó mientras se pasaba de una forma lenta y poco elegante la mano por encima del vestido a la altura del trasero.

Abrió y salió, dejando la puerta entreabierta.

Gildo se sintió como un idiota. ¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué había acusado a la mujer de algo que solo eran sus conjeturas y nada más? Lo que Gildo se había imaginado y se temía que había pasado se lo había contado, con el único resultado de que ella se sintió atacada.

Le había ido mal.

Pero podía ir aún peor si Lucía Brentani se presentaba al comisario y revelaba lo que había pasado. Prefirió no pensarlo. Se sintió un pobre idiota y un fracasado.

Mientras salía de la sala contigua al velatorio, vio entre las personas que acudían a dar su último saludo un rostro angelical que conocía. Marzia estaba en la cola.

Gildo ni siquiera volvió mirar a la viuda por pudor, por miedo, por vergüenza. Salió sin decir nada más. Esperó a que saliera Marzia y la saludó.

—*Ciao*.

Ella se sorprendió.

—¿Qué haces aquí?

—Es una larga historia.

—¡Qué sorpresa! Pensaba que estabas en la comisaría o investigando.

Él suspiró de una forma peculiar.

—¿Mal día? Tienes mala cara.

—¿Has quedado?

Ella sonrió y le contestó que no. Dejaron el Scooter en la calle y se fueron caminando.

Abandonaron el tema de la investigación, del café y de la gastronomía. Llegaron a los Foros Imperiales; ella, cogida del brazo de él. Compraron unas pizzas al corte y se tumbaron en el césped del Circo Máximo para comerlas.

Hablaron de las películas que les gustaban cuando eran jóvenes, de la música de los años ochenta y noventa. La compañía de Marzia era un bálsamo para todo lo que había pasado en esos días. La caótica investigación que, a su parecer, había fallado desde el principio. Lo tomó como un aprendizaje para seguir con su carrera de investigador de la policía.

No había más remedio, la vida seguía. Pero pensar que había metido entre rejas a un inocente de asesinato le corroía la conciencia.

Una vez comida la *pizza* y hablado de las cosas más fútiles del mundo, se tomaron un helado por el Colle Palatino.

Marzia no le preguntó qué le ocurría, si necesitaba hablar de algo del trabajo o cualquier insistencia. Entendió que Gildo necesitaba solo tiempo y espacio. Si él quería, sabía que ella estaba para lo que necesitara.

Decidieron coger un taxi e ir a casa de Marzia para concluir la noche. El Scooter no era una opción porque solo llevaba un casco.

En el tiempo de llegar a casa, todo el camino, como dos novios los primeros días de una relación, se fueron besando sin despegarse.

Pagaron el recorrido y subieron.

Al entrar, Gildo tropezó con una butaca. Pero duró poco la distracción, ya que se enroscaron de nuevo mientras se tiraban en el sofá. La habitación, a pesar de estar a pocos metros, estaba demasiado lejos.

—Nos van a ver… —dijo él.

—Me da igual —dijo ella mientras le quitaba la camisa.

Él fue a quitarse la placa, pero ella lo detuvo, diciéndole que la excitaba y que se la dejara puesta.

Entonces él la desnudó.

Empezaron a hacer el amor con pasión, con ansias, con intensidad.

Los gritos de ella cruzaron los cristales y se extendieron por los pisos superiores. Pero eso no le importó y no la detuvo. Cuando la morena mujer de ojos fogosos llegó, se enteró todo el edificio. La siguió poco después Gildo, pero mucho más discreto.

Se durmieron en el sofá hasta las dos de la mañana; una vez despiertos por el calor y por la sed, peregrinaron hacia la cama.

Gildo se despertó con un beso de Marzia. Ya vestida y lista para salir, apoyó sus labios en los del policía, que seguía con la placa puesta.

—Estás muy *sexy* solo con tu placa. No tengo tiempo, si no… —dijo, mordiéndose un labio.

Él sonrió con malicia.

—¿Te vas? —preguntó él.

—¿Nos vemos para un café?

—Cuenta con ello.

Ella lanzó un beso al aire y salió de la casa.

Gildo, al ver que la puerta se cerraba, sintió un escalofrío cruzarle el cuerpo. Se daba cuenta de que el día que le habían otorgado como suplemento de investigación por el tostadero se había acabado.

Sintió tristeza y una cierta liberación. Tuvo que levantarse; si no se apresuraba a salir, llegaría tarde.

Después de ducharse, cogió un taxi y regresó a buscar el Scooter. Arcibaldo le había enviado un mensaje: su querida y estimada Vespa estaba lista. Así que, con la moto de sustitución, se fue directo al taller especializado en las motos clásicas. Cambió la moto y se fue a desayunar al Lèttere Caffè.

Tomado su *cappuccino*, su *croissant* y sus dos expresos intercalados por los cinco minutos de rigor, entró en la comisaría.

Lillo estaba al teléfono y se alegró enormemente. Subió por las escaleras y se sentó en su escritorio.

Repasó el caso, la muerte de un famoso notario en pleno centro. Miró por encima el informe del médico forense y de los compañeros de la científica. Cuando estuvo listo, le preguntó a Luca si quería ir con él.

Llegaron con el Mercedes del inspector novato. Por la escasa presencia de aparcamientos, lo dejaron justo delante de la puerta del edificio en Corso

Vittorio Emanuele II, número 251, con dos ruedas encima de la acera.

Subieron por las majestuosas escaleras y entraron en el despacho precintado por la policía.

Se quedaron en la notaría cerrada casi una hora. Repasaron los informes, el lugar donde se había encontrado el muerto y, por supuesto, empezaron a hacer hipótesis de cómo habría sido asesinado el famoso notario.

Cuando estaban en medio de una deliberación y suposiciones, la puerta de la notaría se abrió.

Gildo se extrañó.

—¿Esperábamos a alguien? —preguntó a Luca.

Este negó igual de extrañado.

Gildo fue hacia la puerta y vio a una persona que conocía y que no tenía nada que ver con ese edificio. Pero, sobre todo, no tenía nada que ver con ese caso.

La presencia de esa persona y su expresión abría de nuevo en su corazón una brecha de esperanza. Entonces le dijo que pasara.

41

El ajuste de cuentas.

Teresa Falcone, dentro de sus ausencias familiares como presentadora de televisión, fue una buena madre. Eso era lo que Gildo sentía y que escasas veces le había confesado a su madre.

Muchas de sus frases le venían a la mente cuando se hacía mayor. De niño o adolescente, las aprendía casi sin entenderlas. Pero en el momento que vio a la persona que entraba en la notaría, recordó una de esas frases: *Tutti i nodi vengono al pettine*. Todos los nudos llegan al peine, que era algo así como: todas las mentiras antes o después se descubren.

La persona se presentó jadeando. Estaba acalorada, por correr o por haberle costado llegar hasta donde estaba Gildo.

Al verlo, su rostro se tensó por lo que tenía que decirle.

Llevaba un tejano y una camisa de corazones rojos sobre fondo rosa, el pelo recogido y un bolso entre las manos que sujetaba con fuerza, como si alguien se lo quisiera robar.

Valeria Fippo no tuvo que decir nada, Gildo intuyó a qué iba.

Buscaron una sala de reuniones vacía y, los tres, Luca Bariffo, Gildo Falcone y la muchacha, se sentaron.

Era una sala con techos altos y poco mobiliario. En una mesa ovalada, ella se sentó en la punta.

Gildo vio una máquina de cápsulas justo en una mesa, detrás.

—¿Quiere un café?

Ella asintió, aún recuperándose del esfuerzo.

Gildo miró al investigador novel y este entendió al instante. Se levantó para hacer tres cafés.

—¿Cómo me ha encontrado?

—Un tal Lillo me ha dicho dónde estaría. Así que me he apresurado a venir.

Gildo se pasó la mano por la frente y por el pelo. El café inundó el ambiente y la diferencia con el aroma de Torrefazione Sant'Eustachio fue abismal.

—Lillo… —dijo, mirando al otro investigador.

—¿Ha hecho algo mal? ¿He hecho algo mal yo?

—No, en absoluto. ¿Por qué me buscaba? —preguntó Gildo.

Ella se tomó un segundo, como si necesitase unos instantes más antes de hablar, ulteriores a los que ya había meditado antes de acudir a ese despacho del notario. A Gildo le dio la sensación de que la chica se estaba preparando, como antes de tirarse de un precipicio o de un avión con paracaídas o de entrar en la atracción de una montaña rusa.

—Llevo varias noches sin dormir —dijo, y cogió el café, le dio un sorbo pequeño porque estaba muy caliente—. Desde que nos vimos la primera vez en el centro comercial, había algo que me atormentaba. Un dolor de cabeza.

Por la expresión de Gildo, ella comprendió que no la había entendido.

—Un dolor de cabeza que tuve el día que encontraron a Ruggero muerto. Me desperté con jaquecas, pero no era de las que tengo de vez en cuando, eran diferentes. Me dolía en otros puntos de la cabeza y, sobre todo, tenía una sensación de resaca que hacía tiempo que no probaba.

Gildo no quiso interrumpirla. Mientras daba sorbos al café, miraba a Luca, que también escuchaba interesado y perplejo por saber dónde acabaría la exposición.

—Esa noche nos dormimos mirando una serie, inspector, pero hay un detalle. Cuando me desperté, Leonardo estaba, sí, pero dormí tan profundamente que ya era de día y si se hubiera marchado, ni me habría enterado, ¿me entiende?

—Siga, por favor.

Ella bajó la cabeza y dio un sorbo al café, ya a una temperatura aceptable.

—No sé si es cierto. Es paranoico. Es injusto, seguramente, pero… —dijo, y apretó los labios—. Creo que mi novio me dio un somnífero. Me hizo dormir para hacerme creer que estaba allí, pero no sé si de verdad estaba. El dolor de cabeza por la mañana fue una campana de alarma. Pero no le habría dedicado

un minuto más en pensar en ello si no hubiera aparecido usted. Entones empecé a pensar. Y lo que dijo ayer… Una vocecita dentro de mí decía que algo no iba bien —dijo, señalando su pecho—. Busqué todo tipo de justificación y maneras de excusar a Leonardo, pero cuanto más lo pensaba, más cobraba peso mi vocecita.

—Entiendo que fuese un momento de confusión.

—No de confusión, de miedo y ya está.

—Siga, por favor.

—Tenía usted razón, una persona no cambia. Me pegó y eso se repitió, y casi sucedió una tercera vez. Leonardo no es una buena persona. No se merece que siga con él. Tengo miedo de que vuelva a pasar.

Gildo le cogió una mano y se la estrechó. Buscó su mirada y que lo observara.

—Míreme. Nadie la va a tocar nunca más. La apartaremos de Leonardo, ¿me ha entendido?

Ella asintió.

—Pero no es todo. Esta mañana salió pronto, como siempre. Así que aproveché para revisar carpetas y documentación. Tenemos un ordenador donde guardamos facturas, contratos, todo lo que una pareja tiene de papeles. Busqué y cuando lo vi, me asusté. Empecé a temblar. No quería creerlo. Necesité un buen rato antes de cogerlo y salir de casa. Lo busqué en la comisaría del Trastevere y vine aquí.

—Espere, espere, señorita Fippo, ¿qué es lo que ha encontrado?

Ella lo miró con los ojos llorosos. A punto de estallar en un grito, en un llanto o en algo peor.

Abrió su bolso, el mismo que sujetaba con tanta presión, sacó un folio y lo puso en la mesa boca abajo.

Antes de dejar que Gildo le diera la vuelta, lo miró a los ojos.

—Prométame que, pase lo que pase, yo no tengo nada que ver con esto. Porque si no, Leonardo, da igual el tiempo que pase, me matará. Lo conozco —dijo con un tono cambiado, esa vez, segura, directa y aterrorizada.

42

Hay muchas personalidades diferentes en la humanidad.

Cada una responde de forma parecida en ciertos casos, siguiendo conductas o patrones similares.

No hay tantos patrones como personas, solo unos cuantos, que, más o menos, todos siguen.

Por ejemplo, ante el miedo, ciertas personas escapan, otras se desmayan, otras se bloquean, otras piden auxilio, otras gritan y otras atacan.

Los instintos básicos llevados a la enésima potencia.

Cuando unos policías van a detener a una persona, se pueden encontrar estos patrones de conducta.

A Gildo le habían tocado muchas escenas esperpénticas o surrealistas, pero cuando entró acompañado con dos agentes uniformados en Torrefazione Sant'Eustachio, se encontró una escena que nunca le había sucedido.

Leonardo Baldi salió por la puerta trasera corriendo. Como si la policía no pudiera cogerlo.

Tuvieron que perseguirlo por las vías del centro de Roma y luego, ayudados por unos militares que estaban en una plaza de Via del Corso, lo detuvieron.

Después de una hora, Gildo Falcone se sentaba delante de Leonardo, justo en la misma escena de pocos días antes, pero, en lugar de interrogar a Simone Trento, era a él.

El chico lo miraba con la barbilla baja e ira en los ojos.

—Te vas a pasar muchos años en la cárcel, ¿sabes, Leonardo?

El chico no contestó.

—Ya lo tenemos todo cuadrado. Solo necesito entender por qué te has dejado ningunear por Lucía Brentani, tu jefa.

El chico no contestó, por rabia, por desesperación.

Gildo se echó hacia atrás en la silla y cruzó las piernas. Sacó una raíz de jengibre y, demostrando que tenía toda la paciencia del mundo, comenzó a morderla.

—Es una lástima, ¿sabes?, que, por un polvo o por varios, te hayas dejado tratar como un títere —insistió de nuevo Gildo con un aire de quien no tenía nada que perder.

Y era verdad. Además, sabía que diciendo una mentira podía saber la verdad. Y así fue.

—Te hacía más inteligente, pero acabar en la cárcel por una mujer…

—¡Basta! —gritó Leonardo—. Lucía es una zorra. Ella no tiene nada que ver con todo esto. Y yo no me junto con las zorras.

El razonamiento resonó en la sala y quedó grabado en la sala de al lado, donde el comisario, junto a un agente y una cámara de grabación, estaba observando.

—Lo tenías todo, Leonardo. ¿Por qué lo has hecho?

—¿Todo? Tú no sabes qué es todo. Ruggero lo tenía todo y no compartía nada. Nos pagaba una miseria y se llevaba la gloria.

Gildo cogió la carpeta y miró un momento entre los papeles. Había investigado los salarios de todos los trabajadores y tenía un Excel de todo eso.

—Casi tres mil euros de sueldo no está del todo mal. Decir que no compartía nada me parece un poco injusto, ¿no?

Leonardo se rio de forma nerviosa.

—Tú no has visto su casa de campo, su ático en Roma, los coches y todo eso —espetó.

—Pero él era el dueño. Los riesgos, los problemas y los inicios difíciles se los comió él.

—Poli, ¿qué vas a saber tú? —riñó Leonardo—. Qué va a saber un poli de la vida de los trabajadores.

En ese momento de la entrevista, Gildo se hubiera levantado y metido dos tortazos bien dados. Pero no podía y no era justo.

—Precisamente conmigo te has equivocado. Tengo un quiosco de bocadillos y he arrancado ese puesto con sudor, deudas y esperanzas. Aparte de meter en la cárcel a maleantes como tú, yo, por la noche, me voy a hacer

bocadillos hasta las tantas en lugar de quedarme a ver una película en el sofá. Todo eso lo he vivido y lo vivo. Por lo tanto, no me vengas diciendo: «Poli, ¿qué vas a saber tú?». Tú eres un asesino y un desagradecido por todo lo que te dio Ruggero Vitali —espetó Gildo, y se quedaron mirándose.

Permanecieron unos segundos en silencio hasta que el inspector siguió.

—¿Por qué te ha cubierto Simone Trento? ¿Qué le prometiste?

Leonardo se extrañó por la afirmación.

—¿Prometido a ese viejo hijo de perra? —dijo, y se rio—. No le prometí nada.

—¿No estabas de acuerdo con Simone? —preguntó, haciéndose el tonto.

—Qué va, ese viejo idiota era tan torpe que dejó el cuerpo a medias. Se me presentó la oportunidad de oro para que el plan fuera perfecto, pero te metiste por medio —dijo ya con la mirada en sus manos y negando.

—¿Por qué entonces no habló de ti?

—¿De mí? —preguntó Leonardo—. De mí no sabía nada porque no me vio. Me escondí cuando Ruggero le abrió. Estábamos trabajando en la fórmula. Ya la teníamos preparada y Ruggero fue y se lo contó al exsocio. Escuché cómo se lo decía y luego gritaron, pelearon un poco, y seguro que Ruggero pensó que en algún momento saldría para defenderlo… —dijo riéndose—. Entonces apareció la oportunidad del siglo. El tío lo golpeó y se marchó.

Gildo escuchaba mientras por dentro asentía. Era exactamente cómo se había imaginado la historia y cómo se habían encadenado los eventos.

—Luego se fue y Ruggero estaba tendido en el suelo. No me lo podía creer, me lo había puesto en bandeja. Aquella noche iba predispuesto a matarlo, por eso preparé mi coartada a la perfección, y Trento me facilitó el trabajo. Agarré el cuerpo con la polea y la máquina y lo metí en el horno. Estuve allí hasta que consideré que el cuerpo estaba lo bastante quemado —dijo, y rio de nuevo, cínico—. Acabó en su misma máquina de café, junto a su pasión, tostado como un puto grano. Es lo que se merecía —concluyó, satisfecho.

Del otro lado del cristal, notó que el comisario con los nudillos lo llamaba. Esa era la señal para que saliera, ya tenían bastante para darle todo el material al fiscal.

Sin embargo, Gildo hizo caso omiso de la señal.

—¿Cómo lo has sabido, poli? ¿Cómo has descubierto que fui yo? Porque todo ha sido perfecto…

Gildo se alegró de esa pregunta, la estaba esperando.

—Perfecto no. Cometiste un fallo —respondió Gildo, sacó un papel y lo puso en la mesa, boca abajo, de la misma manera que había hecho su novia pocas horas antes.

43

—¿Qué diablos es eso? —dijo Leonardo, con toda su atención en el papel.

Gildo alargó el instante, como si fuera un placer que quería disfrutar.

—¿Quieres decirme qué es? —dijo, e intentó girarlo, pero Gildo se lo impidió.

—Un error que has cometido. Si no hubieras hecho eso —dijo, indicando el papel—, ahora tú no estarías aquí. Puede que hubiéramos llegado de otra forma, pero seguro que no estarías hoy aquí.

—¡Quieres decirlo de una vez! Me estás poniendo nervioso —dijo, acercándose las manos a la cabeza y demostrando que tenía una importante falta de autocontrol.

Entones Gildo lo giró.

—Es el registro de entrada de patentes y marcas a nombre de Leonardo Baldi, que presenta una patente de una mezcla de varios cafés. Una mezcla que me suena a la de Ruggero, la misma por la que quería cambiar la tradicional que había estudiado con Simone y comercializado por años.

—¿Cómo lo has conseguido? —ladró.

—Me lo dio el director del registro de patentes y marcas en persona —mintió—. Si lo hubiéramos encontrado dentro de dieciocho meses en el boletín, vete a saber dónde estarías. Estaba clarísimo que quien hubiera hecho algo con esa fórmula era la persona que había matado a Ruggero. Ahora, por curiosidad, ¿qué pensabas hacer con esa patente?

Leonardo se giró hacia la pared y sonrió. En su rostro había rabia y sorpresa.

—No lo tenía que haber hecho. *Porca puttana*. Ya tenía un comprador. La fórmula de Ruggero había subido de repente el valor y quería vender al mejor postor.

—¿Y luego?

—Y luego, coger a Valeria e irnos a Colombia o a Brasil, a un lugar paradisiaco sin extradición.

—Pero si le pegabas… ¿En serio te la querías llevar? No te lo crees ni tú.

Leonardo se encogió de hombros.

—Puede que tengas razón, a lo mejor me hubiera ido solo.

Esa frase resonó en la mente de Gildo. Pensó que ese fragmento de la grabación merecía verlo Valeria para que entendiese que había hecho lo correcto en conseguirle la copia de la patente.

Gildo consideró que tenía todo lo que necesitaba. Se levantó y, antes de salir, dijo:

—Suerte, Leonardo, la necesitarás en la cárcel. Lo tenías todo y ahora ya no tienes nada.

Leonardo se rio.

—Te equivocas, tengo mucho más de lo que piensas. Voy a vender la fórmula desde la cárcel y cuando salga, Valeria y yo nos iremos de todos modos a Brasil.

Gildo abrió la puerta.

—Crees que has ganado y yo perdido, pero ni he perdido yo ni has ganado tú. ¡Qué te jodan, maldito poli! —gritó, y le escupió en las zapatillas.

«Cómo te equivocas», pensó Gildo mientras cerraba la puerta de la sala de interrogatorios.

Gildo entró en la sala donde estaba el comisario. En cuanto lo vio, hizo un gesto que nunca había hecho, aunque lo hubiera merecido numerosas veces: aplaudió.

A Gildo le costó creérselo.

Una vez dichas las dos palabras de rigor para agradecerle la persistencia en ese caso, ya regresó al que había sido siempre, el viejo comisario cascarrabias.

—Bueno, Erme, no te duermas en los laureles. Tienes que ir a investigar la muerte del notario. Venga, que ya llevamos muchos meses de retraso. Y coge el Alfa Romeo de la policía.

«Ni hablar, nunca dejaré la Vespa», pensó.

Pero Gildo no permitió que se lo repitiera dos veces y salió de la sala, rumbo al nuevo caso.

Al cerrar la puerta, dejó el caso del tostadero atrás. Considerando que Leonardo tenía un alma de diablo, le pareció que Torrefazione Sant'Eustachio era el maldito tostadero del diablo.

Bajó a la calle después de despedirse de Lillo.

Dejó el casco en el manillar de la Vespa y fue a comunicar a Marzia la gran noticia, que había conseguido meter entre rejas al verdadero culpable de la muerte de Ruggero, pero se quedó a mitad de la calle. Quieto, congelado.

Miraba por fuera del Lèttere Caffè, viendo cómo Marzia se acercaba a un hombre moreno, alto y demasiado bien plantado. Se abrazaron mientras reían y cuando sus cuerpos se separaron, se dieron un beso. No uno en la mejilla, inocente, nada de todo eso, sino en los labios. Marzia reía y se sentó con él, mano con mano.

Esa visión le sentó como si se hubiera bebido un vaso de lejía.

Retrocedió.

Se puso el casco y se marchó en Vespa.

De repente, la euforia del encarcelamiento de Leonardo se esfumó y la tierra tembló bajo sus pies.

Pensaba en ese hombre, ¿quién era y por qué besaba a Marzia?

Cogió el *lungotevere*. El sol estaba bajando para un atardecer teñido de rojo. Un rojo intenso que recordaba la pasión que se marchitaba. El aire entraba por la visera del casco y refrescaba el rostro de Gildo. Olió algo en el aire, aroma de cambios.

44

Con cada episodio, Teresa se sentía más cómoda.

La televisión era su segunda casa y, ese plató, su segundo hogar. A pesar de haber estado tantos años en el olvido de los telespectadores y ella, separada de un plató, la cocina en Cinecittà donde estaba grabando se estaba transformando en su medio natural.

Chistes, anécdotas de su vida que los jóvenes tacharían de batallitas y gags varios pasaron a ser la normalidad de sus programas. Del mismo modo, en las redes sociales los espectadores daban sus opiniones sobre los episodios. El favor y el cariño hacia la nueva versión de Teresa Falcone estaban en auge. La nueva versión gastronómica comparada con la vieja era muy diferente. Ahora era una *mamma* como muchas otras y una persona normal, con la cual el espectador medio se identificaba. Recetas fáciles y rápidas. Buenas y tradicionales. Nada de alta cocina y cosas difíciles. Platos que se podían hacer en casa perfectamente con pocos ingredientes para sorprender a la familia.

Cuando se acercó a probar la cocción de los *spaghetti*, el vaho del agua hirviendo enteló sus gafas.

—Esto siempre nos pasa —dijo, indicando los lentes.

La cocción era correcta, bien al dente.

Teresa cogió la olla y la vertió en la pila donde había dejado un colador.

—Los modernos tienen una olla de estas que llevan el colador incorporado, los típicos que hay en los kits de sartenes y ollas que se compran cuando tienes una cocina nueva. Pero a mí no me gustan. A mí me gustan los de toda la vida —dijo mientras echaba la pasta en la olla—. Bien, ahora hay que remover la pasta despacio y la dejamos reposar con el fuego apagado —concluyó, tapando la sartén con una tapa.

Dicho eso, cogió uno de los platos que había preparado. Uno colorado y con colores vivos donde ya sabía que la pasta con la salsa resaltaría.

—Pasados unos minutos, que los sabores de la salsa hayan entrado en la pasta, servimos en nuestros platos.

Teresa cogió un cucharón y un tenedor y colocó una porción abundante en el plato.

—Las porciones me gustan generosas, no como en ciertos restaurantes que te ponen una degustación y lo miras y te preguntas, ¿esto? ¿Y el resto de pasta cuándo me lo traes? ¿Es que me lo has guardado para que no se me enfríe? No, las porciones generosas. Y el plato con colores, que los platos blancos son tristes.

Luego, dio la vuelta al plato, añadió un poco de salsa del fondo de la sartén y el resultado le gustó.

—*Spaghetti* con tomate, *cherries* frescos y atún de lata. Rápido, económico, delicioso. Hoy no le echamos *parmigiano*. A pesar de que hay gente se lo echa, a Gildo, este plato no le gusta con parmesano, así que no le ponemos —dijo, y guiñó el ojo a la cámara—. Por hoy, es todo. Nos vemos en el próximo episodio de *Cucina con la mamma*.

Se silenció el plató hasta que el director gritó:

—¡Corten!

Teresa se relajó de inmediato. Se secó el sudor y se fue hacia Gildo.

—Estoy agotada, ¿nos vamos? —dijo sin que nadie más le pudiera decir nada.

Gildo asintió y la cogió del brazo. Caminaron tranquilos, sin prisa, hasta la salida de Cinecittà.

Fuera, justo en la puerta, Ambrogio, con el coche negro, los esperaba. Teresa subió en el coche y Gildo entró por el otro lado, detrás del conductor.

El Fiat arrancó y entró en el tráfico de vuelta a Roma.

Teresa hablaba de sus programas y de cuánto le gustaba, pero también de cuánto era de agotador todo eso. Tantos años sin trabajar y de pronto varios episodios a la semana era un salto que costaba digerir a cualquiera.

Mientras Ambrogio conducía, observó un par de veces al hijo de Teresa, que iba justo detrás de él. Sus miradas se cruzaron con complicidad a diferencia del último día, que lo encontró saliendo del dormitorio de la madre.

El hombre, que hacía de chófer y de vez en cuando subía a casa de su madre para otros trabajos fuera del contrato de Tíber Media Group, parecía como si mirase a Gildo para ver si estaba todo de su agrado.

El coche se desvió de la ruta de siempre. Teresa, metida en sus discursos y hablando con Gildo, no se dio ni cuenta del cambio.

Ambrogio aparcó delante de un supermercado. Bajó sin decir nada y le abrió la puerta.

Teresa se vio perdida.

—Pequeño cambio de programa, *mamma* —dijo Gildo, y bajó.

Luego, dio la vuelta al coche y fue a buscarla.

—Vamos a dar una sorpresa a una persona… —dijo Gildo, y cuando se apartó del coche, guiñó el ojo a Ambrogio.

El pequeño supermercado de una multinacional francesa estaba vacío. La cajera los miró entrar con poco interés, apenas levantó la mirada del teléfono. Avanzaron y vieron que la mujer que buscaba estaba reponiendo conservas en tarros de cristal.

Entonces Gildo comenzó a sonreír. La responsable del supermercado los miró por un segundo y se giró de nuevo hacia lo que estaba haciendo. Cuando entendió quién se estaba acercando, volvió a mirar a los dos clientes.

Gildo quería agradecer a esa mujer por la pista de Verónica Trento, con la cual pudo estirar el hilo hasta dar con su hermano.

La mujer dejó lo que hacía para ir hacia Teresa y la cogió de la mano.

—¡No me lo puedo creer! Señora Teresa Falcone, soy una gran admiradora suya. No se puede imaginar lo que me alegra verla. No me pierdo ni un episodio… —dijo, y siguió diciendo maravillas de su trabajo en la televisión.

Gildo se apartó para que su madre disfrutara del momento. Encontrar *fans* era una parte importante de su trabajo que había olvidado. Siempre casa, televisión y vuelta a casa, había perdido el pulso de la vida real. No tenía idea de lo que Teresa con sus programas ayudaba y entretenía a los italianos. No podía ser una cara importante de la televisión y perderse el calor y cariño de sus telespectadores.

Gildo mordió una rama de jengibre. Siguió mirando la escena a varios metros de distancia y pensó que se lo merecían las dos. La encargada, por

ayudarlo y por ser una buena persona y su madre, por recibir cariño y dar sentido a tanto trabajo.

Porque lo más importante, aunque tengas mucha audiencia y éxito, es no perder la noción de la realidad y recoger el cariño de las personas que, de algún modo, te quieren.

FIN

https://maps.app.goo.gl/kNZNSzHJP5VuYq3BA

¿Te ha gustado?

Muerte a la Napolitana: Un Thriller Culinario de Gildo Falcone es la siguiente investigación.

IR AL LIBRO

Un periodista inglés viaja a Nápoles y Roma para rodar un documental sobre la auténtica pizza napolitana.
Pero su investigación termina de forma trágica: aparece muerto en Roma y todo su material ha desaparecido.
El inspector **Gildo Falcone** deberá adentrarse en una investigación llena de secretos, traiciones y rivalidades en torno a la tradición pizzaiola.
Desde los hornos de leña de Nápoles hasta las calles de Roma, Gildo descubrirá que **detrás de la masa perfecta se esconde una verdad peligrosa… y alguien dispuesto a matar por ella.**

Un thriller culinario adictivo sobre tradición, ambición y crimen, con el sabor inconfundible de Italia.

IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:

MIS OTRAS NOVELAS

El primer thriller psicológico de Riccardo Braccaioli.
Cuatro horas de oxígeno: Un thriller psicológico que te dejará sin aliento

Rebecca Blackmoor no ha tenido tiempo de asimilarlo.
Hace apenas unos días estaba hablando con su madre. Y ahora… hay flores en la capilla, un nicho cerrado en el mausoleo familiar y un testamento leído a toda prisa. Todo ha sucedido demasiado rápido.

El nuevo esposo de su madre, un hombre encantador, parece tenerlo todo bajo control. Lo tiene todo planificado: la ceremonia, los papeles, las condolencias. Y ahora también tiene la casa y el dinero.

Rebecca, al volver de vivir un año en Londres tras un problema personal, entiende que algunas de las piezas de ese rompecabezas que dejó en su pueblo natal no encajan.

Quedarse algunos días para recomponerse del trágico evento parece una buena idea. Hasta que resulta ser la peor decisión de su vida.

“Una hija. Una sospecha. Y solo cuatro horas de oxígeno.”

Cuatro horas de oxígeno, un thriller psicológico que te dejará sin

aliento.



Serie El Forense
RESUMEN DE LA SERIE:

A veces una autopsia no es un final, sino un inicio.

La serie de **El Forense**, protagonizada por el médico **Fosco Merrell,** resuelve en cada novela un caso que nace con una autopsia. Junto a la tenaz inspectora **Olivia Wolf,** realizan investigaciones a contrarreloj para resolver enigmas que entrelazan sucesos del pasado y peligrosas luchas entre mafias.
Las investigaciones están ambientadas en **Akeron City**, una ciudad oscura y lluviosa donde la justicia a duras penas consigue prevalecer sobre el mal y la corrupción.
El Forense es un thriller policíaco que te mantendrá enganchado, página a página.



El Forense
Los Muertos También Disparan

Un Mundo de Sombras
Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia
Gambito de Rey

Serie Álex Cortés
RESUMEN DE LA SERIE:

¿Cómo de peligroso puede ser abrir un paquete?

La serie de **Álex Cortés**, protagonizada por un sargento de la policía**, está ambientada en una Barcelona fría, lluviosa y peligrosa.**
Todo empezó con una furgoneta abandonada delante de una comisaría, llena de cadáveres. Paquetes con sorpresas, criptogramas que resolver y giros inesperados; el asesino del criptograma tiene a la ciudad condal en tensión y sumergida en el terror.
Junto a la explosiva inspectora Karla Ramírez realizan investigaciones al límite para resolver los complejos casos.

El Hedor de la Verdad **es un thriller policíaco que recorrerá los callejones más oscuros de Barcelona y de la miseria humana.**



El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme

Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto
Piscina de la Muerte

Serie Bruno Malatesta

RESUMEN DE LA SERIE:

Antes o después, el pasado llama a la puerta… y lo hace con fuerza.

La serie de **Bruno Malatesta**, protagonizada por el famoso mecánico de coches de carreras **Bruno Malatesta**, en cada investigación trata un caso que nace con un asesinato, un robo o un secuestro relacionado con el mundo de los motores. Acompañado por la sorprendente Rita De Angelis, resolverán los casos con astucia, deducción y mucha velocidad.

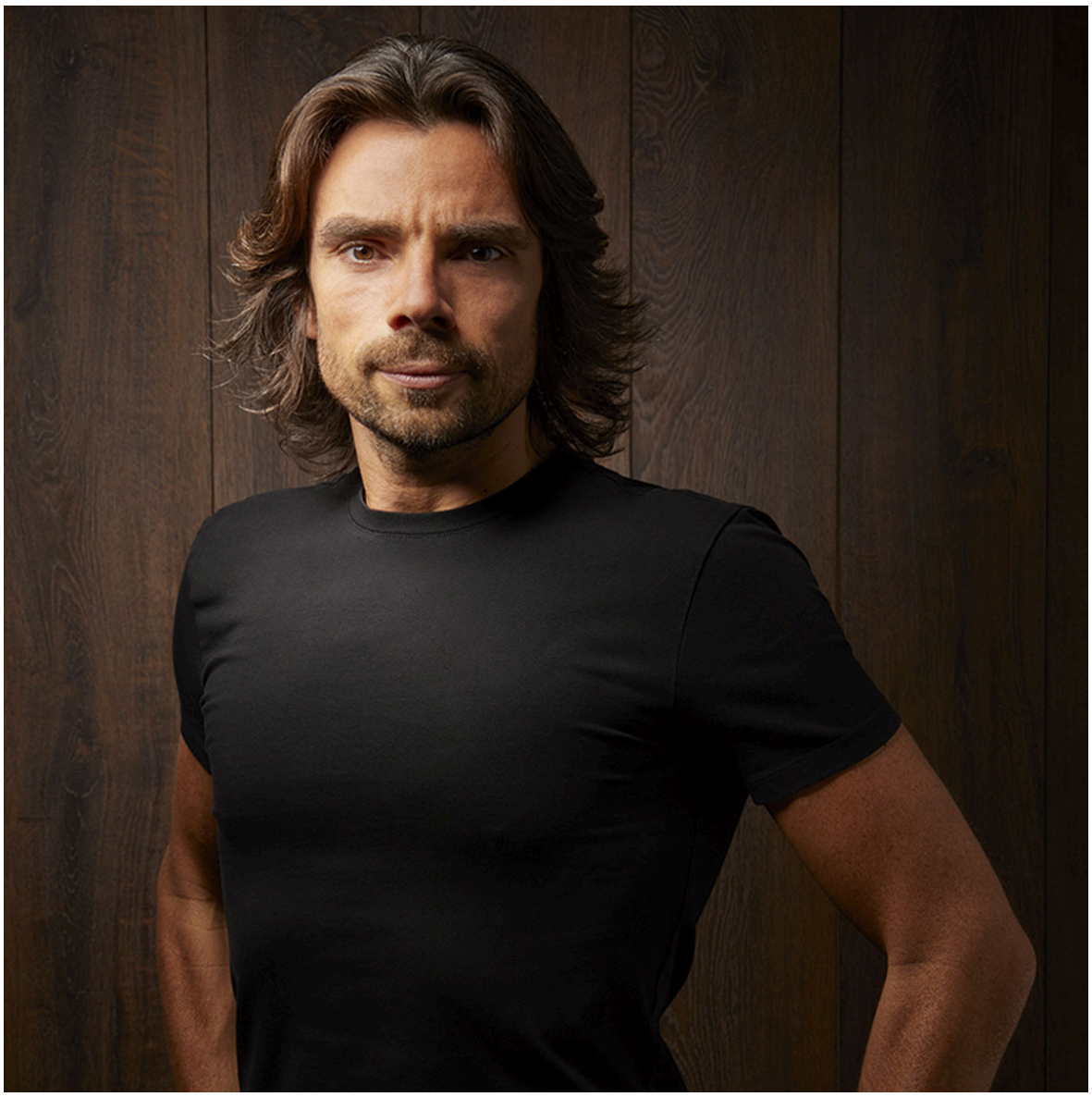


El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista
Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari

Festival de Muerte
Última Salida

La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava

SOBRE EL AUTOR



Querido Lector, me llamo Riccardo Braccaioli y soy escritor de thriller policíaco.

Mi serie más conocida es la de **Álex Cortés**, protagonizada por un inspector de policía que resuelve complejos casos de asesinato en Barcelona.

En mayo de 2024 publiqué la **Serie El Forense**, ambientada en una ciudad imaginaria donde abunda el mal, llamada Akeron City.

La primera entrega de esta serie, *El Forense*, ha estado en la primera página de los más destacados del concurso Amazon Storyteller, y ha sido reconocida como una de las novelas más innovadoras y más vendidas del año.

Además, he publicado la serie de **Bruno Malatesta,** protagonizada por un detective amateur. Esta serie está muy relacionada con el mundo de los rallies, y fue justo durante una competición automovilística cuando se me ocurrió la idea para escribirla. Estaba esperando a mi padre, que no llegaba, y así surgió la chispa de la historia: ¿Y si un competidor hubiera asesinado a mi padre? Así arrancó el primer libro de esa serie: *Asesinato en el Rally Costa Brava.*

Si deseas saber más sobre mí, puedes encontrarme en mi página web o en las principales redes sociales.

Por ejemplo, descubrirás que nací en Italia, más concretamente en Carpi, un pueblo de la provincia de Modena, aunque ahora vivo en la Costa Brava y cada mañana escribo la que será mi próxima novela.

También comparto con Pablo Poveda el Podcast LA COSA MEDITERRÁNEA, donde hablamos de escritura, de novelas y sobre todo de lo que hacemos cuando no escribimos.

Si aún no me has leído y no sabes por dónde empezar, te invito a descargarte la muestra gratuita de la primera novela de la **Serie Álex Cortés**: El Hedor de la Verdad. Álex no te defraudará.

“⭐⭐⭐⭐⭐ Gracias por escribir tan bien, eres de los grandes, el nuevo Michael Connelly”

Lista de obras:

Entre la obra de Riccardo Braccaioli, destaca:

El primer thriller psicológico de Riccardo Braccaioli.
Cuatro horas de oxígeno, un thriller psicológico que te dejará sin aliento.

Serie Álex Cortés
El Sastre del Diablo (Gratis en este link)
El Hedor de la Verdad
Asesino a Bordo
El Diablo Nunca Duerme
Cuando Barcelona Perdió la Cordura
El Vampiro de Barcelona
El Último Criptograma
Un Cadáver en Llamas
El Secreto del Pantano
Vivo Porque Mato
A Rey Muerto, Rey Puesto

Serie Bruno Malatesta
La Muerte del Mentor (Gratis en este link)
Asesinato en el Rally Costa Brava
El Plan Mónaco
Los Secretos del Coleccionista

Malatesta Contra Malatesta
El Secuestro Ferrari
Festival de Muerte
Última Salida

Serie Gildo Falcone
Muerte en Roma
Muerte entre Viñedos
Spaghetti, Albóndigas y Venganza
Conspiración en Roma (Cuento de Navidad)

Serie El Forense
El Forense
Los Muertos También Disparan
Un Mundo de Sombras
Las Marcas del Pasado

Asesinato en la Academia



Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis

novedades cuando las publique:

